



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Hamawi, Jacobo Rodolfo

La bibliodiversidad en Argentina, un análisis desde la perspectiva de la economía política



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Hamawi, J. R. (2020). *La bibliodiversidad en Argentina, un análisis desde la perspectiva de la economía política. (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Quilmes, Bernal, Argentina. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes*
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1917>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

La bibliodiversidad en Argentina, un análisis desde la perspectiva de la economía política

TESIS DE MAESTRÍA

Jacobo Rodolfo Hamawi

rodolfohamawi@gmail.com

Resumen

Dentro de las ramas de las industrias culturales el sector editor de libros ha sido fundamental en términos simbólicos y económicos. Hasta el crecimiento de los medios audiovisuales, el sector editorial encabezó el aporte de la cultura al desarrollo económico y cultural del país. La edición de libros en Argentina tiene características especiales que la distingue del resto de los países suramericanos y también reúne algunas formas diferentes comparadas con el resto del mundo.

Es de destacar la existencia de más de 400 editoriales PYMES y microempresas, que sostienen una edición independiente y diversa, que junto a una red de aproximadamente 2000 librerías en todo el país, garantizan una verdadera bibliodiversidad en Argentina. Este es un fenómeno muy poco frecuente en el mundo. La cantidad y multiplicidad de libros editados, la variedad y tamaño de sellos editoriales, hacen de esta temática un relevante tema de investigación. El objeto de este trabajo es explicitar esas características diferenciales y buscar sus causas.

¿Por qué se produce este fenómeno tan particular en Argentina? ¿Qué lo hace diferente al resto de países de la región? ¿Es solo un factor cultural y educativo? ¿Cuáles son las condiciones económicas para ese desarrollo? ¿Cuáles son las características de la cadena de valor del sector que posibilitan esta expansión? ¿Cuál es la influencia de las políticas públicas en el desarrollo del sector? En esta tesis intentaremos hacer un aporte para responder estos interrogantes.

Desde los aportes de la economía política de la cultura haremos un análisis de un período histórico específico. Tomando la serie histórica de los años pico de edición en Argentina 1953, 1974 y 2014, veremos que este mercado es dependiente de las tres variables a analizar: crecimiento del PBI y el tipo de distribución de la renta, desarrollo del mercado interno y políticas públicas. Para esto tendremos que hacer un recorrido por los principales acontecimientos políticos que condicionaron la vida económica y social del país.

La mayoría de los análisis ponen como causa de este desarrollo del sector editorial al desarrollo del sistema educativo, a la escuela pública, a la expansión de las prácticas de lectoescritura. Si bien esto es fundamental, ya que sin una población alfabetizada y con mínimas prácticas de lectura es impensable un desarrollo sustentable del sistema editorial, analizaremos en esta tesis los factores económicos que posibilitan este crecimiento y sus interrelaciones con las características del mercado editorial, su interdependencia con la economía y la influencia de las políticas públicas. Desde esta perspectiva podremos hacer un aporte a la comprensión del fenómeno de la bibliodiversidad en el país.



Maestrando : Jacobo Rodolfo Hamawi

Maestría en Industrias Culturales: políticas y gestión

“La bibliodiversidad en Argentina, un análisis desde la perspectiva de la economía política”

**Tesis para optar por título de
Magister en Industrias Culturales: políticas y gestión**

Universidad Nacional de Quilmes

Director

Dr. Roberto Igarza

Agradecimientos.

Agradezco, en primer lugar, a los docentes de la Maestría en Industrias Culturales de la Universidad Nacional de Quilmes, por su calidad y entrega.

A Roberto Igarza por su infinita sabiduría y paciencia.

A mis compañeros de la Universidad Nacional de Avellaneda, con los que intentamos construir un proyecto educativo popular.

A los compañeros con los que compartimos la gestión pública, con quienes hicimos y aprendimos mucho.

A mis colegas editores, con los que recorrimos años de luchas en defensa de la edición nacional.

A los amigos y compañeros de la vida y de la militancia.

A mi esposa Cristina, a mis hijas Lucia y Jazmín, a mis nietos Mora y Antonio.

Índice de contenido

Agradecimientos	5
Introducción	11

Capítulo 1

Marco teórico conceptual

1. Ella baila sola	15
2. Todos totalizan	18
3. No es la economía, ni la cultura (solamente)	20
4. Mercado de lo intangible	22
5. Concentración	23
6. La rama primera	25

Capítulo 2

Metodología

1. Estado de la cuestión.	29
2. Objetivos	36
3. Metodología	36

Capítulo 3

Rumbo al primer record

1. La base estaba	39
1.1. La posguerra	40
1.2. La concertación	42
1.3. Un poco de derrame	43
2. La exposición	44
2.1. En la búsqueda de nuevos lectores	46
2.2. La biblioteca del trabajador	48
2.3. Un editor de época	55
2.4. Cuesta abajo	57
3. Golpe a golpe	58
3.1. La crisis del 30	59
3.2. La industrialización “espontanea”	61
3.3. El desembarco	63
3.4. Nuevos y viejos sellos	65
4. Un golpe con secuelas	70
4.1. El programa de gobierno	71

4.2. La política social	73
4.3. Perón, Perón	74
4.4. El desarrollo industrial	75
4.5. El aumento del salario real y la universalización educativa	76
4.6. Alpargatas y libros	77

Capítulo 4

1955-1973. Período de contrastes hacia un nuevo record

81

1. La Revolución Libertadora	81
1.1. El informe Prebisch	82
1.2. La dinámica económica	83
1.3. La reforma constitucional	84
1.4. La nueva conformación editorial	85
1.5. Editando política	87
2. El Desarrollismo	90
2.1. Las medidas iniciales	91
2.2. EUDEBA, el gran proyecto	92
2.3. La caída de Frondizi	96
2.4. El gobierno de Guido	96
3. Los tres años de Illia	98
3.1. La clase media pasa revista	99
3.2. Vanguardias artísticas y de las otras	102
3.3. Hacia otro quiebre	104
4. La “Revolución Argentina”	105
4.1. Desarrollo a palos	105
4.2. Krieger Vasena	106
4.3. Salarios y reforma previsional	107
4.4. El Cordobazo	109
4.5. Roberto Levingston	109
4.6. Lanusse	111
4.7. La dinámica laboral	112
4.8. Editoriales significativas	114
4.9. Lejos de un nuevo record	118
4.10. Una confusión esclarecedora	119
5. El retorno de Perón	121
5.1. La distribución del ingreso	124
5.2. Clima de época y nuevo record	126
5.3. Las políticas activas	128
5.4. El final	129

Capítulo 5	
1976-2014. Muerte y resurrección	131
1. El horror 1976-1981	131
1.1. Segunda etapa	133
1.2. La hoguera	134
2. Alfonsín y la recuperación democrática	135
2.1. El golpe de mercado	137
2.2. Hay libros, falta plata	138
2.3. Inestabilidad, convertibilidad y colapso	139
2.4. Transnacionalización y concentración	141
2.5. El saldo de la década	142
3. El despegue	143
3.1. Néstor Kirchner	144
3.2. La reindustrialización	145
3.3. Empleo y rentabilidad	146
3.4. La evolución del salario real	148
3.5. La industria editorial durante la década kirchnerista	149
3.6. Características del sector editorial independiente y de las otras	157
Elementos para la interpretación	163
Conclusiones	169
Anexo	171
Bibliografía	175

Introducción

En el texto de la *Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural* se afirma que:

... la diversidad cultural es tan necesaria para el género humano como la diversidad biológica para los organismos vivos. En este sentido, constituye el patrimonio común de la humanidad y debe ser reconocida y consolidada en beneficio de las generaciones presentes y futuras (UNESCO, 2001).

En el sector editorial este cruce entre diversidad cultural y biológica se conjuga en un concepto: el de la bibliodiversidad, tomando como referencia el término biodiversidad, que analiza los procesos en la naturaleza referidos a la diversidad de especies, organismos y el equilibrio de estos ecosistemas.

Se entiende que la biodiversidad es fundamental para el desarrollo de la vida, de la misma manera que entender la cultura, y en particular al libro, como un ecosistema, nos permite pensar la diversidad como constitutiva de su vitalidad.

La bibliodiversidad es tomada como una “idea fuerza”, como objetivo a alcanzar por las políticas públicas. Esta meta se refuerza en una época de globalización y concentración de los actores del mundo de la cultura.

En relación al libro se postulan tres variables necesarias para definir este nivel aconsejable de diversidad: cantidad, variedad y asequibilidad (acceso equitativo). Se necesita gran cantidad de títulos ofrecidos, que puedan dar cabida a múltiples géneros, temáticas y enfoques capaces de contemplar diversas necesidades y búsquedas, que no estén necesariamente ligados a públicos masivos. Estos títulos tienen que albergar diversidad de enfoques, miradas, estéticas, que contrapesen la inercia de la uniformidad que imponen las lógicas del mercado. También tienen que ser accesibles a la población por medio de librerías y bibliotecas distribuidas territorialmente de manera equilibrada.

Por mi actividad como editor, desde hace más de 30 años, luego como directivo de la Cámara Argentina del Libro y, por último, como funcionario público en el

área cultural, pude conocer el sector editor en casi todo el continente americano y algunos países europeos. Siempre me asombró, en nuestro continente, la diferencia que la edición en Argentina hacía sobre el resto. La ciudad de Buenos Aires ostenta un record admirable: es la que mayor número de librerías, por habitante, tiene en el mundo. La fascinación de los turistas al encontrarse con esa oferta es asombrosa. Ese asombro no se basa sólo en la cantidad de negocios del sector, sino en la variedad de la oferta que en ellos se brinda. Es común encontrarse, en otros países, librerías que mayoritariamente sólo ofrecen los últimos best sellers. No es el caso de las librerías locales, que presentan una amplia oferta de libros de catálogo. Un ejemplo ilustrativo, es el de Ateneo Grand Splendid que ofrece a sus clientes cinco mil títulos de libros de poesía.

Estas librerías, que además de en la ciudad de Buenos Aires, están en todo el país, son abastecidas por ediciones internacionales y por más de quinientas editoriales locales, con una variedad amplísima de tamaños: desde las multinacionales hasta los micro-emprendimientos unipersonales, pasando por centenas de PYMES con importante presencia en el mercado editorial, otro fenómeno infrecuente en otros lugares. A eso le sumamos la realización, todos los años, de una Feria del Libro que se encuentra entre las de mayor importancia mundial.

Esta realidad es la que nos permite entender el lugar que ocupa el país en la edición latinoamericana. En el informe del CERLALC sobre la producción editorial en la región (CERLALC, 2017) podemos ver la cantidad de títulos cada 10.000 habitantes publicados por los distintos países. Argentina encabeza la lista con 6,2 títulos. Los países con mayor volumen editorial están muy lejos de esta cifra: Brasil 3,9; México 2,2; Colombia 3,7.

Si quisiéramos realizar el análisis por la cantidad de ejemplares editados, podemos hacerlo en relación a México. En el año 2014, el último que toma esta tesis, la relación de ejemplares editados por habitante nos da en México 1,14 ejemplares. En Argentina esa relación es de 3,02 por habitante.¹

¹ Según la Cámara Mexicana del Libro, en 2014 se editaron 141.400.000 ejemplares para una población de 124.400.000 habitantes. En el mismo año, en Argentina se editaron 129.000.000 para una población de 42.670.000 habitantes.

Esta cantidad de títulos editados por habitante se asienta en –y a la vez estimula– un “sistema editorial”: escritores, editoriales, imprentas, librerías y actividades conexas son parte de ese sistema, variado en su composición, múltiple en sus intereses y potente en su profesionalidad.

De las variables que definen la bibliodiversidad, podemos afirmar que Argentina cumple con los tres requisitos básicos: tiene volumen de producción, diversidad de títulos publicados y, en un escenario global tendiente a la concentración, existen espacios resilientes que operan como promotores de la asequibilidad mediante circuitos de distribución alternativos o de nicho, combinados con una red de bibliotecas distribuidas por todo el país.

Esta tesis busca mostrar cómo se fue gestando en un ciclo histórico, de casi un siglo, esa diversidad editorial. Utilizando categorías de la economía política de la cultura, analizaremos cómo se conjugaron los factores privados y públicos; las empresas y los gobiernos; las inversiones y las regulaciones. Tomar una línea histórica nos permite analizar, más allá de las diferencias de épocas, algunas constantes que posibilitaron el crecimiento de este ecosistema editorial.

Se ponderará el rol de las editoriales independientes, que ha sido y es central en la operación del fenómeno de bibliodiversidad. Su protagonismo cultural, más que económico o social, lo ha convertido en el elemento vertebrador del fenómeno, una componente sin la cual el ecosistema perdería la caracterización que actualmente tiene. La diversidad de editoriales no explica por sí misma el resultado, aunque sí se identifica como un factor crítico en el marco de la concentración del mercado, tanto en producción como en distribución.

Capítulo 1

Marco teórico

1. Ella baila sola

En el primer tomo de *El Capital*, Marx escribe una de las más bellas frases, que muestra el carácter omnipresente y totalizador de la mercancía:

La forma de la madera, por ejemplo, cambia al convertirla en una mesa. No obstante, la mesa sigue siendo madera, sigue siendo un objeto físico vulgar y corriente. Pero en cuanto empieza a comportarse como mercancía, la mesa se convierte en un objeto físicamente metafísico. No sólo se incorpora sobre sus patas encima del suelo, sino que se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías, y de su cabeza de madera empiezan a salir antojos mucho más peregrinos y extraños que si de pronto la mesa rompiese a bailar por su propio impulso (Marx, 2008).

Esta cualidad del capitalismo de absorber y transformar el trabajo humano en mercancías, equivalentes y comercializables entre sí, llega en forma masiva a la cultura durante las primeras décadas siglo XX. La capacidad de reproducción seriada, canales de distribución, publicidad y la generación de millones de nuevos consumidores de sus productos, crean un sistema.

Cuando en 1948 Horkheimer y Adorno publican *Dialéctica del Iluminismo* incluyen por primera vez un término que marcará hasta nuestros días buena parte de los debates en torno a la cultura: el de Industria Cultural.

Horkheimer y Adorno escriben sobre cultura sabiendo que

El denominador común “cultura” contiene ya virtualmente la toma de posición, el encasillamiento, la clasificación, que entrega la cultura al reino de la administración (Horkheimer y Adorno, 1988).

Hablar de cultura es llevarla al terreno de la burocracia y alejarla del campo del arte. Para los autores esto es posible ya que “Sólo la subsunción industrializada, radical y consecuente, está en pleno acuerdo con este concepto de cultura.”

Para otro de los miembros de la Escuela de Frankfurt, Walter Benjamin, “La época de su reproductividad técnica desligó al arte de su fundamento cultural” (Benjamin, 1989). Aquí encontramos una primera cuestión central: el desarrollo técnico de la producción capitalista, con sus procesos de fabricación de productos en serie, marcando su impronta en los modos de producir cultura.

Otro pensador, filosófico y políticamente en las antípodas de los frankfurtianos, también pone en tensión esta relación entre técnica y arte. Escribe Martin Heidegger:

Porque la esencia de la técnica no es nada técnico, la reflexión sobre la técnica y la contraposición decisiva con ella, tiene que tener lugar en un ámbito que, de un lado, está emparentado con la esencia de la técnica y que, de otro, es, sin embargo distinto. Tal ámbito es el arte (Heidegger, 1994).

Si bien la obra de arte siempre pudo reproducirse por medios artesanales –copias manuales, xilografía, litografía–, los avances técnicos –radio, cine, fotografía, desarrollo editorial– abrieron masivamente el acceso a estas obras. Este avance hace decir a Paul Valéry, citado por Benjamin:

Igual que el agua, el gas, y la corriente eléctrica vienen a nuestras casas, para servirnos, desde lejos y por medio de una manipulación casi imperceptible, así estamos también provistos de imágenes y de series de sonidos que acuden a un pequeño toque, casi a un signo, y que del mismo modo nos abandonan” (Benjamin, 1989).

Para Horkheimer y Adorno, este vínculo entre técnica y arte está dominado por las lógicas del capitalismo industrial que habían vivido en Alemania y que experimentan, a la hora de escribir este libro, habitando en el corazón del capitalismo desarrollado: Estados Unidos.

Cada civilización de masas en un sistema de economía centrada es idéntica y su esqueleto –la armadura conceptual fabricada por el sistema–

comienza a delinearse. Film y radio no tienen ya más necesidad de hacerse pasar por arte. La verdad de que no son más que negocios les sirve de ideología. La racionalidad técnica es hoy la racionalidad del dominio mismo. Automóviles y film mantienen unido el conjunto hasta que sus elementos niveladores repercuten sobre la injusticia misma a la que servían (Horkheimer y Adorno, *op.cit*, p. 165)

Es esta vinculación entre el modo de producción capitalista y la manera de producir y distribuir los bienes culturales lo que definirá este sistema llamado *industria cultural*.

Esta postura se radicaliza al no encontrar diferencias entre la producción de cualquier mercancía y la cultura. Así, señalan la íntima relación entre poderosos sectores de la economía, como la industria eléctrica o la naval, con la radio y el cine, en una relación interdependiente. “Las manifestaciones estéticas, incluso de los opositores políticos, celebran del mismo modo el elogio del ritmo de acero” (Horkheimer y Adorno, *op.cit*, p.166).

Para que no queden dudas sobre la identidad entre la industria cultural y otras industrias, afirman la simetría de las supuestas diferencias entre los automóviles producidos por distintas compañías y los productos de los distintos estudios cinematográficos. En unos, las diferencias no pasan de variantes de diseño o el número de cilindros, mientras que en las películas apenas si se remiten a distintos vestuarios, escenografías o despliegue técnico.

La producción de acero, autos, energía eléctrica está en serie con la producción de películas, radio y folletines. Esta es una parte central de la denuncia. La otra, es la relación con esta nueva cultura de masas, en la que los pensadores de Frankfurt ven peligrosas coincidencias entre el nazismo y la cultura de masas del creciente capitalismo norteamericano. Para Jesús Martín Barbero:

Con el nazismo, el capitalismo deja de ser únicamente economía y pone al descubierto su textura política y cultural: su tendencia a la totalización. (...) los procesos de masificación van a ser por vez primera pensados, no como sustitutos, sino como constitutivos de la conflictividad estructural de lo social (Martín Barbero, 1987).

En este sentido de la cultura se legitima la lógica de la mercantilización de la existencia social. La cultura como ideología y como normalizadora del sistema:

La cultura ha contribuido siempre a domar los instintos revolucionarios, así como los bárbaros. La cultura industrializada hace algo más. Enseña e inculca la condición necesaria para tolerar la vida despiadada (...) Quien frente a la potencia de la monotonía aún duda, es un loco (Ibíd, p. 60).

Por su parte, Adorno escribe veinte años después de publicada la *Dialéctica del Iluminismo* “los productos del espíritu en el estilo de la industria cultural ya no son *también* mercancías, sino que lo son integralmente” (Adorno y Morin, 1967).

2. Todos totalizan

El gran mérito de los filósofos de Frankfurt ante el asombro por esa maquinaria cultural que se desplegaba, fue encontrar las claves de su expansión desde lo económico y lo político. Pero pagaron el precio de caer, ellos mismos, en el error de la totalización.

Un ejecutante de jazz que debe tocar un trozo de música seria, el más simple minué de Beethoven, lo sincopa involuntariamente y sólo accede a tocar las notas preliminares con una sonrisa de superioridad.

Esta “naturaleza”, complicada por las instancias siempre presentes y desarrolladas hasta el exceso del medio específico, constituye el nuevo estilo, es decir: un sistema de no-cultura, al que se le podría reconocer una cierta «unidad estilística», si se concede que tiene sentido hablar de una barbarie estilizada ((Horkheimer y Adorno, *op.cit*, p. 169).

Esa idea totalizadora también les hará decir que: “Todas las violaciones de los hábitos del oficio cometidas por Orson Welles le son perdonadas, porque – incluyendo las incorrecciones– no hacen más que reforzar y confirmar la validez del sistema” (Ibid).

El propio Benjamin marcó un matiz al decir:

Claro que no discutimos que en ciertos casos pueda hoy el cine apoyar además una crítica revolucionaria de las condiciones sociales, incluso del poder de la propiedad (Benjamin, 1989).

En Adorno y Horkheimer pareciera que los productos generados por la naciente industria cultural son creaciones sin tradición, surgidas de la inventiva de gerentes sólo dispuestos a ganar dinero; no hay fisuras, no hay espacios para que ese poderoso instrumento pueda generar un sentido artístico de sus producciones. También refleja una mirada centralista que se agota en la geografía de la Europa de la posguerra y la naciente potencia norteamericana.

Conviene detenernos en la crítica que formula Martín Barbero:

(...) fuimos descubriendo todo lo que el pensamiento de Frankfurt nos impedía pensar a nosotros, todo lo que de nuestra realidad social y cultural no cabía ni en su sistematización ni en su dialéctica. (...) Pero esa afirmación de la "unidad" se torna teóricamente- abusiva y políticamente peligrosa cuando de ella se concluye la totalización de la que se infiere que del film más ramplón a los de Chaplin o Welles "todos los films dicen lo mismo" (...) rebajar todas las otras formas posibles hasta el sarcasmo y hacer del sentimiento un torpe y siniestro aliado de la vulgaridad (Barbero, *op. cit*, p.49).

Esta crítica de Barbero a un pensamiento que ha sido incapaz de construir lazos con formas de cultura popular, anclada en una mira de elite que lamenta "un mundo perdido", incluye una pregunta por demás inquietante:

¿Y si en el origen de la industria cultural más que la lógica de la mercancía lo que estuviera en verdad fuera la reacción frustrada de las masas ante un arte reservado a las minorías? (Barbero, *op. cit*, p. 54).

A su vez, Mattelart y Piemme sostienen que

El verdadero objeto de los análisis de Horkheimer y Adorno no es la industria cultural sino su producto supuesto: la cultura de masas. (...) Ahora bien, con la perspectiva de los años transcurridos cabe preguntar si la tesis no es absolutamente globalizadora. (...) Hoy sabemos perfectamente que no se puede confundir el jazz con las series de

televisión, y que el peso económico de Hollywood no hipoteca la legitimidad del cine propiamente dicho (Mattelart y Piemme, 1982).

3. No es la economía, ni la cultura (solamente)

Para Nicholas Garnham

La verdadera debilidad de la posición original de la Escuela de Frankfurt no fue su incompreensión de la importancia de la base o de lo económico, sino el no haber tomado lo bastante en cuenta la naturaleza económicamente contradictoria del proceso que observan, por lo que pensaron que la industrialización de la cultura era irresistible y no planteaba conflictos (Garnham, 1979).

Son esas contradicciones entre los actores económicos, políticos, comunicacionales y culturales, los que abren un campo de investigación que liga la economía política a la cultura.

Continúa Garnham:

La necesidad de esta economía política es sumamente práctica: surge de cambios reales en la estructura del Capitalismo contemporáneo a medida que realiza lo que ha sido etiquetado como “industria cultural” y de la relación de esta con el Estado (*Ibíd.*, p.110).

Hasta el vertiginoso crecimiento del sector audiovisual, sólo el libro y la prensa escrita fueron los únicos instrumentos para la difusión y legitimación de verdades y sentidos. De allí que es imposible analizar el sector sin analizar sus vínculos con las formas estatales y políticas de los diversos períodos a estudiar.

Para Vicent Mosco:

En un sentido estricto, economía política es el estudio de las relaciones sociales, particularmente las relaciones de poder, que mutuamente constituyen la producción, distribución y consumo de recursos, incluidos los recursos de comunicación (Mosco, 2006).

Esta relación entre estructura económica y superestructura política e ideológica fue central en el análisis de Marx:

Las ideas de la clase dominante son en cada época, las ideas dominantes; o lo que es igual, la clase con la que se identifica el poder material dominante en la sociedad es la clase que, al mismo tiempo ejerce el poder espiritual en ella dominante. (...) en el marco de dicha clase una parte actúa como los pensadores de la clase en cuestión (sus ideólogos conceptualizadores activos), que hacen de la conformación y sistematización de las ilusiones que esta clase se hace sobre sí misma su rama principal de alimentación (Marx, 2014).

Consideramos una buena guía para esta tesis el planteo epistemológico que sostiene Mosco: “La economía política de la comunicación necesita estar cimentada en una epistemología realista, inclusiva, constitutiva y crítica” (Mosco, 2006).

Realista en tanto entiende a la realidad como una conjunción de conceptos y de prácticas sociales. *Inclusiva*, porque rechaza el esencialismo que sólo explica las prácticas sociales desde una causa política-económica, entendiendo al campo social como “calidoscópico”.

Entiende una epistemología *constitutiva*

(...) en el sentido de que reconoce las limitaciones de la determinación causal, incluida la suposición de que las unidades de análisis social interactúan como totalidades completamente formadas y en un modo lineal (Mosco, *op. cit.*, p. 66).

Postula que sea *crítica*, en la medida que entiende el conocimiento en contraposición con otros cuerpos del conocimiento.

Desde esta base epistemológica, advierte que dada la ubicuidad del cambio social y de las permanentes modificaciones en las instituciones, se debe trabajar sobre los procesos y no sólo en la identificación de instituciones relevantes.

Guiado por este principio, yo desarrollo un mapa sustancial de la economía política con tres procesos de entrada, empezando por la mercantilización, el proceso de transformar el uso para intercambiar valor, siguiendo por la

especialización, la transformación del espacio con el tiempo, o el proceso de extensión institucional, y finalmente la estructuración, el proceso de constituir estructuras como resultado de la acción social (*Ibíd*, p. 66).

Este abordaje desde esos tres procesos nos permitirá entender los procesos de constitución de la industria editorial y sus diferentes momentos de desarrollo. Por último, las reflexiones de Lawrence Grossberg al analizar al capitalismo como una práctica, proceso y proyecto, nos permitirán analizar a los distintos actores sin un determinismo economicista que parcialice el análisis:

No existe el *Capitalismo*, en singular y con mayúsculas. No sólo el capitalismo es plural y heterogéneo, solamente hay capitalismos específicos, cuyas formas están siempre sobredeterminadas” (Grossberg, 2012).

4. Mercado de lo intangible

Este tipo de mercancía tiene características especiales. Entender estas especificidades nos permitirá abordar con mayor precisión el campo que analizamos en este trabajo. Seguiremos el desarrollo teórico de Ramón Zallo:

La cultura nace de actos de creación simbólica, tiene procesos de trabajo y valorización peculiares por su propia naturaleza, supone siempre algún proyecto estético y comunicativo independientemente de su calidad, se plasma en objetos o servicios culturales y demandados por tales, y tiene una eficacia social por su percepción social en forma de disfrute, conocimiento y vertebración colectiva (Zallo, 2007).

El autor nos habla de un sector con una economía no uniforme, que puede tener la forma de servicio o producto. Pero en todos los casos se basa en un valor intangible o simbólico. Esto requiere un trabajo creativo que lo haga posible, un trabajo calificado y especializado. Para el sector que analizaremos es relevante la definición de “economía con oferta múltiple”:

(...) no sólo por la inmensa capacidad de creación y producción –pues estamos en culturas con una educación colectiva generalizada y en cada

individuo puede haber un creador– sino que la producción es mucho mayor que la oferta presentada al mercado (*Ibíd.*, p. 222).

También nos presenta un sector con una permanente renovación productiva y comercial, que debe adaptarse a los cambios simbólicos.

Una característica fundamental de la mercancía cultural es que la oferta es previa a la demanda. Demanda que, por el tipo de producto que se ofrece, es siempre aleatoria: “El proyecto cultural funda la reflexión estética, y sólo después la demanda o el mercado se revelan y adaptan (*Ibíd.*, p. 227).

Zallo sostiene que el valor material e intelectual tiende a decrecer históricamente, al mismo tiempo que se incrementan los costos creativos. Esto se explica por dos razones: la necesidad de exclusividad, y que la mayor inversión se encuentra en el prototipo u original.

Nos habla de mercados imperfectos:

(...) en la medida que la oferta precede a la demanda; no hay una libre movilidad de capitales dada la omnipresencia de la exclusividad de los derechos de propiedad intelectual y de explotación por territorio (*Ibíd.*, p. 228).

Por último, sostiene que estamos ante un sector con fuerte presencia de las administraciones: “De hecho, no cabe una economía de la cultura sin un enfoque de economía institucional” (*Ibíd.*, p. 228).

5. Concentración

Para analizar el recorrido histórico del sector editor, es crucial tener presente la tendencia a la concentración y sus formas. Para Guillermo Mastrini y Martín Becerra,

(...) puede definirse la concentración de la producción de acuerdo con la incidencia que tienen las mayores empresas de una actividad económica en el valor de producción de la misma (Mastrini y Becerra, 2009).

Mosco, por su parte, describe los modos en que se realizan estos procesos de expansión, a su modo de ver, en relación a las empresas de comunicación, aunque son aplicables a otros sectores de las industrias culturales:

La *concentración horizontal* tiene lugar cuando una empresa de una línea de negocio comunicativa adquiere un interés mayoritario en otra operación mediática que no está directamente relacionada con el negocio original (Mosco, *op. cit.*, p.70).

También nos describe otras maneras de concentración:

La *integración vertical* describe la amalgama de empresas dentro de una línea de negocio que extiende el control de la compañía sobre el proceso de producción (*Ibíd.*, p.70).

En esa línea, Mastrini y Becerra definen los procesos de concentración:

Este fenómeno se presenta a partir del crecimiento de las empresas, basado en dos estrategias: el crecimiento interno, que tiene lugar cuando se crean productos que permiten ganar mercado por inversión y acumulación; y el crecimiento externo, que supone la compra de empresas en funcionamiento. (...) En segundo lugar, la integración o expansión vertical tiene lugar cuando la fusión o adquisición de una empresa se produce hacia adelante o atrás en la cadena de valor y suministro. (...) En tercer lugar, aparecen los conglomerados o crecimiento diagonal o lateral (Mastrini y Becerra, *op. cit.*).

El proceso de concentración de la producción según la heterodoxia económica supone

(...) que cada vez menos capitalistas controlen más medios de producción y fuerza de trabajo, produzcan más mercancías y eleven la tasa de ganancia. La concentración de la producción implica la combinación de un proceso material y físico, con repercusiones económicas, cuyas principales características son:

1. Aumento del tamaño medio de las empresas y la dimensión del capital invertido.
2. Aumento de la escala de producción.
3. Aumento del capital constante sobre el capital variable.

Este aumento de la dimensión de las empresas genera barreras de entrada para las inversiones de nuevos capitalistas y determina un segundo aspecto del proceso: la centralización del capital (Mastrini y Becerra, *op.cit*).

Estos procesos de concentración, si bien son inherentes al sistema capitalista de producción, en las industrias culturales adquieren características especiales:

1. Valor de uso inmaterial, no se destruye en el acto de consumo.
2. Fuerte presión a la novedad.
3. Gran inversión en el prototipo.
4. Costo marginal que tiende a cero, lo que impulsa economías de escala.
5. Carácter aleatorio de la demanda.

Como sostienen Mastrini y Becerra,

Los potenciales retornos de las economías de escala son continuos y, por lo tanto, existen presiones para expandir el mercado hasta situaciones de oligopolio o monopolio (Mastrini y Becerra, 2009).

En estos procesos de concentración, muy acentuados en el sector editorial, deberemos tener en cuenta, además de los factores económicos, la incidencia de la política y la tecnología.

6. La rama primera

“El libro sigue siendo el escalón más alto que pueda alcanzar el texto en búsqueda de legitimidad y de reconocimiento intelectual, esencia de su meritocrático pasado y presente”

Roberto Igarza

Para Octavio Getino “el libro y la imprenta han conformado, desde hace muchos siglos, la primera industria cultural en la historia de la humanidad” (Getino, 2008). Entendemos a las producciones editoriales en su doble carácter de bienes simbólicos y mercancías. Esa “doble cara de Jano”, como la definía Bordieu, caracteriza al conjunto de las industrias culturales.

La industria editorial construye de manera decisiva la identidad social de amplias capas de la población mundial. Un vasto sistema integrado por autores, editores, correctores, diseñadores, agentes literarios, bibliotecarios, libreros, distribuidores, promotores de lecturas, son las partes fundamentales de un articulado sistema de producción, distribución y promoción.

La evolución del sector siempre ha estado vinculada estrechamente a la evolución de cinco lógicas: la productiva/industrial, la social, la de las políticas públicas, la tecnológica y la cultural.

Debemos analizar el sector editorial como un sistema integrado por editoriales, imprentas, librerías, distribuidoras, bibliotecas, escuelas, universidades. Esta conjunción de actores hace que el sistema editorial tenga una fuerte articulación interna; una muestra de esto es el listado de las cámaras que conforman la Fundación El Libro: editores nacionales (CAL) y multinacionales (CAP), libreros (CAPLA), imprenteros (FAIGA) y escritores (SADE).

También el sector es sensible a las acciones externas. Como ocurre en otros sectores de las industrias culturales, en la del libro la cuestión de las políticas públicas es fundamental en la medida en que a estos bienes se los considere como bienes públicos. Por su carácter de instrumentos de circulación de valores simbólicos, identitarios, configuradores de sentidos subjetivos y comunitarios, estos bienes reciben un tratamiento especial de las políticas públicas con regulaciones por parte del Estado y con políticas más o menos activas de acuerdo a los lineamientos gubernamentales imperantes en distintas épocas. Esto se refuerza en el caso del libro ya que cuenta con un alto valor simbólico otorgado por la sociedad.

El Estado es, a la vez y al menos, una combinación de agente regulador de los intercambios entre privados, prescriptor de contenidos culturales, principal promotor de la lectura, agente fiscal, productor de contenidos y facilitador de infraestructuras sociales (Igarza, 2013).

Esta tesis incluye como tema de análisis el de la bibliodiversidad. Este concepto no refiere solamente al hecho de que se publiquen muchos títulos al año, sino a las características de estas ediciones. Deben conjugar diversidad temática y diversidad de acceso.

Este concepto tomó fuerza sobre finales del siglo pasado. La Alianza de Editores Independientes postula que:

La bibliodiversidad es la diversidad cultural aplicada al mundo del libro (...) si bien los grandes grupos, con su producción masiva de libros, contribuyen a la formación de una cierta oferta editorial, la bibliodiversidad está íntimamente ligada a la producción de las editoriales independientes (Hawthorne, 2008).

Al desarrollar en este trabajo un análisis del sector independiente a partir de los 90, creemos que a lo largo del período histórico estudiado ya encontramos una oferta variada, diversa en sus temáticas y con presencia de grandes y pequeños proyectos editoriales que las sostenían. Intentaremos dar cuenta de este fenómeno en el estudio de los diversos momentos de la edición en la que nos detendremos.

Capítulo 2

Metodología

1. Estado de la cuestión

En la escasa bibliografía que hay de análisis de la edición en el país, la gran mayoría centra sus estudios en la evolución histórica de las empresas del sector: las influencias exteriores (por ejemplo, la presencia de editores españoles), los procesos de integración societaria o los procesos de integración vertical, muy frecuentes en esta industria. También hay estudios desde la crítica cultural: evolución de los catálogos, períodos de inclusión de autores argentinos, vinculación con otros medios editoriales (diarios, revistas). Hay trabajos que analizan los procesos educativos y culturales destinados al estímulo de la lectura, así como análisis de los hábitos lectores en la población. Sin embargo no son frecuentes las investigaciones que incluyan variables desde los aportes de la economía política de la cultura:

A) Hay una línea de análisis que ubica al libro dentro del ecosistema cultural/mediático –Zallo (1988, 2007), Mastrini (2003, 2009), Becerra (2003,2014), Igarza (2009,2013)– que permite entender esta industria desde lógicas de acumulación, internacionalización y relación con el poder diferentes a las analizadas tradicionalmente.

Zallo nos aporta un marco para pensar la estructura de las industrias culturales

Siempre hay un hecho económico en la cultura y la comunicación ya se trate de un bien público o privado. Su forma económica no es uniforme, puesto que la cultura en su conjunto puede ser capital, producto o servicio. La expresión mercantil es pues muy variada (Zallo, 2007).

Define a las industrias culturales como un conjunto de ramas, segmentos y actividades auxiliares, industriales, productoras y distribuidoras de mercancías con contenidos simbólicos.

Tienen como punto de partida un prototipo único, que es poco sustituible individualmente y con un importante valor añadido. Este prototipo tiene como base un trabajo creativo.

El trabajo creativo, es culto, diferente u original, además de responder a las técnicas profesionales, y es en sí mismo innovador, en permanente cambio y está en competencia (Zallo, 2007).

El carácter prototípico de cada creación es protegible mediante derechos. Esta producción combina lógica económica, social y artística: “Hay una afectación comunicativa o comercial en el proceso creativo. Los autores piensan en el mercado o en el público” (*ibid*).

Es un sector donde la oferta antecede a la demanda y hay más producción que la oferta presentada, esto se completa, para el autor, con dos características importantes: son bienes que no se destruyen con el consumo, y su demanda es aleatoria. Esta conjunción de factores hace que se tenga una fuerte presión hacia la novedad y rotación de productos. Zallo define a los consumos culturales como bienes o servicios de experiencia “la experiencia ex post la que establece la posición individual y colectiva entre oferta y demanda, y teniendo la crítica la función de prepararla” (*ibid*).

Los mercados en los que se desarrollan las industrias culturales son imperfectos ya que no hay una libre movilidad de capitales dada la omnipresencia de la exclusividad de los derechos de propiedad intelectual y de explotación por territorio, además de la necesidad de licencias o autorizaciones en los espectros radioeléctricos, analógicos o digitales. Otra característica es la presencia de grupos económicos poderosos que pueden imponer productos y precios, fijando barreras de entradas altas para el sector. Estas características hacen de las industrias culturales una actividad muy dependiente de las administraciones estatales en relación a las regulaciones y los estímulos.

En esa línea de análisis, los textos de Becerra y Mastrini analizan los procesos de concentración económica, si bien poniendo el foco en las empresas

infocomunicacionales, aplicables al conjunto de las industrias culturales. Siguiendo los análisis de los 60' definen dos dimensiones de la concentración: geográfica y económica.

La geográfica hace referencia a la centralización de la producción, distribución y consumo cultural en los grandes centros urbanos. (...) La concentración económica se vincula con el complejo entramado de relaciones que tempranamente se estableció entre el poder político, el poder económico y los propietarios de los medios (Becerra y Mastrini, 2009).

Durante los 90' se percibe una mayor competencia en ámbitos internacionales con un proceso de fusiones, compras y acuerdos de empresas.

La globalización afecta centralmente al sector de la industria cultural. El alto nivel de concentración oligopólica de las telecomunicaciones y el audiovisual constituye uno de los elementos que permiten explicar la convergencia (*Ibíd*).

Los autores describen los mecanismos de esta globalización. Nos dicen que los procesos más extendidos a nivel mundial son la concentración de la producción y la centralización del capital.

La concentración de la producción se da por crecimiento del tamaño de la empresa. Por su parte, la centralización económica explica cómo unos pocos capitalistas acrecientan el control sobre la propiedad de los medios de producción en una sociedad determinada. La centralización del capital ocurre por crecimiento del poder de la firma (*Ibíd*).

Este crecimiento de los sectores más concentrados de la economía se explica por la conjunción de tres aumentos: del tamaño medio de las empresas y la dimensión del capital invertido; de la escala de producción y del capital constante sobre el capital variable.

En estos escenarios de concentración los autores sostienen que

La regulación de la propiedad debe servir para impedir la concentración porque puede constituir un riesgo para la democracia y para el sistema político, destacando la necesidad de salvaguardar el pluralismo (*Ibíd*).

Por su parte Roberto Igarza investiga los nuevos factores que condicionan los consumos culturales: “Uno de los principales es la dinamización de la histórica tensión entre espacios de ocio y de producción” (Igarza, 2009). Sostiene que el ocio se escurre entre bloques productivos, *“El ocio se ha vuelto intersticial”* (ibid). Los largos tiempos de viaje y de espera entre el hogar y el trabajo, los nuevos dispositivos móviles y el poder de lo audiovisual, configuran un nuevo escenario.

El consumo cultural está inundado de brevedades, pequeñas piezas, unidades menores y diminutas, que se comparten entre plataformas y dispositivos durante las 24 horas (ibíd) .

Ese tiempo de ocio debe considerarse como un eje vertebrador de la sociabilidad, tanto como los espacios de educación o de trabajo.

Sostiene que estamos ante una “sociedad digital, hiperconectada y entretenida” (ibid). En este contexto la lectura tiende a ser experiencial. La clave está en personalizar la experiencia del usuario. También es transmedial:

... un libro puede ser también un e-book, un audiolibro, un videojuego, una película , un video en You Tube, un blog de autores, una comunidad de lectores en Facebook...un experiencia (ibíd).

Junto a la tendencia a transmediatizar contenidos, está la búsqueda de “microsegmentaciones” demandadas por minorías. Igarza advierte que en ese intento de dar cabida a lectores específicos “subsiste el riesgo de concentración en los segmentos más rentables” (Igarza, 2013).

B) Los trabajos de Martín Barbero (1987), De Diego (2014, 2015, 2016), De Sagastizabal (1995, 2014, 2015), introducen categorías para poder pensar las características de las editoriales independientes que, muchas veces, están en los márgenes del mercado capitalista.

Jesús Martín Barbero en su obra fundamental *De los medios a las mediaciones*, busca saldar cuentas con las posturas de Adorno y Horkheimer: “El concepto ‘industria cultural’ nos pervirtió porque, de alguna manera, incorporó a la industria como si fuera un puro avatar del mercado, y no lo es” (Martín Barbero, 1987).

Con esta crítica se busca la segmentación de los sectores y actores del entramado cultural. Si no todo es puro mercado se abre la posibilidad de reconocer producciones que no están organizadas sólo por la premisa del lucro. Estos proyectos buscan comunicar ideas, estéticas, valores; crear arte y ponerlo en circulación. Son, además –para Barbero– los mediadores entre la cultura popular y la de masas.

En este sentido, la industria cultural necesita ser pensada de nuevo, particularmente en América Latina, donde empieza a haber una industria de los independientes en música, en teatro y en cine. Esta nueva industria cultural no puede decirse que sea un mero producto del mercado, aunque tiene que ver con él, porque no lo es; tiene muchas y fuertes contradicciones con el mercado (*Ibíd*).

José Luis de Diego lleva adelante el importante trabajo de producir investigación histórica sobre la edición en Argentina. Define la tarea como:

...sumarse a la trabajosa reconstrucción de la historia del libro y la edición en lo que tiene que ver con ese rostro olvidado, deteriorado: la otra cara de Jano (de Diego, 2015).

Esa otra cara que quiere historiar es la simbólica, la del amor a la literatura, la del editor como agente cultural, a diferencia de la otra cara: mercantil, económica, sólo en pos del beneficio. Para el autor, esa doble cara del editor, una del dinero y la otra de la cultura, es una metáfora en crisis.

Sin embargo después de la brutal concentración de los últimos años, el símil ya no parece funcionar : una de las caras, la que miraba a la cultura, se ha deteriorado como esos bustos de piedra a los que el tiempo les ha ido borrando las facciones (*Ibíd*).

En esa línea también está Leandro de Sagastizabal. Su programa de investigación se sintetiza con claridad en el prologo de un libro escrito junto a Luis Quevedo:

¿Cuál es la verdadera importancia del editor en el proceso de producción del libro? ¿Cómo han sobrevivido a las múltiples y cambiantes encrucijadas de la economía vernácula a lo largo de los años? ¿Cómo se paran ante el cambio tecnológico que aparece como un *tsunami* contra las páginas impresas? ¿Cuál es la historia de las empresas? ¿Cómo se construye un catálogo? ¿Hay una identidad argentina en la edición de libros? (...) ¿Podrán sobrevivir los editores en el siglo XXI? ¿Podrán encontrar respuestas a los grandes desafíos de la época? (De Sagastizábal y Quevedo, 2015).

C) Los estudios sobre cultura y desarrollo –(Rey (2012), García Canclini (1989, 2004), Getino (1995, 2008), Yudice (2002)– brindan un marco para analizar los procesos de producción editorial en un campo más amplio de articulación con el resto de las industrias culturales.

Para García Canclini, la investigación científica de la cultura comienza en el siglo XIX, desde la antropología, referida a sociedades no occidentales, ni modernas.

Fue con la industrialización de los procesos simbólicos que la sociología y luego la economía advirtieron que los procesos culturales contribuían al desarrollo social o lo dificultaban (García Canclini, 2011).

Los estudios de la comunicación abrieron el campo y

(...) hablar de cultura dejó de limitarse a objetos de valor excepcional y comenzó a analizarse la producción, la circulación y el consumo de los procesos creativos en todo el arco de la vida cotidiana (*Ibíd*).

En la misma línea que Martín Barbero, busca las interrelaciones entre los procesos de masificación cultural con la realidad de Latinoamérica. Desde allí García Canclini analiza los procesos de “hibridación” cultural en el continente:

Sin duda, la expansión urbana es una de las causas que intensificaron la hibridación cultural. ¿Qué significa para las culturas latinoamericanas que países que a principios de siglo tenían alrededor de un 10 por ciento de su población en las ciudades, concentren ahora un 60 o un 70 por ciento en las aglomeraciones urbanas? (García Canclini, 1989).

Ese paso de comunidades campesinas dispersas con tradiciones culturales, locales y homogéneas, a los centros urbanos, donde hay una oferta simbólica renovada y heterogénea, produce ese fenómeno que combina exclusión, diferencia e hibridación. Analiza cómo los intereses financieros y las corporaciones transnacionales atacan el desarrollo de las sociedades periféricas. Como todos los autores mencionados en este capítulo, su obra está atravesada por una mirada política que busca en las políticas públicas y en la sociedad proyectos que permitan armonizar las dimensiones culturales y el desarrollo.

¿Cómo se combinan la incorporación avanzada de los jóvenes a los nuevos conocimientos, a la conectividad y la participación en redes y proyectos innovadores, con la desafiliación institucional, la frustración de expectativas y la socialización en la agresividad y el delito desde edades cada vez más tempranas? (García Canclini, *op. cit.*)

Por su parte, George Yúdice sostiene que la cultura, en nuestra contemporaneidad, toma la forma de recurso disponible, para diversos campos que la incluyen como instrumento de desarrollo. Un ejemplo desde el campo de la economía: según el Banco Mundial, la cultura

debe promover la capacidad de acción (*empowerment*) de los pobres de manera que puedan contar con los recursos sociales y humanos que les permiten soportar el trauma y la pérdida, detener la desconexión social mantener la autoestima y a la vez generar recursos materiales (Yúdice, 2002).

Otro ámbito que convoca a la cultura es el de la política, allí los temas de ciudadanía, inmigración, urbanización, participación democrática, comunidad, entre otros, tienen a la actividad cultural como “reserva disponible”. Yúdice sostiene que “La cultura en cuanto recurso es el principal componente de lo que podría definirse como una episteme posmoderna” (*ibid*).

El autor nos permite entender los múltiples condicionantes de las industrias culturales en un mundo globalizado.

Se obtienen ganancias mediante la posesión (o la creación, como diría Storper) de los derechos de propiedad: quienes no los tienen, o los

perdieron debido a la aplicación de leyes concebidas para favorecer los intereses de las corporaciones, son relegados a trabajar por contrato como proveedores de servicios y de contenidos (*Ibíd*).

1. 1. Objetivos

General: Analizar el fenómeno cultural de la bibliodiversidad en Argentina examinando la incidencia de las variables económicas y políticas sobre ese proceso con la finalidad de ofrecer una interpretación.

Específicos:

- Caracterizar los distintos momentos de la historia de la producción editorial en el país con una perspectiva multicausal para identificar y explicar los momentos de mayor producción, así como las continuidades y discontinuidades entre períodos definidos por un vínculo dominante entre economía y política.
- Indagar los factores relevantes en el proceso de surgimiento y sostenimiento de las editoriales independientes.

1. 2. Metodología

Tomaremos como períodos de análisis los tres momentos de record de edición de ejemplares en el país: 1953, 1974 y 2014. Trabajaré con hipótesis causales multivariantes, donde la variable dependiente es la bibliodiversidad en Argentina. Esta variable será considerada a partir de una combinación de hechos históricos de naturaleza política y datos económicos, a fin de determinar si las premisas evidencian un valor interpretativo y la suficiencia argumentativa para resultar asertivas acerca de las incidencias y eventuales predominancias de la política y la economía en la evolución del fenómeno de bibliodiversidad. La caracterización inicial de la cual se parte se enmarca en un escenario editorial cuya diversidad no sólo está sustentada en la cantidad de títulos editados, sino también en la diversidad de temáticas abordadas y en la diversidad de casas editoras registradas. Operacionalmente, el dispositivo metodológico emplea los datos históricos de edición en nuestro país provenientes del registro ISBN que nos permitirá tratar volumen de edición y temáticas, la información aportada por las

cámaras del sector para analizar la cantidad y tipo de editoriales que actúan en el sector, y el resultado de las entrevistas a editores, distribuidores y libreros como testimonios directos de los protagonistas.

Las variables independientes y su integración.

A) Realizaré un estudio longitudinal tomando la serie histórica que va de 1950 a 2014 analizando la evolución del PBI, participación de los asalariados en la renta nacional, la situación del mercado interno, regulación del mercado externo, estado de la cadena de valor del libro, entre otras.

B) En el mismo período (1950/2014) analizaré las políticas públicas dirigidas al libro (impositivas, desgravaciones, control del comercio externo, compras gubernamentales).

C) Análisis de la estructura de la industria editorial con particular interés en la incidencia de dos factores por momentos contemporáneos: la creciente concentración de empresas del sector, pronunciada durante los 90`, junto a la dinámica, principalmente cultural, que dio lugar al surgimiento y evolución de una miríada de nuevas editoriales independientes. Analizaré la vinculación de las grandes editoriales (multinacionales) con la edición de títulos locales y el tipo de edición producido por micro, pequeñas y medianas editoriales independientes.

Estudiaré el aporte de cada segmento a la diversidad editorial. Tomando como fuente las estadísticas publicadas por las dos cámaras representantes del sector (CAL y CAP) junto a entrevistas directas y estudios publicados en investigaciones publicadas.

A partir del entrecruzamiento de la información recabada, la evaluación empírica describirá y explicará la naturaleza e intensidad del vínculo entre las tres variables independientes (evolución de la economía, políticas públicas, estructura del sector) y la variable dependiente (bibliodiversidad) con la finalidad de evidenciar en qué medida resultan apropiadas las hipótesis que a modo de premisas fueron empleadas para construir el dispositivo metodológico.

Capítulo 3

Rumbo al primer record

1. La base estaba

Hay un sentido común que hace un tiempo comenzó a ser cuestionado: el de sostener que los editores españoles, exiliados de la guerra civil, fundaron la industria editorial argentina. Al respecto, José Luis de Diego sostiene que:

... en primer lugar, los editores españoles que arribaron a mediados de los años treinta no fueron, en sentido estricto, “pioneros”, tal como suele considerarse. Por ejemplo a Jesús Menéndez o a Pedro García, el fundador de El Ateneo (...) ya existía en Argentina un mercado creciente de público lector. En segundo lugar las editoriales mencionadas no se fundaron sobre una tabula rasa. Ha quedado demostrado que, por un lado, la ampliación del público lector se había producido durante un proceso largo que abarcó las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX (De Diego, 2015).

Un hecho significativo que muestra la existencia de un sector editorial estructurado en el país, fue la Exposición Nacional del Libro que se llevó a cabo entre el 21 y el 30 de septiembre de 1928, en el Teatro Cervantes de la ciudad de Buenos Aires. Fue realizada a instancias de Samuel Glusberg, editor de Babel – en cuyo catálogo sobresalían algunas vacas sagradas del parnaso literario argentino de entonces, como Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga–, por una junta ejecutiva encabezada por el propio Glusberg pero integrada mayormente por escritores consagrados, como Arturo Capdevila, Ricardo Rojas, el mencionado Horacio Quiroga, Evar Méndez, Ramón Cárcano, Ezequiel Martínez Estrada, Juan Canter, Carlos Correa Luna, Ricardo Levene y Manuel Conde, que tuvo a cargo la organización del, para la época, extraordinario evento.

Glusberg consiguió la participación del editor Manuel Gleizer (que en apenas seis años de iniciarse en el rubro había publicado a Arturo Cancela, Gerchunoff, Olivera Lavié, Correa Luna, Borges, Macedonio Fernández, Fijman, los hermanos González Tuñón, Gálvez, Lugones, Mallea, Olivari, Payró y Scalabrini Ortiz), Jacobo Peuser, Estrada, Abeledo, Cabaut, Antonio García Santos, El Ateneo, El

Colegio, La Cultura Argentina, Federico Crespillo, Kapelusz, Minerva, Fernando Coni, Samet, Julián Urgoiti, Lajouane, Aquino, Proa, Perrot, Hebraica, Viau, Zona, así como la Cooperativa Editorial Buenos Aires y las universidades de Buenos Aires, Córdoba, Tucumán y del Litoral (Casió, 2008)

El diario *La Nación* consigna que la exposición resultó un verdadero éxito, con más de 30 mil visitantes.

Partimos de este hecho, porque consideramos que es fundamental para entender los posteriores recortes temporales que abordaremos en este trabajo. Esta exposición presenta la estructura base de un sistema que irá creciendo y plantea los debates centrales para consolidar una industria editorial.

Nos detendremos a analizar cuál era el contexto económico, social y político en el que se desarrolló esta Exposición.

1. 1. La posguerra

Las consecuencias económicas de la Primera Guerra Mundial contribuyeron a que se problematizara el modelo agroexportador sobre el que se asentaba el exitoso progreso económico que Argentina había disfrutado hasta entonces. Surgía la sospecha de que las condiciones internacionales de posguerra no necesariamente se parecerían a las existentes antes de la confrontación (Caravaca, Plotkin; 2007, p. 54).

Durante la década del veinte comenzaron a escucharse con mayor fuerza las voces que promovían una política de fomento industrial interna mediante la utilización de las barreras aduaneras. Uno de los exponentes más importantes de esta visión proteccionista fue Alejandro Bunge, quien llamó la atención sobre las limitaciones del modelo económico en curso. Para Juan Llach, Bunge fue el mentor primigenio del planteo de la “demora” del desarrollo económico argentino después de la Primera Guerra Mundial.

Bunge planteaba que si Argentina continuaba por la senda recorrida hasta la Gran Guerra, se terminaría estancando. Por lo tanto, el Estado debía fomentar un desarrollo agropecuario más intensivo y una mayor industrialización, centralizada inicialmente en las materias primas nacionales, en el contexto de una diversificación general productiva (Llach, 1985, p.70).

Si bien las recomendaciones de Bunge no fueron seguidas, durante la década del veinte la producción industrial creció sostenidamente debido a un importante incremento en la tasa de inversión.²

Mientras que entre 1900 y 1920 se habían instalado en el país trece grandes empresas extranjeras industriales, entre 1921 y 1930 se radicaron cuarenta y tres (Rubinzal, 2010, p. 71).

Al momento de asumir la presidencia Hipólito Yrigoyen (1916) la crisis económica originada por la Primera Guerra Mundial estaba en su apogeo. La guerra había provocado una enorme desorganización comercial, una brusca contracción del ingreso de capitales y la interrupción del flujo inmigratorio.

A su vez, la caída de las exportaciones e importaciones afectó severamente las bases sobre las cuales se había expandido la economía argentina hasta entonces.

El PIB argentino se contrajo un 29,84% en el período 1913-1917. Este último año de ese período recesivo, el PIB retrocedió casi un 9%, los salarios reales disminuyeron y diversos cálculos estimaron que la desocupación había trepado a una franja que variaba entre un 12 y un 19%.

Pero los precios de la producción primaria y los flujos comerciales internacionales se recuperaron durante la posguerra, fomentando un fuerte crecimiento en la economía argentina, mientras que la restricción importadora multiplicó los talleres e industrias que elaboraban aquellos productos que no llegaban a la Argentina durante la guerra (Rubinzal, *op. cit.*, p. 75)

La recuperación económica fue acompañada por un incremento de la obra pública que había alcanzado niveles muy reducidos durante la guerra, de manera tal que hacia 1920, los indicadores sociales y económicos de Argentina se asemejaban a los de Australia, Canadá y las sociedades capitalistas industrializadas de Europa (Armstrong, 1985).

Los salarios medios argentinos superaban a los italianos en un 25% y a los españoles en un 43%, a la vez que el diferencial de PIB *per cápita* favorecía a la Argentina en un 33 y un 62%, respectivamente (Rubinzal, *op. cit.*, p. 132).

El salario medio nominal, a valores constantes, que en 1914 era de \$ 3,64, llegaría hasta un máximo de \$ 6,87 en 1921. A pesar de que luego registraría una

² La tasa de inversión pasó del 24% (1920) al 35% (1929) de acuerdo a datos de la CEPAL (Rubinzal, 2013).

pequeña caída en 1922, el salario real hacia el final de la década sería casi un 80% superior a los valores vigentes en 1917.

1. 2. La concertación

El yrigoyenismo aplicó una lógica arbitral para resolver los conflictos sociales. La idea de que el Estado se colocaba como un actor neutral en las disputas y, por ende, con capacidad arbitral, fue acompañada de determinados gestos que marcaron un viraje histórico.

La apertura hacia el movimiento obrero no impediría la realización de numerosas huelgas y movilizaciones (Terán, 2008). La mayor permisividad oficial frente a los reclamos laborales provocó en mayo de 1918 el surgimiento de la patronal Asociación del Trabajo. Los principales objetivos de esta organización eran enfrentar colectivamente los reclamos de la clase obrera y presionar al gobierno para que reprimiera a las organizaciones sindicales (Lvovich, 2003).

Esa presión patronal encontró eco en los despachos oficiales en ocasión de dos conflictos emblemáticos: la huelga en los Talleres Metalúrgicos Vasena³ y los reclamos de los peones patagónicos.

La respuesta represiva fue acompañada de la elaboración de un proyecto de Código Nacional del Trabajo (1921),⁴ que finalmente no fue aprobado por el Congreso, y de un aumento del salario mínimo de los empleados estatales de 100 a 160 pesos moneda nacional (Rubinzal, *op. cit.*, p. 146). Los conflictos no se redujeron al ámbito productivo sino que se extendieron a otras esferas sociales.

El 15 de junio de 1918, los estudiantes cordobeses liderados por Deodoro Roca proclamaron el “Manifiesto a los hombres libres de Sudamérica” en el que exigían terminar con la universidad medieval-colonial, escolástica, clerical y elitista. Los reclamos eran variados: autonomía, cogobierno, cátedras paralelas, concursos, gratuidad y extensión universitaria para vincularse con la sociedad. El apoyo del presidente Yrigoyen permitió que el movimiento reformista se anotara algunas

³ El paquete accionario mayoritario de la compañía pertenecía a inversores ingleses y el porcentaje minoritario era propiedad del empresario Pedro Vasena.

⁴ Los redactores de ese código, elaborado en 1921, utilizaron como antecedente la Ley Nacional del Trabajo elaborada por Joaquín V. González en 1904.

victorias, se creara la Universidad del Litoral y fuera nacionalizada la de Tucumán.⁵

1. 3. Un poco de derrame

El gobierno de Yrigoyen también extendió los servicios hospitalarios, particularmente aquellos referidos a la atención de las enfermedades “de la pobreza”, y la construcción de viviendas económicas para los trabajadores, lo cual incrementó, por vías indirectas, la redistribución del ingreso. En materia educativa, el gobierno mejoró sustancialmente los haberes de los maestros y construyó nuevas escuelas. Según Iñigo Carrera, esas medidas permitieron una disminución del analfabetismo en edad escolar del 20 al 4% (Iñigo Carrera, 1980).

De todos modos, el aumento de escolarización era parte de un proceso que había comenzado con la sanción de la ley 1420. De hecho, entre 1902 y 1913, el número de alumnos en las escuelas primarias aumentó de 412.000 a 843.000 y los de las escuelas secundarias de 9.000 a 20.000 (Gerchunoff, 2008).

Acompañando ese crecimiento matricular, en los quince años previos a la llegada de Yrigoyen a la presidencia, el número de establecimientos primarios había aumentado de 4.450 a 9.399 y el de secundarios de 53 a 149 (Cattaruzza, 2009).

La bonanza económica acompañó los primeros años del gobierno de Alvear. Entre 1922 y 1924, el PIB creció a un sorprendente 29,2% y las exportaciones mostraron una tendencia creciente luego de la caída registrada en 1921 (Rubinzal, *op.cit.*, p 148).

En materia laboral, si bien tuvieron lugar algunas reformas regresivas –entre las que destaca la derogación de la ley 11.289 de jubilaciones–, Alvear impulsó la aprobación de algunas leyes largamente reclamadas por los trabajadores, como la sanción en 1923 de un marco legal que obligaba a los empleadores a abonar los salarios en moneda nacional, evitando la muy difundida práctica de retribuir el trabajo con vales.

El gobierno también decretó el 1º de mayo como feriado nacional, elevó para su tratamiento un proyecto de jubilación de ferroviarios y empleados de comercio, en 1924 reglamentó la ley de trabajo de mujeres y menores en la Capital Federal que

⁵ El movimiento reformista que se expandió por todo el país, llegó a tener alcance continental, lo que se expresa, por ejemplo, en el surgimiento del dirigente peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, fundador del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), quien se declaró heredero del movimiento reformista cordobés.

prohibía el trabajo femenino hasta seis semanas después de haberse producido un parto y autorizaba a las embarazadas –que no podían ser despedidas– a retirarse del trabajo seis meses antes del mismo. Dos años más tarde fue sancionada la ley de descanso dominical, propuesta en 1905 por el diputado socialista Alfredo Palacios, que al no ser aprobada por el Congreso, rigió únicamente en la Capital Federal.

Las elevadas tasas de crecimiento se mantendrían hasta la crisis de 1929. Ese año, los niveles de producción industrial casi duplicaban los valores registrados al comenzar la década y Argentina era el país latinoamericano con mayor participación de la industria en su PIB.

Tomando como base 100 el año 1950, el índice de producción industrial había pasado del 20,3 en 1914, al 22,1 en 1918 y al 45,6 en 1929 (Di Tella, 1967).

2. La exposición

Retomando ese gran acontecimiento editorial que fue la Exposición de 1928 y siguiendo el trabajo realizado por Guillermo Gasio en su libro *El más caro de los lujos*, resultan ilustrativos algunos de los conceptos pronunciados durante su inauguración. Sostenía el Presidente de La Nación, Marcelo T. de Alvear:

La Exposición Nacional del Libro será una prueba elocuente de los progresos que han hecho la producción intelectual y las artes gráficas en el país que servirá de estímulo a las lecturas de obras que contribuirán a cimentar la posición que nuestro pueblo merece como propulsor de la cultura en América (Gasio, 2008).

Leopoldo Lugones, por su parte, expresó con exagerado fervor poético: “La Atenas del Plata la hemos hecho nosotros. Es ella la que en este momento manifiesta lo que nos ha reunido aquí para enorgullecerse”, mientras el decano de la facultad de Filosofía y Letras lo hacía con mayor contundencia: “La Exposición del Libro contribuirá a vencer la pereza mental, haciendo que muchos se incorporen a la categoría de público lector”.

Unos de los intelectuales más lúcidos en esta temática, Ricardo Rojas, rector de la Universidad de Buenos Aires, analizaba la situación del libro y planteaba un programa de acción:

Hemos fundado la jerarquía del pensamiento autónomo como función social; hemos definido los géneros, las especialidades, las técnicas; hemos creado los instrumentos editoriales, mediante la industria, el comercio y el arte; hemos logrado premios oficiales para la producción intelectual; hemos despertado la curiosidad del público en favor de los hombres más eminentes; pero no falta movilizar nuestros lectores, proteger el mercado local y abrir nuevos mercados en los pueblos afines. Podemos repetir aquí que el pueblo es el único Mecenaz del escritor moderno y que de él depende la selección de las obras y el abaratamiento de los libros (*Ibíd*).

En estos discursos, como en otras declaraciones hechas por protagonistas de este acontecimiento, la idea rectora era que la Exposición debería servir para mostrar el potencial desarrollado hasta ese momento y que este fuera el estímulo para conquistar nuevos lectores.

La descripción que hace Gasio sobre la distribución de los espacios dentro del Teatro Cervantes, nos confirma la existencia de un sector diversificado y claramente segmentado.

Es así que en la zona de plateas estaban exhibiendo las editoriales privadas, mientras que en el primer piso lo hacían las ediciones oficiales y las universidades. En el sector del vestíbulo se exhibían los productos de las empresas de artes gráficas y las librerías. El escenario era ocupado por las ediciones didácticas. Y en los palcos bajos había muestras individuales ligadas a la ilustración, la tipografía y el grabado entre otras expresiones artísticas. Esta “primera fiesta pública de nuestro libros” al decir de Ricardo Rojas, muestra un sistema completo en condiciones de dar el gran salto una década después (*Ibid*).

No obstante, el libro de autor argentino continuaba en situación desfavorable respecto de los libros importados de autores extranjeros (Delgado y Espósito, 2014), entre otras razones porque –más allá de las proezas de Antonio Zamora y Juan Carlos Torrendell⁶, el precio sigue siendo elevado, debido principalmente al

⁶ Escritor, periodista y editor, Juan Carlos Torrendell había llegado al país en 1907. Luego de trabajar en la librería editorial La Facultad, en 1916 fundó la editorial Tor, orientada al público popular, que se

volumen de las tiradas, así como a las dificultades para una distribución nacional y, no menos significativo, las preferencias de un público aficionado a las novedades europeas.

A fin de facilitar la distribución, en 1929 fue reglamentada por Resolución de la Dirección General de Correos y Telégrafos la venta de libros de autores nacionales a través de las oficinas de la Dirección de Correos con una rebaja del 20% a favor del comprador (Delgado y Espósito, 2014).

2. 1. En la búsqueda de nuevos lectores

Es durante la década del 20 que surgen y se van consolidando varios proyectos editoriales cuyo principal propósito es satisfacer la demanda de una amplia franja de público que la prédica anarquista y socialista, así como la universalidad y gratuidad de la educación pública, han vuelto lector. A diferencia de lo que ocurre en el circuito de la cultura letrada donde el concepto de “obra” es indisociable de la figura de un autor cuyo proyecto es ser reconocido, las ediciones populares “hacen de las ideas, los saberes o las temáticas del libro impreso los criterios centrales para seleccionar y valorar las obras que se destinarán a un público más amplio” (Delgado y Espósito, 2014). Estas ediciones correspondieron generalmente a novelas y cuentos presentadas “en cuadernillos de más o menos uniforme factura tipográfica y que llevan, por lo general, la fotografía del autor en la cubierta” (Buonocore, 1974).

La existencia de este nuevo público es una prueba contundente de una nueva distribución de la lectura y la escritura que se desarrolló paralelamente a la nueva distribución del ingreso promovida por el yrigoyenismo. Ese amplio espectro de lectores aun no puede afrontar los precios de los libros ofrecidos en las librerías tradicionales, pero parece dispuesto a consumir todo tipo de materiales impresos, siempre y cuando esos productos no superen los 50 centavos.

Para Beatriz Sarlo, la vinculación de estos lectores con lo escrito no está ligada a la frecuentación de librerías o bibliotecas familiares sino a espacios urbanos no especializados, como kioscos de revistas en estaciones de trenes y subterráneos, aunque también llegaban a los hogares en la visita del vendedor domiciliario,

caracterizaba por ediciones económicas, impresas en papel de diario, dibujos a color anónimos y tapas de papel satinado. Luego de una primera etapa sin identidad definida y un catálogo anárquico, entre 1930 y 1959 vivirá sus años de oro en los que llegará a publicar uno o dos libros diarios con tiradas nunca menores a los 5000 ejemplares, 70% de los cuales tenían como destino el mercado externo (Abraham, 2012)

“agente fundamental de esta nueva distribución de la cultura” (Sarlo, 1985). Es así que la publicación de libros baratos se afianza no sólo como un emprendimiento comercial redituable sino como una empresa cultural (Romero, 1995).

Los altos salarios de un fragmento pequeño pero igualmente significativo de las clases trabajadoras y la nueva distribución de la lectura favorece el surgimiento de un nuevo tipo de editor, cuyas funciones “en tanto agente de un campo intelectual y literario autónomo se identifican con las del difusor, el animador y del propietario” (Tarcus, 2001).

Los nombres de Antonio Zamora, Samuel Glusberg, Jacobo Samet, Juan Carlos Torrendell o Manuel Gleizer son inseparables de este nuevo tipo de editor que busca satisfacer, pero también induce, la demanda de un nuevo tipo de lector, así como –aspecto de no menor importancia– el surgimiento de un nuevo tipo de autor. Todos ellos apostaron a la edición de autores nacionales a los que consideraban valiosos, como autores promisorios de los que eran descubridores o como nombres indiscutidos de un canon de la literatura argentina que ellos mismos ayudaban a construir.

Estos nuevos editores provienen de familias inmigrantes muy humildes, cuando no son inmigrantes ellos mismos, y comenzaron ejerciendo oficios en general no relacionados con la cultura. Samuel Glusberg había sido vendedor de máquinas de coser, comisionista de una imprenta, empleado del ferrocarril y finalmente agente de librería. Zamora fue corrector del diario *Crítica* o Gleizer vendedor de billetes de lotería. Son todos muy jóvenes: Torrendell –nacido en Palma de Mallorca en 1895 y llegado a Buenos Aires a la edad de siete años– apenas tenía veinte cuando en 1916 funda la editorial Tor, y Zamora no llegaba a los veinticinco cuando publica la primera obra de lo que será la editorial Claridad.⁷

Si de modo general es posible identificar para una determinada fase de la historia literaria y cultural tipos particulares de productores de bienes culturales, durante las décadas de 1920 y 1930 la figura del editor registra una inflexión que le otorga un carácter diferencial, indisociable de la índole comercial que va cobrando el mundo cultural.

⁷“Comprobé que el libro (*Mi confesión* de Tolstoi) de 380 páginas podía entrar en un folleto a doble columna”, explicaría Zamora años más tarde la aparición del primer libro de *Los Pensadores* bajo el sello Cooperativa Editorial Claridad y el título de tapa “Publicación semanal de obras selectas” (Bellocchio, 2016, p. 48).

(...) Con estos nuevos editores es que la literatura alcanza una dimensión efectivamente más pública y se convierte en un objeto democratizado. (Delgado y Expósito, *op.cit*, p. 68)

Estos jóvenes editores, por lo general autodidactas, publican no sólo obras de escritores consagrados de carácter “universal” sino también a autores noveles, cuyos escritos promueven y con quienes los unen vínculos personales muy fluidos. Si Gleizer da a conocer los nombres de Mallea, Olivari, Borges o Raúl González Tuñón, al amparo de Claridad va cobrando forma el que será conocido como “Grupo de Boedo” –narradores realistas como Álvaro Yunque, Leonidas Barletta, Elías Castelnuovo–, mientras en una amable vereda de enfrente alrededor de Jacobo Samet y la revista *Martín Fierro* nace el “Grupo de Florida”, vanguardia artística y literaria de época: Gironde, Borges, Marechal, etc.

La bullente actividad de la primera posguerra, la revolución rusa, el advenimiento de nuevas ideas políticas, tanto en Europa como en Latinoamérica, fueron tierra fecunda para la aparición de nuevas publicaciones de corte literario –ideológico en íntima vinculación con esa etapa histórica, plena de reclamos sociales y reivindicaciones populares (Bellochio, 2016, p. 22).

2. 2. La biblioteca del trabajador

Salen entonces a la palestra multitud de revistas, varias de ellas efímeras, que recogen las necesidades expresivas de la época. Años después, Laffleur, Provenzano y Alonso dirán que esas publicaciones son “la presencia viva de voces y de juicios, y en esa especial concepción que las hace hijas de su tiempo y de la inmediatez, su material es pulpa que alimenta, aunque sea tangencialmente, la historia literaria” (Laffleur, 1968).

De todos modos, asegura Bellochio, es un conjunto heterogéneo el que establece ese hito. “En aquellas apariciones editoriales fue notoria la diferencia de calidades y propósitos” (Bellochio, 2016, p. 43).

En el artículo titulado “Ellos y nosotros”, publicado en el número 45 –abril de 1923– de *Los Pensadores*, a raíz de la presencia de una bastarda imitación de la revista, Zamora aseveraba que “Sabido será del público lector que antes de que se iniciara la publicación de *Los Pensadores*, a nadie se le había ocurrido, por lo

menos no se había ocupado de llevar al alcance del pueblo las buenas obras a precios populares”.

Para Bellocchio:

(...) la pretensión pionera de Zamora tenía asidero en su liderazgo inicial sobre las publicaciones literarias de bajo costo y acudía a razones que su pertinacia –más que la exclusividad de sus propósitos– avalaba, además del relevante auspicio socialista de Juan B. Justo, Alfredo Palacios y Mario Bravo, entre otras personalidades del partido. No se trataba de algunas publicaciones de un conjunto, sino de aquellas cuyo propósito era pedagógico y político (*Ibíd*, p. 45).

Zamora sostenía, en total acuerdo con los proyectos culturales y políticos anarquistas y socialistas, la necesidad de “culturalizar a los sectores populares y obreros con escasas posibilidades de inserción en el campo educativo argentino” y “consecuentemente –insiste Bellocchio– rechazaba con fastidio las vulgaridades comerciales”.

Añade Diego Ruiz :

El nombre [Editorial Claridad] traslucía la filiación socialista de Zamora (...) y había sido tomado del movimiento intelectual francés *Clarté*, orientado por Henri Barbusse. La iniciativa era totalmente original en nuestro medio, pues no se trataba de una editorial más sino que su objetivo, como apunta una reciente investigación, era “(...) *pedagógico-político*. Zamora postulaba que una editorial no debía ser una empresa comercial, sino una especie de *universidad popular*, es decir, su propósito radicaba, en consonancia con los proyectos culturales y políticos anarquistas y socialistas, en ‘culturalizar’ a los sectores populares y obreros con escasas posibilidades de inserción en el campo educativo argentino”. (Ruiz, 2016)

Pero ya en 1915 Ernesto Morales y Leopoldo Morán habían comenzado a publicar cuadernos mensuales de ciencias y letras con el nombre de Ediciones Mínimas, publicación que inaugura en nuestro país “la modalidad del cuadernillo de frecuencia semanal, quincenal o mensual dedicado a difundir una obra corta (...) de ciertos escritores contemporáneos de renombre” (Laffleur, 1968).

Tras haber publicado obras de Rafael Arrieta, José Martí, Rubén Darío, José Ingenieros, Almafuerte, Rabindranath Tagore, José Enrique Rodó, Anatole France, Roberto J. Payró, Giovanni Papini, etc., la colección se prolongó hasta 1922, alcanzando un total de sesenta números y cincuenta y dos entregas.

Si para Zamora (*Claridad*, *Los Pensadores*) ese nuevo tipo de publicación estaba indisolublemente “vinculada a una pedagogía social asentada en la figura modélica del escritor e ideológicamente marcada por un pensamiento de izquierda”, las colecciones de Editorial Tor abarcaban un rango temático y genérico mucho más amplio, desde las novedades hasta los clásicos modernos.

Mal diagramados, con papel de ínfima calidad y bajo precio, las colecciones *El Mundo de Hoy*, *Lecturas Selectas*, *Los Novelistas Argentinos*, *Grandes Biografías*, *Las Obras Famosas*, alcanzaron gran difusión. Atento al gusto de los lectores, con la publicación semanal *Magazine Sexton Blake*, Torrendell difundió literatura detectivesca y novelas de acción a semejanza de las *pulp fictions* estadounidenses (Delgado y Espósito, op.cit, p. 73).

La colección *Misterio* de Tor publicó títulos policiales que alcanzaron notable éxito, sin que por ello la editorial abandonara la difusión de autores nacionales como Manuel Gálvez, de quien Torrendell reeditó sus títulos agotados.

Pero Torrendell, que según Gálvez captaba mejor que nadie el gusto popular, también difundió obras de los integrantes de la vanguardia martinfierrista, como Norah Lange (*Cuarenta y cinco días y treinta marineros*) o Jorge L. Borges (*Historia universal de la infamia*) (Gálvez, 1965).

Fue también antes de 1920 que Samuel y Leonardo Glusberg lanzaron las Ediciones Selectas-América, cuadernos mensuales y quincenales a un costo de 20 centavos, centrados en obras ya consagradas y compilaciones de artículos periodísticos ya difundidos en diarios y revistas de autores como Amado Nervo, Baldomero Fernández Moreno, Alberto Gerchunoff, Arturo Capdevilla, Enrique Banchs, Arturo Cancela, Roberto J. Payró, como también José Ingenieros, Horacio Quiroga, Ricardo Rojas y, como no podía ser menos en un socialista como Samuel Glusberg, Juan B. Justo y Mario Bravo.

En 1922, año en que dejan de salir los cuadernos de Glusberg, aparece la colección *Joyas Literarias*, “Biblioteca económica de obras selectas”. Editadas por

Leopoldo Durán y Louis Bernard a razón de una novela semanal, para 1928 llevaban publicados cuatrocientos volúmenes.

Con la idea de publicar “obras selectas de los grandes pensadores de la literatura universal a precios económicos”, Zamora crea la colección *Los Pensadores*, que a razón de un cuadernillo semanal –32 páginas en 16x 22– en dos años (1922-1924), publicó cien números hasta el momento en que se propone ofrecer un producto diferente⁸.

Con un formato más grande, mayor número de páginas, cada entrega incluye ahora artículos de colaboradores, traducciones, ilustraciones y viñetas; el material aparece dividido en secciones y lleva el subtítulo de “Revista de selección ilustrada, arte, crítica y literatura. Suplemento de Editorial Claridad” (Delgado y Espósito, op.cit, p.77).

Para Graciela Montaldo, el eje de los primeros números de *Los Pensadores* lo constituyen escritores como Dostoievsky, Tolstoi o Anatole France, así como Juan B. Justo, Juan Bautista Alberdi, Alfredo Palacios, Carriego o Almafuerte. En cuanto a los géneros, dice Montaldo:

...mientras se demuestra poco interés por la poesía y el teatro, la biografía despierta especial veneración, considerada como un vehículo ideal para los propósitos pedagógicos de la colección. De esta manera (...) el género biográfico no sólo está presente en obras particulares como *Vida de Beethoven*, de Romain Rolland, o *Memorias* de Heinrich Heine, sino que todo el catálogo puede ser visto como una galería de vidas ejemplares (Montaldo, 1987).

El último número de *Los Pensadores* anuncia “el primer número de *Claridad*, desde donde la dirección y redacción de *Los Pensadores* continuará su labor de representación de los artistas y escritores de la izquierda”⁹

⁸ Entre febrero de 1922 y noviembre de 1924 *Los Pensadores* da a conocer artículos o fragmentos de Juan Bautista Alberdi, Almafuerte, Rafael Barret, Estanislao del Campo, Arturo Capdevilla, Evaristo Carriego, Enrique Dickmann, Baldomero Fernández Moreno, Leopoldo Lugones Julio Herrera y Reising, José Enrique Rodó, Belisario Roldán, Alfonsina Storni, Vargas Vila, Álvaro Yunque y “los más notorios exponentes del pensamiento mundial de la época” (Bellocchio, 2016, p 24), preferentemente los escritores de izquierda.

⁹ *Los Pensadores*, 122, mayo de 1926.

“Cuando llegué al número 100 de *Los Pensadores* se me ocurrió transformar la publicación en una revista”, afirmó Zamora en el reportaje que le realizó Emilio J. Corbiere en abril de 1975, el año anterior al fallecimiento del afamado editor.

Se inicia así una nueva era para esta vieja publicación, con la cual la Editorial Claridad ha realizado la mayor parte de su labor destinada a la divulgación de obras literarias y científicas de autores de todos los tiempos y países”, proclamaba en el número 101 la publicación (Bellocchio, *op.cit.*, p 26)

Por entonces, con talleres en Independencia 4168, *Los Pensadores* había trasladado su redacción a Boedo 837, vinculándose a Francisco Munner, con librería a un paso nomás, en Boedo 841, feliz coincidencia que marcará un hito en la literatura popular.

Silvestre Otazú en su trabajo “Para contemporizar”, dice que Francisco Munner, cultor del anarquismo romántico y devoto de los principios de la nueva escuela de Silvestre Ferrer, dándose cuenta de la penurias de los libros existentes en aquella barriada proletaria, se le ocurrió dar a conocer las obras famosas de la literatura universal en tomos que estuvieran al alcance de todos los bolsillos. “Y surgió así una publicación quincenal titulada *Las Grandes Obras*, que se vendía a veinte centavos el tomo” (Bellocchio, 2016, p 64).

Cuenta Diego Ruiz:

(...) Francisco Munner abrió un negocio de cigarrería, librería y papelería en la avenida Boedo 841, en cuya trastienda se fue formando una tertulia de escritores, plásticos y gente de teatro vinculada de una u otra forma al barrio. En los fondos del mismo edificio, entrando por la puerta del 837/39, estaba afincado Manuel Lorenzo Rañó, un impresor gallego, por lo que cuando Munner decidió publicar una colección de libros baratos titulada *Las Grandes Obras*, la sociedad surgió naturalmente. Con un precio de veinte centavos de la época y frecuencia semanal, los cuadernillos se vendieron por millares llegando a editar, entre 1922 y 1924, 89 títulos con nombres fundamentales de la literatura universal y, del pensamiento anarquista como es el caso de Miguel Bakunin, Pedro Kropotkin, Pietro Gori, Rafael Barrett, Alberto Ghirardo o Alfredo Bianchi, publicando asimismo algunos trabajos los jóvenes Leónidas Barletta, Juan Pedro Calou, Elías Castelnuevo y Nicolás Olivari (Ruiz, *op.cit.*).

La “coincidencia”, que ayudó a la aparición de una corriente muy significativa para la literatura nacional conocida como “Grupo de Boedo” permitió que Claridad diera a conocer a jóvenes escritores de nuestro país.

[...] entre los títulos de mayor relevancia publicados por Zamora se destacan las novelas de Roberto Arlt. Con este sello salieron las primeras ediciones de *Los siete locos* y *Los Lanzallamas* y fue reeditado *El juguete rabioso*. Las tres novelas tuvieron un éxito resonante (Delgado y Espósito, *op.cit*, p. 79).

Claridad ejercerá un claro predominio en el segmento de los libros baratos –para lo cual debió montar un aparato de distribución tanto en el país como en el extranjero y hacer enormes tiradas, de 5 mil a 10 mil ejemplares– hasta la década del 40, cuando el aumento del precio del papel y el surgimiento de las nuevas editoriales, como Sudamericana, Emecé y Losada marcan el inicio de su declinación.

José Barcia recuerda que Zamora creó una red de librerías sudamericanas que recibían, cada una, todos los títulos “en firme”, es decir, tomaban unos pocos ejemplares de cada edición – dos, tres, cinco, diez– en cuenta corriente, con la única condición de no devolver lo recibido (Barcia, 1981).

Según Beatriz Sarlo,

[Zamora] arma la biblioteca del aficionado pobre (...), proporcionándole una literatura responsable desde el punto de vista moral, útil por su valor pedagógico, accesible tanto intelectual como económicamente. Estas editoriales y revistas consolidan un círculo de lectores que, también por la acción del nuevo periodismo, está cambiando y expandiéndose; se trata de una nueva cultura que se democratiza desde el polo de la distribución y el consumo (Sarlo, 1988).

Claridad va así conformando una red institucional y cultural que busca convertirse en “una tribuna del pensamiento de izquierda”, en la que se combinan las prácticas de la vida política y las formas de la sociabilidad cultural con las nuevas políticas culturales. Sin duda, Claridad representa un espacio de cruce productivo

entre las prácticas de la cultura letrada tradicional y las de la cultura de masas (Montaldo, 1999).

Es con los nuevos editores de “libros baratos” que el editor se transforma en un agente mediador entre dos niveles de cultura diferentes. Los nuevos editores contribuyen en el diseño de un nuevo público literario que, gracias a su esfuerzo, adquiere magnitud y dinamismo suficientes para sostener una práctica literaria pensada en términos profesionales.

Si la mejora en el poder adquisitivo de los trabajadores experimentada durante la década del veinte, los procesos de urbanización y creciente alfabetización, el fortalecimiento del aparato educativo en todos sus niveles y el desarrollo del sistema administrativo producen las condiciones sociales de los nuevos lectores, esto no basta para la formación de un público literario (Delgado y Espósito, *op.cit*, p. 80).

También fue necesaria la participación activa de los editores descubriendo nuevas figuras, promoviendo nuevos géneros y remozando otros, es decir, articulando la actividad literaria en el mercado de bienes culturales.

Pero si bien no es posible encontrar en este período un conjunto de políticas públicas tendientes a fortalecer el desarrollo de la industria editorial, no hay que olvidar que desde que en 1870 se sancionara la ley 419 de creación de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, el Estado fomentó, amparó y financió la creación de bibliotecas populares en todo el país, que llegaron a ser 200 a seis años de la sanción de aquella ley y que, debido a las sucesivas crisis económicas, en 1894 se habían reducido a 16. Restablecida en 1908 la ley 419, gracias a los subsidios estatales las bibliotecas populares volvieron a cobrar impulso, llegando a ser 191 en 1910, 1012 en 1925 y 1508 en 1974.

La Comisión Protectora de Bibliotecas Populares

... encargada de administrar los subsidios estatales, más allá de los vaivenes presupuestarios y de la inconstancia de los mismos, se convirtió en uno de los mayores compradores de libros y en consecuencia en un factor que contribuye al impulso de la industria del libro (Delgado y Espósito, *op.cit*, p. 66).

2. 3. Un editor de época

En forma paralela al surgimiento y desarrollo de Claridad tiene lugar el ambicioso proyecto encabezado por Samuel Glusberg, quien en 1922 funda la editorial Babel (alusión a la bíblica torre y a la vez sigla de Biblioteca Argentina de Buenas Ediciones Literarias), que durante los diez años siguientes dio a conocer más de cien títulos de autores nacionales, desde Leopoldo Lugones (*Las horas doradas*) en 1922, hasta Ezequiel Martínez Estrada (*Radiografía de la pampa*), 1933, pasando por Conrado Nalé Roxlo, Arturo Capdevila, José Pedroni, Benito Lynch, Alberto Gerchunoff, Horacio Quiroga, Horacio Rega Molina, etc.

También en esa década Santiago Glusberg (hermano de Samuel) crea la editorial Minerva, con la reedición de cuatro novelas de Cambaceres. Y en este período surge Manuel Gleizer, para algunos el editor más importante de la época.

En su interesante *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Domingo Buonocore cuenta el azaroso comienzo de Gleizer en el mundo de los libros luego de sufrir un serio quebranto en su negocio de venta de billetes de lotería, ubicado en Triunvirato 556, en la populosa barriada de Villa Crespo, cuna de guapos, malevos y tangueros, y refugio de la numerosa inmigración de origen judío. Tras el catastrófico quebranto que supuso quedarse con numerosos enteros de clavo, Glusberg

(...) retiró de su casa una partida de 250 volúmenes de uso particular, pertenecientes casi todos a la *Biblioteca Blanca Sempere* y anunció su venta al público con un cartelito a razón de 40 centavos el ejemplar. El éxito fue tan rotundo como instantáneo: en pocas horas (...) se evaporó la colección íntegra. Le tomó el gusto al oficio (...) y entusiasmado con esa suerte promisoría, al día siguiente repitió la operación al revés, con un letrero que decía "Compro libros". Poco después, en 1921, inauguraría un nuevo comercio con el nombre de *Librería La Cultura* (Buonocore, 1974).

Son varios los ingredientes comunes con los de sus colegas de la época que tienen los inicios de Gleizer como editor: el azar, no la tradición o la vocación; la motivación económica (recuperarse del quebranto); la concepción de los libros como mercancía y, no menos importante, que los ejemplares vendidos inicialmente correspondan a la biblioteca Sempere, una de las tantas colecciones españolas a las cuales los títulos de su propio catálogo habrán de sustituir. "En

suma, Gleizer recuerda que comenzó por azar vendiendo libros españoles para recuperarse de un quebranto económico: es la entrada de un advenedizo en el mundo de las letras” (Delgado y Espósito, *op.cit*, p.71).

Como solía suceder, en la trastienda de su nuevo local se fue formando una tertulia, frecuentada en este caso por varios de los integrantes del Grupo de Boedo.¹⁰

“Usted tiene que hacerse editor”, lo conminó un día Arturo Cancela. Y así comenzó Gleizer su actividad con *Como yo los vi*, del reconocido crítico teatral Joaquín de Vedia, y luego con *Tres relatos porteños*, del ya reconocido Cancela, título que se convertiría en imprevisto éxito comercial del que en cuatro años Gleizer publicaría 18 mil ejemplares

Entre los cuatrocientos títulos que alcanzará el catálogo de la editorial, se encuentran obras de consagrados como Lugones, Capdevila, Gerchunoff y el mencionado Cancela, pero también de los autores de la nueva generación, como Leopoldo Marechal, Nicolás Olivari, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges, Enrique y Raúl González Tuñón, Raúl Scalabrini Ortiz y Macedonio Fernández.

Durante la década, también escritores y directores de revistas se convertirán en editores: Roberto Giusti y Alfredo Bianchi darán a conocer la editorial Nosotros, Manuel Gálvez estará a la cabeza de la Cooperativa Editorial Limitada Buenos Aires, fundada con parte del dinero obtenido en premios literarios, los martinfierristas Evar Méndez, Ricardo Güiraldes y Oliverio Girondo crearán Proa y ya a inicios de la década siguiente (1933), Victoria Ocampo lanzará su editorial Sur, que, para Beatriz Sarlo, cifraba en la importación cultural una posibilidad

¹⁰ ¿Por qué una tertulia del Grupo de Boedo en el corazón de Villa Crespo?, que es lo mismo que decir ¿por qué Boedo? Décadas después, en su artículo “Pequeña cronistoria de la generación literaria de Boedo”, publicado en el mensuario *Argentina de Hoy* (Buenos Aires, noviembre de 1953), Israel Zeitlin (César Tiempo) intentaría responderlo: “Ninguno de sus integrantes vivía en el barrio. El director de la revista que daría nacimiento a la empresa editorial llamada a difundir la labor de los conmlilitones –Zamora– se domiciliaba en Wilde (...) Elías Castelnuovo era inquilino de un zaquizamí enclavado a cinco pisos sobre el nivel de la calle Sadi Carnot (hoy Mario Bravo). Álvaro Yunke compartía con su madre y sus hermanos una antigua casa porteña en la calle Estados Unidos 1824 (...) Gustavo Riccio vivía en Rivadavia 2014, Roberto Mariani en La Boca (...) Leónidas Barletta en Nazarre y Bolivia (...) Nicolás Olivari en Villa Crespo (...) José Salas Subirat en el taller de afilación de Garay y Solís (...) José Sebastián Tallon en un caserón de Brasil 1388 (...). Hablo de los boedistas de la primera hora, de las etapas fundamentales. Y no sólo no eran vecinos de Boedo sino que ni siquiera se reunían en algunos de los innumerables cafés de la calle epónima. (...) La intención del bautista –en quien algunos creyeron reconocer a Enrique González Tuñón, cuya didadidad era inagotable como su talento– fue evidentemente burlona, despectiva. Al subrayar la procedencia de los integrantes del grupo quiso decir que venían de extramuros, de la *suburra*, que pertenecían al populacho. Lo notable del caso es que el único habitante auténtico de Boedo era el propio González Tuñón, que vivía en la calle Yapeyú, a dos cuadras de la popular arteria de cuyos cafés era además uno de los más empedernidos *habitués*.

inmejorable para cubrir los vacíos de la cultura propia. “(...) la traducción y publicación de obras extranjeras por parte de la editorial constituyó una norma” (Sarlo, 1983).

Hasta 1937, la expansión de la industria editorial está determinada por el paulatino crecimiento del mercado interno, que a juicio de Delgado y Espósito, “resulta todavía demasiado estrecho para absorber la producción de una industria desarrollada y competitiva” (Delgado y Espósito, *op. cit.*), para lo cual sería necesario aguardar el colapso que las editoriales españolas sufrirán durante la guerra civil para que la industria editorial, fortalecida por el súbito incremento del poder adquisitivo del salario y la redistribución de ingresos de las década del 40/50, conquiste el mercado del libro español e hispanoamericano.

2. 4. Cuesta abajo

Los indicios de la crisis mundial que estallaría durante octubre de 1929 se habían empezado a vislumbrar a mediados del año anterior. En ese momento, la Reserva Federal norteamericana elevó las tasas de interés para contrarrestar el fuerte incremento del crédito doméstico que estaba siendo utilizado como herramienta de especulación bursátil, mientras se producía una caída en la demanda mundial y en los precios de los productos primarios. El descenso de las exportaciones y el freno en el ingreso de los capitales extranjeros provocaron una reducción de las reservas y del circulante interno

Argentina vendía al mercado inglés el 99% de la carne enfriada, el 54% de la carne congelada, el 76% del total de exportaciones de carne, el 34% de las de trigo y el 10% de las de maíz. A su vez, esas compras representaban el 40% del consumo inglés de carne, el 85% del de lino, el 24% del de trigo y el 75% del de maíz (Díaz, 1975).

En 1930, las exportaciones argentinas con destino a Inglaterra representaban el 40,5% del valor total, mientras las destinadas a los Estados Unidos habían caído desde un 23,4% en 1915 a un 10,7% en 1930.

Intentando remediar la caída del comercio exterior, el 8 de noviembre de 1929 se firmó con Inglaterra el llamado Pacto D’Abernon.¹¹

¹¹ El pacto nunca estuvo operativo porque a la fecha en que tuvo lugar el golpe de Estado solamente había sido ratificado por la Cámara de Diputados.

Ese convenio establecía un acuerdo de crédito recíproco, por 100 millones de pesos, para facilitar el intercambio comercial binacional, que nunca alcanzó a entrar en vigencia debido a la falta de aprobación parlamentaria y al golpe de Estado que tendría lugar un año después.

El pacto había sido suscripto en un momento en que ya se percibían amenazas para la producción agraria, de la que el país era muy dependiente. El precio del trigo venía descendiendo desde 1926 y el del maíz desde 1928, prologando la intensa caída que se registraría a partir de la crisis de 1929.

En forma simultánea, el gasto público subía a un ritmo mayor que los ingresos, profundizando el déficit fiscal.¹²

Mientras que el gasto público terminó promediando los 15,6 puntos del PIB durante el período 1925-1929, el setenta por ciento de esas erogaciones correspondían a gastos corrientes (Rubinzal, 2010).

En este difícil contexto cierra el período iniciado tras la finalización de la Primera Guerra Mundial, que tan auspicioso había resultado a los editores nacionales para tratar de apropiarse de un mercado interno.

3. Golpe a golpe

El año 1929 estuvo marcado por el estallido de la crisis mundial y por una intensa conflictividad política interna. El triunfo radical en las elecciones legislativas de ese año (con el 41% de los votos) no impidió que los partidos opositores (conservadores, antipersonalistas, socialistas y socialistas independientes) y los principales periódicos (*La Nación*, *Crítica*, *La Prensa*, *El Mundo*) renovaran su ofensiva contra el presidente Yrigoyen.

Los diarios denunciaban el caos al que se encaminaba el país y justificaban un posible golpe de Estado apelando al argumento de la “ilegitimidad por el mal ejercicio” (Floria, 1988). Asimismo, en un mitin organizado el 2 de septiembre los partidos de la oposición reclamaron abiertamente el derrocamiento presidencial.

¹² Al finalizar la década de los veinte, el gasto público era siete veces superior al nivel registrado a comienzos de siglo. Por el contrario, los recursos públicos eran solamente cinco veces superiores. La deuda pública creció dos veces y media durante ese mismo período (Rubinzal, 2010).

Cuatro días más tarde, el general José Félix Uriburu dio su paseo triunfal entre Campo de Mayo y la Casa Rosada, acabando de un plumazo con catorce años de vida democrática, moderado crecimiento industrial y protección del mercado interno.

No sólo la industria petrolera festejó la caída de Yrigoyen –Uriburu, su vicepresidente, el secretario general de la presidencia y cinco ministros de su gobierno tenían algún grado de vinculación con la Standard Oil (Puiggrós, 2006)–, también las compañías ferroviarias extranjeras festejaron su caída, ya que significaba el abandono de su proyecto de construcción de 15.000 kilómetros de caminos, de 10.000 a 15.000 kilómetros de ramales ferroviarios nacionales y la utilización de barcos de cabotaje y de ultramar.

El mismo 6 de septiembre, los activistas sindicales de la Unión Telefónica comenzaron a ser despedidos mientras que un funcionario policial les informaba a los trabajadores sobrevivientes que “había terminado el escándalo” (Cattaruzza, 2009).

Sin embargo, ninguna de las dos centrales sindicales repudió el golpe de Estado: mientras la FORA adoptaba una postura “prescindente”, los comunicados de la CGT fueron paradójicamente benévolos con un golpe de rasgos claramente corporativistas. Tan sólo la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y la Federación Obrera Marítima (FOM) intentaron impulsar una huelga general en defensa del gobierno constitucional (Dasso, 2008).

Como muy bien lo describía un informe de la diplomacia inglesa, “la experiencia de los gobiernos radicales de Yrigoyen había convencido a las ‘clases privilegiadas’ de la necesidad de unirse a fin de evitar el peligro comunista que esos gobiernos habían dejado desarrollar, ‘unión’ que pudo concretarse en el golpe de 1930” (Rapoport, 1984).

3. 1. La crisis del 30

El *crack* de la Bolsa de Nueva York desató una inédita crisis económica internacional. Entre septiembre y noviembre de 1929, el índice bursátil industrial Time se derrumbó un 50% a pesar de las desesperadas medidas implementadas por las autoridades norteamericanas para revertir el pesimismo reinante. La debacle se trasladó rápidamente al sistema bancario norteamericano. De los 25

mil bancos que operaban en 1929, apenas cuatro años más tarde sólo quedarían en pie menos de la mitad.

La crisis se extendió rápidamente al sistema productivo a través de la caída de la producción,¹³ del consumo, del empleo¹⁴ y, por ende, se multiplicaron las quiebras de firmas comerciales e industriales.

La debacle norteamericana generó una violenta caída de los volúmenes y precios de los productos comercializados internacionalmente.

El descenso de las exportaciones y el empeoramiento de los términos de intercambio¹⁵ provocaron una caída del poder de compra de los países latinoamericanos cercano a un 50%, en el lapso transcurrido entre 1929 y 1932. La adopción de medidas restrictivas a las importaciones se generalizó como práctica mundial.

Hasta el momento, la economía argentina siempre había estado integrada a las corrientes de flujos comerciales internacionales, por lo que la crisis impactó de lleno en sus exportaciones, tanto por la disminución de su volumen como por la caída de los precios y en sus ingresos fiscales. Las exportaciones bajaron de los 771 millones de pesos oro en 1923 a los 556 millones en 1932 (Puiggrós, 2006).

Sin embargo, la crisis fue “en la Argentina menos aguda que en muchos otros países [...] no hubo pánico en la bolsa ni cierre de bancos”(Di Tella y Zymelman 1967), y la reducción del PIB (1930: -4,1%, 1931: -7%, 1932: -3,4%) fue mucho más suave que la de Estados Unidos.

Si bien la retracción económica provocó un descenso del empleo y recortes salariales masivos, la tasa de desocupación no llegó a superar el 10%. Sin embargo, la conservación del empleo no aseguró niveles de ingreso acordes con las necesidades de los trabajadores. El Departamento Nacional de Trabajo estimaba que en 1933, el presupuesto de una familia tipo era un 10% superior al salario promedio (Maurizio, 2007).

La caída en los términos de intercambio puso al descubierto la fragilidad de una estructura productiva desbalanceada y dual, centrada en unas pocas actividades y orientada hacia mercados muy concentrados (Bisang, 2007).

¹³ La producción industrial se desplomó un 40%.

¹⁴ La tasa de desocupación llegó al 25% de la población activa en 1933.

¹⁵ Las cotizaciones internacionales de los productos primarios cayeron en un rango que iba desde un 30% a un 60%.

Los postulados del liberalismo económico y la creencia en los ajustes automáticos del mercado no pudieron explicar la magnitud de la crisis en curso, mientras la publicación en 1936 de la célebre *Teoría general del interés, la ocupación y el dinero* de John Maynard Keynes, conmovería las bases teóricas de la ortodoxia económica, dándole un poderoso sustento doctrinario a la defensa del activismo estatal como medio para incrementar la demanda.

3. 2. La industrialización “espontánea”

Luego de la retracción producida como consecuencia de la crisis del 29, en el período 1933-1935 la producción industrial argentina crecería a un sorprendente 16% anual, a pesar de que no disponía de un mecanismo específico de financiación a largo plazo ni de una banca industrial especializada (Rougier, 2007).

Ese salto productivo continuó su derrotero positivo, entre 1935 y 1939, a una tasa un poco más moderada pero igualmente significativa: 5,5% anual.

A partir de la década de los treinta empieza a tomar forma un entramado industrial “espontáneo” que conforma un modelo de “economía industrial no integrada” (Ferrer, 1963), basado en un proceso de sustitución de importaciones.

La brusca reducción del flujo comercial internacional incentivó el desarrollo de una industria liviana de mano de obra intensiva (textil, alimenticia, calzado, etc.).

La política de sustitución de importaciones era la única alternativa posible ante el cierre de los mercados externos, el elevado ritmo de crecimiento poblacional y la profundización de la caída de competitividad agroexportadora.

La progresiva estructuración de una industria centrada en el mercado interno permitió romper con el esquema clásico vigente, que le reservaba a los países centrales el rol de productores de manufacturas, y a los periféricos, el de abastecedores de bienes primarios.

El mercado interno pasaba a asumir un rol fundamental en el crecimiento económico, a la vez que la construcción de una industria manufacturera nacional señalaba el agotamiento de un modelo de economía abierta en la cual el Estado ejercía un rol mínimo, sin mayores regulaciones.

Lentamente se comenzó a construir un modelo de “crecimiento hacia adentro” como contraposición al “crecimiento hacia afuera” auspiciado por el modelo agroexportador (Rubinzal, 2010).

El proceso de industrialización generó intensas migraciones del campo a la ciudad, particularmente durante el transcurso de la segunda mitad de la década de los treinta: los núcleos fabriles se fueron instalando alrededor de las principales ciudades, como Buenos Aires, Córdoba, Rosario.

El desplazamiento de mano de obra provocó un notable incremento de la población urbana: mientras que en 1914 solamente el 52,7% de la población habitaba en áreas urbanas, ese porcentaje ascendió al 62% en 1936, siendo de destacar el hecho de que los residentes de la ciudad de Buenos Aires nacidos en las provincias pasarían de representar el 9% de la población total en 1914 al 15% en 1936 y al 37% en 1947.

El desarrollo industrial absorbió buena parte de la fuerza de trabajo disponible. De acuerdo a datos de la Unión Industrial Argentina, entre 1933 y 1938 el porcentaje de la población económicamente activa empleada en la industria creció del 43% al 47% (Cattaruzza, 2009).

A su vez, la industrialización de los años treinta tuvo un elevado grado de concentración económica, tanto en términos de producción como de empleo sectorial. Los grandes establecimientos, de doscientos o más obreros ocupados, que apenas representaban el 1,4% de las plantas fabriles, concentraban en 1937 el 37% de la ocupación y el 58% del valor de la producción industrial (Basualdo, 2006).

Aun con todas sus deficiencias, originadas mayormente en su carácter espontáneo y la ausencia de una orientación y protección estatal, el proceso de industrialización estaba terminando con las bases estructurales del modelo agroexportador, que pocos años después sería sustituido por un capitalismo de Estado –sustentado en la industrialización como el eje fundamental del desarrollo económico– impulsado por nuevas alianzas sociales. Lo que a partir de la crisis del 30 había nacido de manera espontánea, a inicios de la década siguiente se terminaría consolidando al amparo de políticas estatales específicas.

Es en ese marco que tiene lugar la crisis política española, la proclamación de la República, la reacción conservadora de carácter fascista y la guerra civil que lesionará la vida cultural de España y precipitará la emigración de numerosos

editores y casas editoriales hacia México y Argentina, produciendo un perdurable impacto en las industrias editoriales de ambos países.

3. 3. El desembarco

Hacia finales de la década del ´30 tienden a consolidarse, sobre la base del sistema editorial existente, varias editoriales que en la mayoría de los casos están dirigida por editores españoles.

Las empresas editoras fundadas en Argentina hacia fines de la guerra civil española fueron centrales en el desarrollo de nuestra industria editorial, pero lo hicieron sobre la ampliación del público lector que se había producido durante un largo proceso que abarca las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Como ya se ha mencionado, estos editores, en opinión de José Luis de Diego no fueron

[...] pioneros en el sentido estricto (...) tal como suele considerarse a Jesús Menéndez (Oviedo, 1855-Buenos Aires, 1949) o a Pedro García (Logroño, 1884-Buenos Aires, 1948) (...) casi todos contaron con importantes niveles de inversión –en especial, Emecé y Sudamericana–, fruto de una coyuntura económica muy favorable (...) no sólo porque ya existía en Argentina un mercado creciente de público lector, sino porque, ante la debacle de la industria en España, las editoriales locales pudieron iniciar una agresiva política de expansión hacia el mercado externo (De Diego, 2014).

Tampoco es exacto el mito que indica que se tratara de hombres de escasa fortuna, (excepción hecha de Zamora y Torrendel que, aunque nacidos en España, no son estrictamente hablando “editores españoles”). Refiriéndose a los exiliados republicanos, Dora Schwarztein sostiene que:

[...] del conjunto de refugiados que pasan a Francia son precisamente los de nivel socio-profesional más alto los que pasan al otro lado del Atlántico, buscando un destino en América. La población exiliada en América estuvo formada en su inmensa mayoría por intelectuales y sectores privilegiados de la sociedad (otra diferencia importante respecto de la población emigrante de principios de siglo) (Schwarztein, 1991).

Para De Diego:

(...) podría afirmarse que las nuevas editoriales potencian, mediante la ampliación de los catálogos y criterios más modernos de comercialización, un proceso de captación de mercados que se había iniciado mucho antes; si estas políticas en buena medida parecen beneficiar a autores extranjeros en desmedro de la literatura argentina, también es cierto que el desarrollo de la industria posibilitará su incorporación progresiva a los catálogos en la década de 1960. (De Diego, *op.cit*).

Pero también la traducción y edición de textos traducidos tenía importantes antecedentes como la Biblioteca de La Nación, la del diario Crítica, así como varias colecciones de Tor y Claridad.

El desplazamiento del centro de la edición en castellano de España a Buenos Aires y México suscitó una serie de polémicas como la que recoge Laura Sesnich en un ensayo en el que relata las posturas que en la década del 40` sostenía Amado Alonso, director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires.

Si bien Alonso admite (no puede no hacerlo, por otra parte) que el foco de irradiación del libro en lengua española al resto del mundo hispanohablante se ha trasladado a Buenos Aires, sus afirmaciones sugieren que lo que no se habría trasladado es la supuesta condición de Madrid de centro cultural e idiomático. Aún sumida en la Guerra Civil, la condición de España de *primus inter pares* no está en disputa para Alonso: "Sería desastroso para la calidad de nuestra lengua la eliminación de España en su gobierno. [...] La continuación de España en la dirección del idioma común no sólo es históricamente justa, sino prácticamente deseable (Sesnich, 2015).

Alonso, quien colaboró en los orígenes de Editorial Lozada, sostenía que:

El libro argentino no sabía antes salir de su casa; ahora se halla presidiendo los escaparates de las librerías de toda América. ¡Qué formidable instrumento de irradiación argentina! ¡Y qué grandes deberes para con el resto de América nos revela ese poder! (*Ibid*).

¿Cuál era esa responsabilidad? Sostenerse como eje de la edición hispanoparlante, reconociendo que el timón de la lengua seguía estando en España. “La Academia Española irá anotando en sus libros estos aportes argentinos” promete generosamente Alonso, y predice que al final de su guerra civil, España retomaría el liderazgo perdido. En su trabajo Laura Sesnich pone de manifiesto un proceso que se acentuará con los años: sostener el poder sobre la lengua como modelo de negocios para la edición española.

3. 4. Nuevos y viejos sellos

Presentamos a continuación una breve síntesis sobre la conformación de estos sellos editoriales, que tuvieron una fuerte gravitación en la edición futura.

Espasa Calpe/Austral

En 1937 la editorial Espasa Calpe –ya orientada por el influyente y conservador conde de Aresti– se traslada a Buenos Aires, hasta entonces una filial dirigida desde España por Manuel Olarra y en nuestro país por Gonzalo Losada y Julián Urgoiti, quienes pronto se apartarán de la editorial debido a razones políticas:

Mientras Olarra simpatizaba con la reacción derechista y conservadora, Losada se sintió toda su vida –aunque no lo era, ya que estaba en Argentina desde 1928– un exiliado del franquismo (De Diego, *op.cit*).

Para Eduardo Gudiño Kieffer otras razones para la disidencia habrían sido las instrucciones que Olarra traía de la casa central y que muy evidentemente Losada no compartía:

Ejecutivos de la casa central de España llegaron a Buenos Aires con imposiciones que, entre otras restricciones, implicaban la proscripción de autores argentinos y latinoamericanos, como así también un intento de colonialismo cultural y hasta político, puesto que los textos para publicar deberían ser aprobados previamente en la casa central (Gudiño Kieffer, 2005).

Espasa-Calpe trae consigo su poderío económico y prestigio editorial originado en la importancia y popularidad de la *Enciclopedia Espasa Calpe*; la *Colección*

Universal, dirigida por Ortega y Gasset, los *Clásicos Castellanos* y la impresión del *Diccionario de la Lengua Española*, elaborado por la Real Academia.

En 1938, cuando aún Losada y Urgoiti estaban en la editorial, Espasa Calpe Argentina lanza con *La rebelión de las masas*, la *Colección Austral*. Al emblemático ensayo de Ortega y Gasset le siguen *Cantar del Mío Cid*, *Discurso del método*, de René Descartes; *Armancia*, de Stendhal; *La isla del tesoro*, de Robert L. Stevenson; *Del sentimiento trágico de la vida*, de Miguel Unamuno, y continúa a razón de veinte títulos nuevos por mes, en primeras ediciones de 12 mil ejemplares cada una y quince reimpresiones mensuales de 6 mil ejemplares hasta llegar en 1967 a los 1.500 títulos considerados genéricamente como de “cultura universal”.

Austral alberga una cantidad abrumadora de autores extranjeros —especialmente españoles— y sólo un puñado de obras ya consagradas de una suerte de “Parnaso” local consolidado hacia la década de 1930 e integrado por Güiraldes, Lugones, Gálvez, Larreta, Arturo Capdevila, Mallea, Baldomero Fernández Moreno, Benito Lynch, etc.

Losada

Hacia fines de 1938, Gonzalo Losada que había llegado al país en 1928 como director de la filial argentina de Espasa Calpe, se desvincula de la empresa y junto a Guillermo de Torre —que también había trabajado para Espasa Calpe—, Attilio Rossi, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero, funda la editorial Losada.

De inmediato, lanza la *Biblioteca Contemporánea* (que pronto transformaría en *Clásica y Contemporánea*), una colección que desde su idéntico formato hasta el carácter ecléctico de su concepción parecía tener la expresa voluntad de competir con *Austral*. Pero mientras que en *Austral* abundaban los escritores españoles de la generación del 98 —como Baroja, Unamuno, Valle Inclán, Azorín—, Losada dará lugar, por afinidades estéticas e ideológicas, a los poetas españoles contemporáneos: León Felipe, Alberti, Aleixandre y muy especialmente García Lorca.

Pero tampoco la *Biblioteca Clásica y Contemporánea* dará mucha importancia a la literatura argentina, limitándose a unos pocos nombres, como Payró, y Quiroga.

Gudiño Kieffer cita las otras colecciones que aparecen en un catálogo de 1939, a sólo un año de la fundación de la editorial: *Las Cien Obras Maestras de la Literatura y el Pensamiento Universal*, dirigida por Henríquez Ureña; las *Obras Completas* de Federico García Lorca, *Panoramas* y la *Biblioteca Filosófica*, a cargo de Francisco Romero, a las que años después fueron siguiendo *Los Grandes Novelistas de Nuestra Lengua*, *Poetas de España y América*, la *Biblioteca Pedagógica*, *La Pajarita de Papel*, que en 1938 publica *La metamorfosis*, de Kafka.

Sudamericana

Julián Urgoiti, quien también había llegado al país en 1928 como directivo de Espasa Calpe, sigue en 1938 un camino parecido al de Losada. Tras desvincularse de Espasa, participa de la fundación de Sudamericana (López Llovet, 2004) junto a personalidades de la cultura –Oliverio Girondo, Carlos Mayer, Rafael Vehil y Victoria Ocampo– y hombres de negocios como Jacobo Saslavsky, Alejandro Shaw, Eduardo Bullrich y Alejandro Menéndez Behety (De Sagastizábal, 1995).

Para López Llovet

Si bien sus propósitos eran muy concretos, suponer que una editorial podía llevarse adelante con el mismo criterio que don Jacobo Saslavsky dirigía la Casa Dreyfus o el doctor Shaw su banco produjo en los comienzos algunas discrepancias (López Llovet, 2004).

A los seis meses de fundada la editorial, y luego de continuos fracasos comerciales, Girondo y Ocampo, entre otros, dejan la empresa. Es entonces que aparece la figura con la que se identificará la editorial durante años: Antonio López Llausás (De Diego), miembro de una familia de libreros catalanes de simpatías republicanas, quien llega al país en 1939 llamado por Rafael Vehils, y se hace cargo de la empresa junto a Julián Urgoiti.

Desde entonces, Sudamericana fue siempre identificada como una empresa familiar: López Llausás; luego su hijo, Jorge López Llovet; luego su nieta, Gloria López Llovet de Rodríguez.

De la mano de López Llausás, que fue comprando acciones de la editorial hasta prácticamente dirigir solo sus destinos, hacia 1969 Sudamericana había convertido su capital inicial (400 mil pesos) en más de 100 millones; tenía un fondo editorial de más de 1.500 títulos y ocupaba el cuarto lugar en el país en cuanto a ventas (De Sagastizábal, op.cit).

De este proceso de expansión, suelen citarse como hitos de importancia tanto la compra de la tradicional Librería del Colegio en 1940 y hacia fines de la década de las editoriales distribuidoras de sellos locales en el exterior, como Edhasa en Barcelona y Hermes en México “que Gloria López Llovet atribuye al temor de su abuelo ante el auge del peronismo” (De Diego).

Curiosa circunstancia, ya que diez años después, a medida que los mercados externos empiezan a “cerrarse” –sobre todo cuando España recupera su industria y deja de importar masivamente libros desde Argentina–, las editoriales comienzan a descubrir un mercado propio para el libro argentino y latinoamericano que se había ido ampliado significativamente a medida que crecían la producción, el empleo y, por consiguiente, los salarios y la capacidad de consumo popular.

Ya en la década del 40`se consolidan los siguientes sellos:

Emecé

En 1939, tal como lo hiciera López Llausás, había llegado a Buenos Aires Mariano Medina del Río quien, junto a Álvaro de las Casas, fundó la editorial Emecé, contando –al igual que Sudamericana– con importantes aportes de capitales privados locales, en este caso, de la familia Braun Menéndez.

Fundada por empresarios poderosos, Emecé tuvo desde el inicio un proyecto comercial que la diferenció de la mayoría de las editoriales argentinas, surgidas de emprendimientos individuales casi artesanales. El fondo editorial de Emecé refleja esta modalidad de origen por la abundancia de *best sellers* y otros títulos con éxito de ventas (De Sagastizábal, op.cit).

En 1947 se incorpora a la empresa Bonifacio del Carril, quien además de convertirse en presidente, será durante largos años su principal referente.

De Sagastizábal destaca como puntos de interés de la política editorial de Emecé sus novedosas formas de comercialización; sus estrechas relaciones con las secciones bibliográficas de los diarios, en especial con Eduardo Mallea –quien fuera director del suplemento cultural de *La Nación* de 1931 a 1955 y que dirigía, para entonces, tres colecciones para la editorial: *El Navío*, *Cuadernos de la Quimera* y *Grandes Ensayistas*– y la elaboración de una política de publicaciones "de corte más clásico, dirigida a las clases altas y cultas, con una definida orientación hacia lo anglófilo y el pensamiento católico" (De Sagastizabal, op.cit). Prácticamente desde sus inicios Emecé va diseñando una estrategia de captación de títulos extranjeros de renombre, como resulta evidente en su colección *Grandes Novelistas*, inaugurada en 1948 nada menos que con *El extranjero*, de Albert Camus, y *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder, y que así como cobijó títulos de Faulkner, Moravia, Hemingway, Cela y Kafka, pronto derivó en un marcado interés por los *best sellers* de Arthur Haley, Erich Segal, León Uris, etc. Desde la aparición en 1951 de *La muerte y la brújula*, de Jorge Luis Borges¹⁶, la relación de Emecé con la literatura argentina es más estrecha que la de sus competidoras de origen español.

En febrero de 1945 Emecé había lanzado la colección de novelas policiales *El Séptimo Círculo*, dirigida durante una década por Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, quienes llegaron a seleccionar 110 títulos, la mayoría de ellos de origen anglosajón¹⁷.

La *Biblioteca de La Nación*, la *Colección Sherlock Holmes* de Claridad y, muy especialmente, la colección *Misterio*, de la editorial Tor son los antecedentes locales de *El Séptimo Círculo*, que a su vez pronto provocará una proliferación del género en colecciones como *Pandora*, de editorial Poseidón, y *Evasión* y *Serie Naranja*, de Hachette (Rest, 1974).

¹⁶ Si bien a partir de 1953 Jorge Luis Borges establece una relación casi "de exclusividad" con Emecé con la edición de *Historia de la eternidad* como parte de sus "Obras completas", su colaboración había comenzado en 1943 con la antología *Los mejores cuentos policiales*, junto a Bioy Casares. Desde ese momento, Borges prepara, prologa y a veces traduce títulos como *Bartleby*, de Herman Melville, *Recuerdos de provincia*, de Domingo F. Sarmiento; *El compadrito. Su destino, sus barrios, su música*, de Sartor Resartus, de Thomas Carlyle; *La humillación de los Northmore*, de Henry James; *Pragmatismo*, de William James (1945); *Novelas ejemplares*, de Miguel de Cervantes, *Bocetos californianos* de Francis Bret Harte (De Diego)

¹⁷ Según Carlos V. Frías, quien se hace cargo de la colección en 1955, las tiradas "se mantienen parejas, si bien en paulatino ascenso: se ha pasado de los iniciales 4 mil a los 18 mil ejemplares promedio por título" (Lafforgue y Rivera, 1976).

Rueda

En 1939 funda su propio sello Santiago Rueda, hasta el momento responsable de la sección literaria de El Ateneo, quien en base a cuidadas traducciones, fue responsable de incorporar a nuestra lengua autores como James Joyce (*Ulises*, publicado en 1945), Marcel Proust (*En busca del tiempo perdido*), John Dos Passos (*Manhattan Transfer*), Hermann Hesse, DH Lawrence, Henry Miller, André Maurois o Jean Paul Sartre, así como la faraónica edición de la obra completa de Sigmund Freud traducida directamente del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres (De Diego 2016, *op.cit*).

Nova

Poco después, en 1942, aparece la editorial Nova, desprendimiento de Emecé creado por Luis Seoane y Arturo Cuadrado, cuya línea editorial quedó determinada desde un principio por las dos primeras obras escogidas para inaugurar sus colecciones: el poemario *Torres de amor* de Lorenzo Varela, con ilustraciones del propio Seoane, y *Cuadros de guerra* de Concepción Arenal.

Además de las mencionadas anteriormente, hacia mediados de los 40' funcionaban en Argentina las editoriales Abril, Albatros, Americalee (fundada en 1940 por Emilio Landolfi), Argonauta, Argos, Schapire, Siglo Veinte, Sur, Poseidón, Atlántida, Bajel, Futuro, Castellví, Columba, Difusión, El Ateneo, Lautaro, Pleamar, Carlos Lohlé Nuevo Romance (fundada en 1942 por Francisco Ayala), Paidós, Peña Lillo, las históricas Estrada (fundada en 1869), Kapelusz (1917), Kraft (1864), Peuser (1881), así como numerosas casas extranjeras que tenían sucursales en Buenos Aires, entre las que cabe destacar a Aguilar, Labor, Ercilla, Fondo de Cultura Económica, Hachette y Sopena.

4. Un golpe con secuelas

En junio de 1943 un golpe militar acaba con la llamada Década Infame.

En el movimiento golpista tuvieron un destacado protagonismo coroneles y teniente coroneles integrantes de la logia interna conocida como GOU (Grupo de Oficiales Unidos).¹⁸

En el “gobierno de los coroneles” convivían posiciones ideológicas divergentes a pesar de la coincidente mirada antiliberal y anticomunista. Algunos funcionarios comulgaban públicamente con las corrientes nacionalistas tradicionales de derecha¹⁹ y otros –entre los que sobresalían el coronel Juan Perón y el teniente coronel Domingo Mercante– defendían posturas más ligadas a un pensamiento obrerista.

No hay que perder de vista que las ideas nacionalistas de derecha eran intensamente propaladas por un conjunto de periódicos que se editaban en la Argentina –*El Pampero* (75.000 ejemplares), *El Fortín* (5.000), *La Voz del Plata* (3.000), *Choque* (5.000), *La Maroma* (2.000), *Cabildo* (4.000), *Liberación* (2.000), *Crisol* (4.000) y *Bandera Argentina* (7.000)–²⁰ muchas de las cuales, financiadas por la embajada alemana, eran abiertamente profascistas y difundían ideas antisemitas.

Pero el régimen militar surgido del golpe del 4 de junio no era del todo homogéneo y algunas tensiones internas no tardarían en saltar a la luz. Cuando el 26 de enero de 1944 el general Ramírez declaró la ruptura de las relaciones diplomáticas con Alemania y Japón, diversos sectores del elenco gubernamental se manifestaron en contra de esa decisión. Aunque la ruptura se mantuvo, Ramírez fue obligado a renunciar y en su reemplazo asumió la presidencia el general Edelmiro Farrell. El 7 de julio de 1944, Farrell designaría al coronel Perón vicepresidente de la Nación. A su vez, el joven coronel retendría los cargos de ministro de Guerra, secretario de Trabajo y Previsión Social y presidente del Consejo de Economía de Posguerra.

4. 1. El programa de gobierno

El régimen militar no pareció tener un programa de gobierno claramente definido a pesar de que contaba con algunas ideas fuerza que orientaron su accionar.

¹⁸ El GOU fue constituido formalmente el 10 de marzo de 1943.

¹⁹ Esos sectores lograron, por ejemplo, la implantación obligatoria de la enseñanza religiosa en las escuelas públicas e importantes cargos en las instituciones culturales de la burocracia estatal.

²⁰ Cifras recopiladas por la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas y citadas en Rubinzel, Mariela (2008).

Los miembros del GOU comulgaban con concepciones económicas intervencionistas como herramientas necesarias para solucionar los problemas sociales y enfrentar el avance del comunismo. En un documento secreto, elaborado previamente al golpe del 43, los integrantes de la logia planteaban que el Estado debía transformarse en un “órgano regulador de la riqueza, director de la política y armonizador social” (Potash, 1984).

La mayoría de los integrantes del GOU también coincidían en la necesidad de alcanzar la autonomía industrial como un medio para afianzar la defensa nacional. En ese sentido, la actitud oficial frente a la industria se modificaría drásticamente creando una serie de instrumentos (el Banco de Crédito Industrial, decreto de protección de las industrias de “interés nacional”)²¹ de promoción del desarrollo industrial.

Más allá de que el avance industrial estaba en marcha desde la década anterior, había tenido lugar en forma “espontánea” y a pesar de la inexistencia de políticas públicas que lo promovieran sistemáticamente. De todos modos, la economía argentina permaneció estancada durante el año del golpe, pero en 1944 evidenció una notable recuperación ya que el PIB creció más de un 11%.

Sin embargo, el futuro escenario de posguerra era una de las principales preocupaciones de las autoridades.

En un discurso pronunciado el 30 de noviembre de 1944, Perón se preguntaba: “Cuando ya no sea posible exportar, si consumimos sólo el cincuenta por ciento, ¿cuál será la situación de nuestra industria, de nuestra producción?”.

Pero el coronel no se quedaba en preguntas sino que proponía:

No habrá otro remedio que aumentar el consumo. Y el consumo [...] sólo podrá aumentarse elevando los sueldos y salarios para que cada uno pueda consumir mucho más de lo que consume actualmente y permitiendo que cada industrial, cada fabricante, cada comerciante, pueda, a su vez, producir lo mismo que hoy sin verse obligado a parar las máquinas y a despedir a sus obreros (Perón, 1973).

²¹ Hay que tener en cuenta la influencia “industrialista” de destacados militares. Un ejemplo de ellos era el general Manuel Savio, quien defendía, en sus textos publicados en la *Revista Militar*, la importancia de un desarrollo siderúrgico autónomo.

Para diseñar propuestas acordes a tal fin, bajo la inspiración del *New Deal* norteamericano y las políticas de planificación soviéticas, el 25 de agosto de 1944 se había creado el Consejo Nacional de Posguerra.

4. 2. La política social

La febril actividad de la Secretaría de Trabajo y Previsión impulsaría, entre otras cosas, la celebración de regímenes de convenios laborales por industrias y de asociaciones profesionales, la creación de los tribunales del trabajo,²² el otorgamiento de un subsidio para la creación de un policlínico, los estatutos del Periodista y del Personal Civil de la Nación, la extensión del universo de trabajadores beneficiados con las leyes de jubilaciones, el dictado de normativas tendientes a limitar la duración de la jornada laboral, la resolución de numerosos conflictos laborales (en el ramo de la electricidad, del cartón, de los astilleros, portuarios, obreros del Chaco), la fijación de aumentos salariales por decreto y el establecimiento del sueldo anual complementario, de la indemnización por despido y de las vacaciones pagas.

Mientras que entre 1941 y 1943 se habían firmado unos 400 convenios de trabajo, entre mayo de 1944 y agosto de 1945 se suscribieron 700 acuerdos adicionales.

Otra medida trascendente fue la sanción del Estatuto del Peón Rural, que establecía pausas para el descanso y la comida de los trabajadores rurales permanentes. Esa normativa era la primera regulación orgánica que protegía el universo de los trabajadores rurales.

La respuesta de la Sociedad Rural fue una verdadera confesión de parte:

En la fijación de los salarios es primordial determinar el estándar de vida del peón común. Son a veces tan limitadas sus necesidades materiales que un remanente trae destinos socialmente poco interesante. Últimamente se ha visto en la zona maicera entorpecerse la recolección debido a que con la abundancia de cereal y el buen jornal por bolsa, resulta que con pocos días de trabajo se consideran satisfechos. [El Estatuto del Peón] no hará más que sembrar el germen del desorden social, al inculcar en la gente de limitada cultura aspiraciones irrealizables,

²²La Corte Suprema combatió este activismo de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Tal es así que se negó a tomarle juramento a los jueces de los Tribunales del Trabajo y declaró la inconstitucionalidad de las delegaciones regionales de la Secretaría de Trabajo y Previsión a comienzos de 1946.

y las que en muchos casos pretenden colocar al jornalero sobre el mismo patrón, en comodidades y remuneraciones (Rubinzal, op.cit., p 238).

4. 3. Perón, Perón

Perón estrechó lazos con un grupo de jóvenes intelectuales provenientes mayoritariamente del radicalismo (Raúl Scalabrini Ortiz, Juan Luis Alvarado, Manuel Ortiz Pereyra, Juan Molas Terán, Juan Fleitas, Félix Ramírez, Luis Dellepiane, Homero Manzi, Arturo Jauretche) que integraban la Fuerza de Orientación Radical –luego *Revolucionaria*– de la Juventud Argentina (FORJA).

Pero la principal base de sustentación política de Perón sería el sindicalismo fomentado por el accionar de la secretaría.

Señala José Villarruel

Hasta ese momento la tasa de salario había evolucionado –durante el siglo xx– próxima al nivel de subsistencia y en donde predominaban en su determinación las fuerzas propias del mercado laboral y las condiciones del ciclo económico que orientan a las elecciones de los empresarios. A partir de 1943 se introducen elementos institucionales (Secretaría de Trabajo) y sociales (organización creciente de los sindicatos) con lo cual elevaba la capacidad de negociación de la fuerza de trabajo, el salario tiende a crecer y alejarse del mínimo de subsistencia y a alterar necesariamente el límite logrado por la tasa de ganancia hasta ese entonces (Villarruel, 1990).

En el plano económico, Perón adhería a las teorías subconsumistas que afirmaban que las tendencias al estancamiento del sistema capitalista eran producto de la estrechez en la demanda de bienes de consumo. Como eso se producía debido a la desigual distribución del ingreso, el remedio era poner en marcha los mecanismos necesarios para neutralizar o corregir esa tendencia crónica.

En ese punto, el Estado estaba llamado a jugar un papel relevante en el sistema económico.

El ascenso del peronismo al poder se produce en el marco de un contexto mundial muy particular. La culminación de la Segunda Guerra Mundial marcaba el

punto de inicio de la construcción de un “Estado de bienestar” en los países capitalistas centrales. Una de las características de ese “Estado de bienestar” estaba dada por la presencia de un Estado activo que arbitraba entre los intereses y las exigencias de las empresas y los sindicatos (Rubinzal, 2010).

Era el comienzo de una era de pleno empleo, universalización de la seguridad social, fuerte crecimiento económico y consolidación de vastos mercados internos.

Mientras el capitalismo central marchaba en esa dirección, el gobierno peronista consolidaba el proceso de industrialización como eje ordenador de la actividad económica y, por lo tanto, se afirmaba como sujeto social una burguesía empresarial asentada en la producción de bienes de consumo durable destinada al mercado interno.

4. 4. El desarrollo industrial

El nuevo modelo permitió la proliferación de las industrias de bienes de consumo (alimentos, mobiliario, textiles, calzado, herramientas, etc.) sustentadas en el creciente poder de compra de los sectores asalariados.

El mercado interno era el principal destino de la producción industrial y, por ende, el principal soporte del modelo de acumulación estaba dado por la capacidad de absorción de mercancías por parte de los trabajadores.

Según Natalia Milanesio,

(...) en 1948, la participación obrera en la distribución nacional del ingreso alcanzó el 53 % por primera vez en la historia argentina, y el consumo domestico creció un 50 % en comparación con el año anterior. Asimismo, entre 1946 y 1954 los negocios minoristas se duplicaron para poder satisfacer la creciente demanda” (Milanesio, 2014).

Y cita un texto del profesor de *Marketing* de la Universidad de Miami y especialista en América Latina, Frank Montgomery Dunbaugh, publicado por *Ink Book Company*:

El dinero fluye en los bolsillos de los campesinos y obreros que jamás han tenido un peso en sus pantalones. Hasta ahora no conocían marcas como *Tide*, *Colgate*, *Frigidere*. No escuchaban la radio, no leían los periódicos ni

miraban televisión. Como consecuencia, estos sectores no existían para quienes venden artículos de consumo. Eran “inactivos”. Obreros que hace seis años ni siquiera compraban jabón, este año han comprado una radio (*ibid*).

Mientras que en 1947 ya el 52% de los hogares tenía un aparato de radio, “la publicidad del (diario) *Clarín*, fundado tres años antes, creció en 1948 el 140 %” (*ibid*).

En este esquema, el salario, más que un costo de producción, había pasado a ser un factor dinamizador de la economía doméstica.

A su vez, como el desarrollo manufacturero estaba sustentado en industrias livianas, de mano de obra intensiva, se produjo un importante incremento de los puestos de trabajo industriales.

El empleo industrial crecería a una tasa del 6% anual, entre 1935 y 1950. Mientras que en el quinquenio 1925-1929 la ocupación industrial alcanzó a 890.000 personas, en 1950 sería de 1.780.000 trabajadores y en 1960 llegaría a los 2.130.000 puestos de trabajo (Ferrer, 2004).

4. 5. El aumento del salario real y la universalización educativa

El aumento de los salarios nominales y la imposición de precios máximos implicó una mejora inédita de la participación salarial en el ingreso nacional, que pasó del 35,8% (1946) al 46% (1949). Medido en términos de “real gasto”,²³ en 1949 la participación salarial alcanzó un récord histórico –que jamás se repetiría– del 57%.

Ese aumento en los niveles salariales podía ser parcialmente explicado por las profundas modificaciones en la legislación laboral, pero, sobre todo, encontraba su origen en una utilización intensiva de la mano de obra en el sector industrial.

El aumento de la tasa de sindicalización –que llegó al 50% del total de trabajadores ocupados– y la irrupción de activas comisiones internas sindicales acompañarían el crecimiento del salario real, que a su vez incrementó notablemente la demanda de bienes de consumo.

A comienzos de 1950, el PIB por habitante argentino duplicó al español y mexicano y triplicó al brasileño.

²³ La metodología del “real gasto” se construye relacionando los ingresos asalariados y el producto en términos constantes.

La infraestructura educativa también se incrementó sustancialmente mediante la construcción de escuelas primarias, secundarias y técnicas. Por otra parte, la creación de la Universidad Obrera Nacional (posteriormente red denominada Universidad Tecnológica Nacional) respondió al objetivo de ampliar la oferta educativa técnica que incluyó carreras como la de ingeniería en Construcciones Antisísmicas (San Juan), Aeronáutica (Córdoba) y Construcciones Ferroviarias (Tucumán).

El gobierno estableció por decreto la gratuidad de la enseñanza universitaria eliminando los aranceles vigentes hasta 1950.

También se creó el Consejo Nacional de Investigaciones Técnicas y Científicas (CONITYC) y la Comisión Nacional de Energía Atómica.

Entre 1945 y 1955, la matrícula primaria se incrementó un 34%, la secundaria un 134% y la de las escuelas industriales un 220% (Rapoport, 2000).

Así, el peronismo profundizó el proceso de inclusión escolar que venía produciéndose desde hacía tiempo. Basta recordar que el índice de analfabetismo de las personas mayores de 14 años, que era del 36% en 1914, había bajado al 13,6% en 1947.

4. 6. Alpargatas y libros

El crecimiento del mercado interno al ritmo del incremento de los salarios reales y de la redistribución indirecta de los ingresos (mantenimiento de precios deprimidos de alimentos, tarifas y otros bienes), el incremento de los índices de alfabetización y escolarización, las tasas de interés negativas y las ventajas comparativas que el tipo de cambio diferencial brindaban a la producción local, tanto para defenderse de los libros importados como para competir en los mercados externos, permitieron un sostenido crecimiento de la industria editorial.

El total de obras registradas entre 1900 y 1935 había sido de 2350, mientras que entre 1936 y 1939, en sólo tres años, se registraron 5536. En el mismo periodo el total de ejemplares impresos fue de 34 millones cuando entre 1951 y 1955 ese número ascendió a la friolera de 169 millones, de los cuales se exportaba el 40%.

Según José Luis De Diego,

Para 1952, Argentina registraba 276 títulos publicados por cada millón de habitantes, mientras España –cuya industria ya comenzaba a evidenciar

signos de recuperación– registraba sólo 119. En 1942 se exportaban 11.280.000 volúmenes; en 1947, sólo cinco años después 24.280.500; para 1961 ese número había descendido a 8.843.230 (De Diego 201, *op. cit.*, p. 112).

En esa misma línea, Octavio Getino analiza los números de producción editorial:

De acuerdo con el Registro Nacional d Propiedad Intelectual, en 1936 se publicaron 823 obras, con un total de 2,8 millones de ejemplares; en 1940, 2671 obras y 12,3 millones de ejemplares; en 1950, 4261 obras y 31 millones de ejemplares.

El año 1953 representó el pico más elevado en cuanto a cantidades de ejemplares ofertados, en relación al número de habitantes, con un volumen de casi 51 millones y un promedio de tirada de 11 mil ejemplares por título (Getino, 2008).

No obstante, durante la edad dorada de la edición la relación de la gran mayoría de las casas editoriales en Argentina fue de abierta oposición al gobierno, fenómeno claramente descrito por Alejandra Giuliani:

La Cámara Argentina del Libro fue una de las corporaciones empresariales –una de las de menor envergadura– que conformaron la oposición a la candidatura de Perón en 1945. En la decisión de su posicionamiento político no se manifestaron discusiones ni divergencias entre los integrantes de su dirigencia. Ello fue así, por un lado, porque se trató de una decisión de empresarios, es decir, del “capital” contra el “Estado y el trabajo aliados”. Pero también, los editores se alinearon con los intelectuales, con quienes, a diferencia de otros sectores del empresariado, sostenían fuertes vínculos. (Giuliani, 2008).

Un caso paradigmático fue el despido en febrero de 1946 de Atilio García Mellid del cargo de Gerente de la Cámara Argentina de Libro por su adscripción desde FORJA al peronismo. “Su reemplazante, Julio Cortázar, por el contrario, participaba en aquella época del clima de ideas y de la cultura “tradicionales” (Giuliani, 2008).

Es también interesante el desarrollo que hace Flavia Fiorucci sobre la relación entre la Sociedad Argentina de Escritores y el gobierno de Perón. Si bien los miembros de la institución estaban claramente alineados en la oposición al gobierno, la autora reseña los gestos “medidos” de ese enfrentamiento a nivel público. Después del golpe del 55 se intenta construir una épica de lucha, con frases como la formulada por Borges, que presidió la institución entre 1950 y 1953: (la SADE) “fue uno de los pocos bastiones contra la dictadura” o la reivindicación de Roberto Giusti de un “glorioso antiperonismo”. Sin embargo para la autora,

A esta altura es posible concluir que si bien es claro que la SADE fue una institución “hostigada” por el peronismo, la descripción que Borges hace de la misma durante los años del peronismo es una “historia construida” para asegurar a la asociación y a sus escritores una posición ventajosa en la Argentina inaugurada por la Revolución Libertadora (Fiorucci, 2001).

El record que más arriba apuntaba Getino se explica por una conjunción de factores:

- 1) alto nivel educativo y de alfabetización.
- 2) Desarrollo de un complejo sistema producción y comercialización del libro, con cadenas de valor consolidadas. Como ejemplo anexamos un cuadro la estructura de imprentas en el período analizado
- 3) un mercado de consumo con capacidad de compra y políticas públicas activas, destinadas a elevar las condiciones de vida de la población.

Sin embargo, se suele atribuir el record a la fuerte exportación de libros. Esta es una condición no suficiente para explicar el fenómeno. Algunos números nos permitirán comprender lo anterior. Como ya vimos durante el año 1953 se produjeron 51 millones de libros, más del 400 % que una década antes (en 1940 la producción había sido de 12,3 millones de libros).

La exportación durante el año record fue del 40 % de lo producido. El 60 % restante o sea más de 30 millones de ejemplares sólo se explican por el inusitado incremento del consumo interno.

Para dar una idea de las ventajas relativas con que hasta 1955 había contado la producción nacional gracias al fomento estatal, las tasas de interés negativas y

los tipos de cambio preferenciales, bastaría citar las palabras que Joaquín Sopena pronunciara en la Asamblea de editores de 1944. Poniendo como ejemplo los libros de la colección *Austral* editados en Buenos Aires, Sopena explicaba que mientras su precio de venta en Argentina era de 1,50\$, lo que equivalía a 3,75 pesetas, en España ese mismo libro se venía a 4,50 pesetas. Pero, más significativo aún, sostenía Sopena, era que de pretender producir ese mismo libro en España, el precio no podría ser menor a las 7 pesetas (Larraz Elorriaga, 2010).

Capítulo 4

1955/1973. Período de contraste hacia un nuevo record.

1. La “Revolución Libertadora”

La polarización de la sociedad argentina se “resolvió” transitoriamente con un golpe militar. El nuevo presidente, general Eduardo Lonardi, anunció que en la etapa que se iniciaba “no habría vencedores ni vencidos” y que se celebrarían nuevas elecciones entre abril y mayo de 1956, pero su visión contrastaba con el pensamiento de otros integrantes del elenco golpista, que querían borrar definitivamente cualquier vestigio de peronismo en la sociedad argentina.

Entre estos últimos se encontraba el almirante Rojas, quien comandaba una Junta Consultiva que se reunía en dependencias del clausurado Congreso nacional, y diversos sectores de la economía y el agro que pretendían retrotraer el país a la situación previa al peronismo.

De esta pléyade de intereses económicos y aproximaciones teóricas emergería una serie de proyectos que se impondrían brevemente en el lapso de los 12 años siguientes y sucumbirían ante la persistente inestabilidad política que azotaría a la argentina de esa época (...) Dichos proyectos se corresponden (con algunas interrupciones) con los cuatro gobiernos del periodo: la revolución libertadora (1955-58), el desarrollismo (1958-62), el gobierno de Guido (1962-63) y el radicalismo (1963 1966) (Rapoport, 2006)

El desplazamiento de Lonardi y la asunción de los sectores “duros” implicó el alejamiento del gobierno de los funcionarios provenientes del nacionalismo.

Aramburu designó como interventor de la Confederación General del Trabajo (CGT) a un oficial de la Marina, se disolvieron el Partido Peronista y la Confederación General Económica (CGE), se anuló la Constitución Nacional de 1949, se dispuso la inhabilitación para ocupar la función pública de aquellos que habían ocupado cargos durante el gobierno anterior y fueron encarcelados centenares de militantes políticos y sindicales peronistas. Asimismo, fue sancionado un decreto-ley de Asociaciones Profesionales habilitando la formación de varias centrales obreras y de varios sindicatos por rama de actividad.

El 5 de marzo de 1956, el gobierno dictó el decreto 4161 por el cual se prohibía la utilización de “elementos de afirmación ideológica o de propaganda peronista”. La ofensiva antiperonista incluyó el secuestro de los restos embalsamados de Eva Perón, que reposaban en la CGT, y su entierro clandestino en Italia.

1. 1. El informe Prebisch

Inmediatamente después del golpe militar, el economista Raúl Prebisch fue convocado para elaborar un diagnóstico sobre la situación de la economía argentina, cuyas primeras conclusiones²⁴ fueron dadas a conocer en octubre de 1955.

El informe criticaba duramente los fundamentos económicos de la política implementada por el peronismo y sostenía que había comprometido innecesariamente la eficiencia de la producción agropecuaria, llevando las exportaciones a niveles sumamente críticos, que no se había seguido una política acertada y previsor de sustitución de importaciones, ni creado las industrias básicas indispensables para fortalecer la economía nacional ni estimulada la explotación de petróleo.

Prebisch señalaba que una parte considerable de los recursos de oro y divisas acumulados durante la guerra se habían aplicado incorrectamente a repatriar inversiones extranjeras de capital ya existentes en el país, en lugar de emplearlos para su acrecentamiento, y que era necesario adoptar dos tipos de medidas: las de carácter inmediato y las de más largo aliento, aunque se limitaba a proponer la implementación de una serie de medidas de corto plazo.

A su modo de ver, los esfuerzos del programa debían centrarse en la producción agropecuaria, la energía, los transportes, la sustitución de ciertas importaciones y la construcción de viviendas populares.

Dice Mario Rapoport

(...) el plan apuntaba a una distribución del ingreso inversa a la del peronismo, privilegiando las transferencias de la ciudad al campo y del trabajo al capital. La expectativa de equilibrar el comercio exterior en el

²⁴ “Informe Preliminar Prebisch acerca de la situación económica”, completado más tarde con otros dos: “Moneda sana o inflación incontenible” y el “Plan de restablecimiento económico”.

corto plazo por un simple cambio de precios relativos que favoreciera al agro hacía tabla rasa con los problemas estructurales que originaban su estancamiento, pero las medidas propuestas para lograrlo tenían un fuerte carácter recesivo (...) Por otra parte (...) las medidas “urgentes” de estabilidad implicaban una reducción de la rentabilidad en el sector industrial, una contracción en la demanda interna, un encarecimiento de los insumos y bienes de capital importados y una mayor dificultad de acceso al crédito. La determinación de recurrir al capital extranjero resultaba en este contexto un mero paliativo con pocas chances de éxito (Rapoport, 2000).

Algunas de las recomendaciones de Prebisch serían llevadas adelante por el gobierno de la Revolución Libertadora. Otras serían dejadas silenciosamente de lado.

1. 2. La dinámica económica

El nuevo ministro Eugenio Blanco suscribía el diagnóstico de Prebisch, por lo que partió de dos premisas fundamentales:

1. El agro era el actor central de la economía argentina y debía ser rescatado luego del maltrato sufrido durante el gobierno anterior.
2. La necesidad de fomentar las inversiones extranjeras.

En consecuencia, promovió una modificación de los precios relativos mediante la implementación de una fuerte devaluación –que incrementó la rentabilidad agropecuaria– y la eliminación de todos los controles de precios.

De forma complementaria se finalizó con el monopolio estatal en el comercio exterior mediante la liquidación del IAPI²⁵ y se eliminaron los controles en el mercado cambiario, lo que significaba la liberalización de las importaciones industriales.

A fin de moderar el impacto devaluatorio en los precios internos, se establecieron retenciones de hasta un 25% del valor exportado en una amplia gama de productos, pero de todos modos la devaluación y la expansión monetaria provocaron un aumento de la inflación.

²⁵ Instituto Argentino para la Promoción y el Intercambio.

Las políticas oficiales generaron una ostensible disminución de la participación de los asalariados en la apropiación del PIB, del 47,6% en 1955 al 43,77 dos años después (Graña, 2005).

La nueva inserción internacional planteada por la Revolución Libertadora tuvo su correlato en el sector financiero local. De la mano de la reprivatización de los depósitos bancarios y de la autarquía del Banco Central, creció considerablemente la actuación e influencia de la banca internacional (Rubinzal, *op.cit.*).

El resultado fue una desviación del crédito hacia la gran empresa extranjera, acentuando los problemas de racionamiento que ya afectaban al pequeño y mediano empresario.

Ante esas dificultades tomaron fuerzas las cajas de crédito cooperativas, que comenzaron a nuclearse en el Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos (IMFC). Al funcionar como una cámara compensadora para sus entidades asociadas, el Instituto permitió que, en los años siguientes, las cajas de crédito crecieran desde las 197 entidades existentes en 1958 hasta las 974 en 1965 (Heller y Bleger, 1999).

1. 3. La reforma constitucional

Aramburu derogó la Constitución sancionada en 1949,²⁶ convocando a elecciones para la realización de una nueva convención constituyente, las que se celebraron en julio de 1957, con el principal movimiento político proscrito y a la Unión Cívica Radical (UCR) dividida en dos fracciones: la UCR del Pueblo encabezada por Ricardo Balbín –representando al sector más afín a la Libertadora– y la UCR Intransigente liderada por Arturo Frondizi.

Los votos en blanco fueron la opción más elegida con el 24,31% de los sufragios, seguidos por la Unión Cívica Radical del Pueblo con el 24,20% y la Unión Cívica Radical Intransigente con el 21,23%.

No obstante, debido el sistema electoral la bancada de la UCRI fue la de mayor cantidad de convencionales, los que se retiraron de la Asamblea Constituyente denunciando que el gobierno de facto carecía de facultades para reformar la

²⁶ La derogación de la Constitución de 1949 se realizó mediante un bando emitido el 27 de abril de 1956.

Constitución Nacional. En su ausencia, la Asamblea apenas si pudo incorporar el artículo 14 Bis, una vaga y deficiente síntesis del extenso enunciado de derechos sociales sancionados en 1949.

Cuando algunos convencionales (de la UCRP, Socialista, Comunista y Demócrata Progresista) quisieron restablecer el histórico artículo 40²⁷ de la reforma de 1949, los conservadores se retiraron de la Convención dejándola sin quórum y, en consecuencia, disuelta (Sampay, 1973).

Tras los fusilamientos de junio de 1956 y el encarcelamiento de la mayoría de los dirigentes sindicales, hubo que esperar hasta julio del año siguiente para que los sindicatos recuperados por los trabajadores lanzaran un paro general en todo el país. El éxito de la convocatoria obligó al gobierno a convocar a un Congreso Normalizador de la CGT intervenida.

1. 4. La nueva configuración editorial

El golpe de 1955 trajo profundos cambios en el mundo editorial tanto en lo cuantitativo como en las condiciones de desarrollo de las editoriales existentes y el surgimiento de nuevos proyectos.

La aplicación de planes económicos de restricción del consumo y de disminución en la participación de los asalariados en la renta nacional, junto a la falta de políticas gubernamentales activas, provocaron una notable caída en la producción editorial.

En apenas cinco años la producción de libros se redujo de los 50.912.597 ejemplares de 1953, a 14.950.99 en 1958.

Para interpretar el segundo record editorial que tendrá que esperar 19 años, es importante considerar, además de las variantes económicas, tres hechos que fueron creciendo hasta los 70': el surgimiento de nuevas editoriales, la temática política ocupando nuevos catálogos y la valorización de autores argentinos y latinoamericanos.

²⁷ El artículo 40 de la Constitución de 1949 establecía que “La organización de la riqueza y su explotación tienen por fin el bienestar del pueblo, dentro de un orden económico conforme a los principios de la justicia social. (...) Los minerales, las caídas de agua, los yacimientos de petróleo, de carbón y de gas, y las demás fuentes naturales de energía, con excepción de los vegetales, son propiedad imprescriptibles e inalienables de la Nación (...) Los servicios públicos pertenecen originariamente al Estado, y bajo ningún concepto podrán ser enajenados o concedidos para su explotación”.

Los artífices del golpe del 55 intentaron reconfigurar las representaciones en el ámbito cultural en sintonía con el proyecto de “desperonizar” el país. Es muy descriptiva de esta situación la nota de María Sáenz Quesada publicada por *La Nación* el 19 de diciembre de 2004:

En la acción cultural de “la Libertadora” tuvo participación activa un grupo de la elite intelectual. El gobierno militar designó en las grandes instituciones de la cultura y de la educación a los intelectuales y artistas que desde 1946, por ser opositores, no habían tenido acceso al aparato estatal (cátedras universitarias, publicaciones y teatros oficiales) o se habían exiliado para poder ganarse la vida en paz. Así, Borges fue nombrado director de la Biblioteca Nacional; José Luis Romero, interventor de la Universidad de Buenos Aires; Vicente Fatone, interventor de la Universidad del Sur; Mujica Lainez, director de relaciones culturales de la Cancillería; Mallea, embajador en la UNESCO; Juan José Castro, director de la Orquesta Sinfónica Nacional (Sáenz Quesada, 2004).

Un papel destacado tuvo quien como presidente de la Cámara Argentina del Libro había sido un duro opositor del peronismo: “Carlos Alberto Erro quedó al frente del monopolio periodístico ALEA, que imprimía la mayor parte de los diarios y revistas en circulación” (*Ibid*).

El interés de la nota de María Sáenz Quesada se incrementa en tanto fue publicada por un medio con clara línea editorial contraria al peronismo. Así, la renombrada historiadora describe las instituciones que cobijaron hasta el golpe de Estado de 1955 a los nuevos vencedores:

Durante el peronismo estas personalidades habían colaborado en instituciones privadas de enseñanza, como el Colegio Libre de Estudios Superiores, fundado en 1930, y en revistas culturales. *Sur*, fundada por Victoria Ocampo, e *Imago Mundi* (1953-1956), cuyo papel fue nuclear al posible grupo de recambio del peronismo alrededor de un proyecto intelectual riguroso.

Y concluye:

La Revolución Libertadora, que se propuso infructuosamente rescatar a la sociedad argentina del peronismo, a diferencia de otras intervenciones

militares cuyos resultados fueron nulos o contraproducentes en materia cultural, abrió rumbos en la orientación de las actividades intelectuales y artísticas (*Ibid*).

Por su parte, De Sagastizábal y Giuliani destacan que

Los ensayos más vendidos en 1957 no los publicaron editoriales prestigiosas de la época (...) Las editoriales consagradas y tradicionales simpatizaban con los partidos e intelectuales que dieron su adhesión al gobierno de la Revolución Libertadora y no publicaban autores afiliados al peronismo (De Sagastizábal y Giuliani, 2014).

Las grandes editoriales mantuvieron sus catálogos, como lo venían haciendo, más vinculados al canon vigente en Europa y en algunos casos a EE. UU. Por caso Emecé, lanza en 1955 su colección *El Séptimo Círculo* y continúa con sus colecciones de *Obras Universales* o la de *Grandes Novelistas*,

con nombres como Camilo José Cela, Juan Goytoso, Thornton, Oscar Wilde, Alexander Solzhenitsyn y Albert Camus; más adelante se fueron sumando traducciones de *best sellers* probados en sus ediciones originales, como Sidney Sheldon, Wilbur Smith, Arthur Hailey y Hans Ruesch" (Aguado, 2014).

En este período siguen teniendo una fuerte presencia en el mercado las editoriales especializadas en libros de texto, como Kapelusz, Estrada y Troquel, entre otras.

1. 5. Editando política

En estos primeros años luego del golpe de Estado "libertador", de profunda identidad liberal, se produce una situación paradójica: el surgimiento de autores y editoriales que configuran una corriente intelectual ligada al pensamiento nacional y popular, que rescatará y teorizará la experiencia del peronismo.

Si repasamos el listado entre los libros más vendidos en 1957 encontraremos *Un dios cotidiano* de David Viñas, *Qué es esto* de Ezequiel Martínez Estrada, *Revolución y contrarrevolución en Argentina*, de Jorge Abelardo Ramos, y *Proceso al liberalismo argentino* de Atilio García Mellid, revelador del interés que

suscitaban los autores politizados. Un dato de gran significación es la aparición en mayo de 1957 de la primera edición de *Los profetas del odio*, del exiliado Arturo Jauretche, que se agota rápidamente, hasta el punto de apenas dos meses después se hace necesaria una segunda edición, que vuelve a agotarse completando un record de 25 mil ejemplares vendidos en menos de un año. En el prólogo a la sexta edición de *Los profetas del odio*, Juan Carlos Neyra, que había sido opositor durante el peronismo, afirma que

(...) basta señalar que desde la fecha indicada (1957) hasta la reciente aparición de *El banquete de Severo Arcángelo* de Leopoldo Marechal, sólo los autores del sector nacional han producido obras de verdadero valor (Jauretche, 1973).

Neyra hace una excepción con *Sobre Héroes y tumbas* de Ernesto Sábato, del que dice que “no es liberal” aunque tiene gran aceptación por parte de la superestructura liberal del país.

En su trabajo sobre el editor Arturo Peña Lillo, dicen De Sagastizabal y Giuliani:

Destaquemos lo que era toda una novedad política que se dejaba ver en el campo editorial: caído el peronismo, no sólo especialistas y expertos se interesaban por ensayos políticos, sino que la mayor difusión de este tipo de libros evidencia que otros lectores comenzaban a volcarse hacia discursos marginales hasta ese momento. (De Sagastizabal y Giuliani, *op.cit*).

Peña Lillo dirigió su editorial desde 1954 hasta 1982. Según cuenta en una entrevista que le hace Cristian Vitale en *Página 12*, su actividad ligada al sector se inició en los talleres de la revista *Radiolandia*. Consigue un trabajo en esa empresa gracias a una osadía: se para frente al diario *Crítica* con carteles exhibiendo frases muy “petardistas”, genera cierto revuelo y consigue que lo contraten. Luego trabaja durante siete años en una editorial francesa, en la que afina sus conocimientos sobre el funcionamiento editorial. Ante el surgimiento del peronismo, Arturo, influenciado por la izquierda, adhiere a la Unión Democrática. Recordando esa época y al Partido Comunista reflexiona “el partido estaba completamente despistado ideológicamente” (Vitale, 2005).

Luego de algunos intentos para independizarse económicamente, publicando textos diversos, su primer éxito llegó con un libro de un nacionalista que le fue recomendado por un reconocido anarquista. El director de *La Protesta* Diego Abad de Santillán le recomienda la obra de Ernesto Palacio. Recuerda don Arturo el origen de su primer *best seller*, *Historia de la Argentina*:

Entonces fui a ver a Palacio, que no tenía un peso, le anticipé unos derechos y lo terminó de hacer. De hecho, se transformó en el libro más requerido durante toda la época que tuve la editorial. Cuando vino Perón en 1973, sacaba una edición por semana. Se agotaba enseguida (*Ibíd*).

Historia de la Argentina, reeditado durante la dictadura en 1957, funciona como un imán para los autores del “campo nacional”, que se acercan al editor para dar a conocer sus trabajos. Se establece una alianza con Jorge Abelardo Ramos, que le sugiere títulos y se asocian en el armado de la colección *La Siringa*. Ese año publican al mismo Ramos, Arturo Jaureche, Alberto Belloni, Alberto Methol Ferré, José Gobello y Esteban Rey. Excepto el libro de Gobello, *Breve diccionario de lunfardo*, los otros títulos desarrollan temáticas políticas, aunque es útil recordar que el propio Gobello había sido disputado nacional peronista, a raíz de lo cual fue encarcelado por el gobierno militar.

De Sagastizabal y Giuliani reproducen una entrevista realizada por Miguel Bonasso en la que Peña Lillo afirma:

Creo que la editorial tuvo el mérito de sistematizar, a partir de 1954, el pensamiento nacional, que estaba completamente disperso. La editorial acogió justamente a todos esos autores que tenían algo que decir con respecto al país y que no tenían interlocutor. Las editoriales de esa época eran más traductoras que otra cosa. La nuestra aglutinó los autores y sistematizó el modelo *pocket*. Dándole cabida a escritores que no la tenían. (De Sagastizabal, Giuliani, *op.cit.*)

Aquí se encuentran dos claves para entender el crecimiento de esta propuesta y de qué manera funcionó como modelo que impregnó todo el período: la edición de autores de los márgenes, críticos del sistema político y cultural imperante, que analizan el pasado de forma genealógica, mostrando esas huellas en el presente. El bajo precio de las ediciones (en formato pocket) permitió su llegada a un

público amplio y popular, incorporando así nuevos lectores. Al igual que algunos de sus colegas de los años '30, Peña Lillo edita para educar, para movilizar conciencias. Y afirma:

Nunca fui afiliado a ningún partido y, sin embargo, siempre me sentí militante. Expresaba mi militancia a través de la editorial, cuyo objetivo fue el de sistematizar el pensamiento nacional y popular disperso (Vitale, 2005).

2. El Desarrollismo

Consciente de la fuerte adhesión que conservaba el peronismo, el líder de la facción intransigente del radicalismo, Arturo Frondizi, negoció con John William Cooke, delegado de Perón, el respaldo del exiliado a su candidatura presidencial. Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio, su principal asesor económico, se comprometieron a normalizar los sindicatos intervenidos, devolver la personería jurídica de la CGE, aumentar los salarios, devolver la CGT a los dirigentes obreros, sancionar una ley de amnistía que beneficiara a los sindicalistas y a los peronistas en general, así como una nueva ley de asociaciones profesionales que anulara la sancionada por la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu. A cambio, Perón dio a conocer una carta donde anunciaba su respaldo a la UCRI.

Frondizi impulsaba las llamadas “batallas del acero y del petróleo” a fin de superar las históricas restricciones externas de la economía argentina. A su modo de ver, para esto era necesaria la conformación de un bloque nacional en el que convergieran activamente la clase obrera y el empresariado para enfrentar con éxito a los intereses que extraían beneficios del predominio del sector agrícola y de la debilidad del desarrollo industrial (Altamirano, 1998).

La UCRI no solamente obtuvo el apoyo del peronismo, sino también el de un amplio arco de fuerzas políticas nacionalistas y de izquierda, incluido el Partido Comunista, que le permitió imponerse con el 45% de los votos, obtener todas las gobernaciones en juego y una amplia mayoría en el Congreso nacional.

2.1. Las medidas iniciales

La situación heredada por Frondizi no era un lecho de rosas: la existencia de déficits gemelos en el sector externo y en el frente fiscal, las exiguas reservas y la alta inflación conformaban un difícil cuadro de situación.

Algunas de las primeras medidas adoptadas por el nuevo gobierno se inscribieron en el espíritu del acuerdo celebrado con Perón: sanción de una ley de amnistía y de una nueva ley de asociaciones profesionales, la derogación de las inhabilitaciones gremiales, la devolución de la personería gremial a la CGE, la anulación del decreto que prohibía la utilización de la simbología peronista, la reducción de un 20% del precio del boleto ferroviario y el aumento salarial del 60% sobre las remuneraciones vigentes al 1º de febrero de 1956.²⁸

El aumento salarial y la política monetaria y fiscal expansiva motorizaron un fuerte crecimiento de la demanda hasta diciembre de 1958, cuando el gobierno suscribió un acuerdo *stand-by* con el FMI, en el que se comprometía a adoptar una serie de medidas de corte ortodoxo tendientes a frenar el aumento de precios y alcanzar una paridad cambiaria relativamente estable.

El 29 de diciembre de 1958, Frondizi anunció una fuerte devaluación y liberalización del régimen cambiario, aumento de impuestos internos y reajuste de tarifas públicas para reducir el déficit fiscal, política crediticia restrictiva, achicamiento del 15% del plantel estatal, congelamiento salarial y liberalización de los precios.

La devaluación cambiaria produjo una caída de los salarios reales del orden del 20% en 1959 (Ferrer, 1963) y afectó la estructura de precios relativos beneficiando al sector agropecuario, ya que sus precios aumentaron un 37,2% mientras que los de la industria permanecieron estables y los de los servicios cayeron un 10%.

Las consecuencias del ajuste fueron una brusca caída de la actividad económica que se reflejó en una contracción del PIB (-6,5%) luego del crecimiento operado en el año anterior (+6,1%) (Rubinzal, 2010).

Era la primera vez, desde la expansión iniciada en 1954, que el sector industrial sufría una retracción tan significativa. La participación de los salarios en la distribución funcional del ingreso se había reducido hasta apenas alcanzar un

²⁸ Frigerio, Rogelio (1990) calcula que el aumento efectivo rondó el 20%.

nivel similar al registrado a mediados de la década de los cuarenta. Del 44,43% de 1958 bajó al 35,95% en 1961 (Graña, 2005).

El desarrollismo entendía imprescindible avanzar en la sustitución de los bienes intermedios y de consumo durable.

El Estado ocupó un papel relevante en esta segunda etapa del proceso industrializador a través de la formulación de políticas fiscales, crediticias, monetarias y arancelarias acordes al desarrollo industrial esperado.

En ese sentido, el Estado no dejó librada a las fuerzas del mercado la localización de las inversiones, sino que se trataba de un “Estado programador” que definía las prioridades con relación a las metas a alcanzar (Altamirano, 1998).

El desarrollo de la industria automotriz modificó la estructura económica y social argentina, desde la calificación de la mano de obra, pasando por la introducción de controles de calidad novedosos, la utilización de maquinaria compleja y de prácticas administrativas no conocidas.

A contrapelo de las esperanzas desarrollistas, la tasa de incremento de la demanda de importaciones superó el ritmo de crecimiento de las exportaciones y de la producción pampeana. Esa divergencia entre el diferente ritmo de crecimiento de las exportaciones²⁹ y de las importaciones fue el desencadenante de los estrangulamientos periódicos de la balanza de pagos.

2. 2. EUDEBA. El gran proyecto

La Editorial de la Universidad de Buenos Aires fue creada en el año 1958 a instancias de su rector Risieri Frondizi. Leyendo algunos de sus textos, queda en claro que el proyecto editorial respondía a una concepción de lo que debían ser las tareas y los cambios que la educación superior demandaban. Así lo afirma el artículo aparecido en noviembre de 1956, en el número 13 de la revista *Comentario*, citado por Beatriz Sarlo:

Quien haya frecuentado las aulas universitarias no puede sorprenderse de la incultura que allí existe. A pesar de que el espíritu no puede alimentarse con sustancias muertas, los profesores sacrifican con frecuencia a los creadores de la cultura para presentarlos “didácticamente” a los

²⁹ El 87% de las exportaciones argentinas correspondieron a productos agropecuarios o manufacturas de origen agropecuario entre los años 1960 a 1977. *Fuente:* Vitelli, Guillermo (1999).

estudiantes. Por suerte no faltan jóvenes capaces de resucitar cadáveres y profesores respetuosos del aliento creador. La cultura viva se cuela por las grietas; entra en la universidad furtivamente.

Lo que hay que cambiar es la actitud de profesores y estudiantes frente a la investigación científica, la creación artística, la meditación filosófica, la vida cultural (Sarlo, 2001).

Efectivamente, EUDEBA no sólo logra un “cambio de actitud”; lo que hace es abrir un surco que influenciará la vida editorial argentina y marcará una tendencia que permite comprender el record de 1973.

Risieri Frondizi convoca a Arnaldo Orfila Reynal, que en ese momento dirigía en México el Fondo de Cultura Económica, le pide un plan editorial, que éste le prepara. Pero el gran aporte de Orfila al nuevo proyecto fue la recomendación de Boris Spivacow para el puesto de gerente editorial.³⁰ La consigna que éste impuso fue “Libros para todos”.

Y en esa dirección se trabajó: en sus ocho años de gestión al frente de EUDEBA publicó 11 millones de ejemplares a razón de un título diario.

La clave de este desarrollo podemos encontrarla en el sistema de distribución:

(...) tenía stands en las facultades de la UBA y del interior, 48 quioscos de venta de sus productos, más de cien puestos de diarios que vendían sus libros, distribuidores y librerías para comercializar su fondo en América Latina, EE UU, España y otros países europeos (Aguado, 2014).

En ese primer período se publicaron treinta colecciones distintas. Prosigue Aguado: “El sesquicentenario de la Revolución de Mayo fue ocasión para que EUDEBA iniciara, en 1960, la *Serie del Siglo y Medio*, cuyos primeros veinte títulos alcanzaron una tirada de 30 mil ejemplares cada uno”.

En 1962 un gran éxito editorial fue la publicación del *Martín Fierro*, ilustrado por Juan Carlos Castagnino, obra que vendió la friolera de 170 mil ejemplares.

Esa producción exigía un esfuerzo que el propio Spivacow confirma:

³⁰ El primer directorio fue presidido por José Balbini y estaban en el directorio José Luis Romero y Humberto Ciancaglini.

Yo le exigía a la gente que trabajaran como burros porque pensaba que estábamos haciendo algo importante para el país y para la cultura. Yo también trabajaba como un burro (Maunás, 1995).

Sin dudas, es posible situar a EUDEBA dentro de la línea de proyectos editoriales de la década del '20 que se veían como “proyectos culturales”, tales los casos de Glusberg o Zamora. Y al igual que esas propuestas, proponía libros de bajo precio, como forma de captar nuevos lectores.

(Spivacow) supo crear en torno de sí un verdadero mito: ‘bueno, bonito y barato’, como decían los turcos que vendían por la calle. Eran libros que llenaban un vacío cultural, a muy buen precio, muy bien presentados (*ibid*).

EUDEBA modificó el mercado del libro en Argentina ampliando un público sobre el que se desarrollaron pequeñas editoriales que serán parte del record de los 70’.

Luego del golpe de Onganía y de la intervención a la universidad, Spivacow y su equipo renuncian a EUDEBA en agosto de 1966.

La carta de renuncia que publica el diario *La Nación* en su edición del día 6 de agosto de 1966 –que además de la firma de Spivacow, lleva las de Horacio Achaval, Aníbal Ford, Beatriz Sarlo y Oscar Díaz–, resume con precisión las claves de un proyecto que la intervención militar a la universidad acaba de abortar:

Durante ocho años un libro costó menos que un kilo de pan (...). Durante ocho años miles de ojos vieron por primera vez pinturas y dibujos que los maravillaron. Durante ocho años el pueblo argentino se sintió orgulloso de sus escritores, de sus artistas, de sus pensadores, del prestigio de una empresa que con un capital pequeño en relación con su obra (...) representaba como ninguna en el exterior a su propia patria. ¿Cómo pudo surgir y desarrollarse lo que para todo el país y para todo el mundo fue un fenómeno cultural sin precedentes? Pudo surgir y pudo desarrollarse porque fue producto de una Universidad nueva, (...) una Universidad abierta a todos los vientos y puesta al servicio de todo el país. Una Universidad que entregaba al pueblo que la sostenía una de las más antiguas y poderosas herramientas: el libro (*La Nación*, 1966).

A partir de este cambio, la editorial comienza un derrotero ecléctico en relación a su línea editorial, con una degradada presencia en escena editorial. Solo recuperará en 1973, bajo la dirección de Rogelio García Lupo, la posibilidad de editar en forma masiva. Tal el caso de la colección *América Latina Libre* que vende 700 mil ejemplares en dos meses.

Al mes de su salida de EUDEBA, Spivacow funda junto a su grupo de colaboradores el Centro Editor de América Latina (CEAL). Continuando la tarea comenzada ocho años antes, se propone con este sello: "Más libros para más".

Las primeras colecciones que lanza son los volúmenes ilustrados de *Libros de la Luciernaga*, la serie *Del Encuentro*, *Capítulo Universal*, 59 títulos que se vendieron semanalmente en quioscos, así como enciclopedias literarias, del pensamiento esencial, historia de la ciencia, *Siglo mundo*, historia documentada del siglo xx.

Su secuestro por coordinación federal el 10 de agosto de 1969 será la primera de una serie de censuras sufridas por las dictaduras militares hasta culminar en 1980 con la quema masiva de sus libros en un baldío de Sarandí.

Para muchos... ser editor es un oficio como cualquier otro, como fabricar salchichas que le gusten al público, para que el público las compre, el público las coma y el público gaste más. Es decir, es buscar los gustos del público, tratar de interpretarlos y ajustarse a ellos fabricando libros, fascículos... para satisfacer ese afán, esa demanda. Para otros es formar al público. Para mí ha sido siempre formar al público. Es decir, no es que yo sea autoritario, que yo quiera que el público se someta a mis gustos personales, pero creo que ser editor es tratar de encaminar el público en cierta dirección, tratar de ampliar las cosas mejores que hay en su mente, en sus sentimientos, que halle en sus conocimientos las cosas que pueden ser útiles a la sociedad, que puedan ser útiles para él mismo (...) Yo no pretendo que la gente piense como pienso yo, pero trato de que la gente aprenda a pensar, aprenda a interpretar sus sentimientos, aprenda a pelear y a buscar sus sentimientos (Maunás, *op.cit*).

Boris Spivacow muere el 16 de julio de 1994; un año después el CEAL deja de existir.

2. 3. La caída de Frondizi

El cuadro de inestabilidad económica se completaba con un delicado equilibrio político.

Diariamente, Frondizi era jaqueado desde diferentes sectores. Mientras que los militares lo atacaban por derecha, la izquierda le reprochaba su política represiva y el incumplimiento de las promesas electorales. A su vez, la aprobación de una ley de enseñanza libre que terminaba con el monopolio estatal sobre la educación superior, al habilitar la creación de universidades privadas confesionales y no confesionales, generó un amplio rechazo en los ámbitos culturales³¹ y el movimiento estudiantil (entre ellos, el del propio Risieri Frondizi, hermano del presidente y rector de la UBA). Por esos días, la Federación Universitaria Argentina (FUA) organizó numerosas manifestaciones contrarias a la educación “libre”.

El 18 de marzo de 1962 se celebraron elecciones provinciales y en la mayoría de ellas triunfaron las listas avaladas por el peronismo, incluida la estratégica provincia de Buenos Aires, donde resultó vencedor el sindicalista Andrés Framini con más de 1.170.000 votos.

El resultado electoral intensificó las reuniones conspirativas de las Fuerzas Armadas que “obligaron” a Frondizi a intervenir aquellas provincias en las que el justicialismo se había erigido como triunfador.

Los planteos militares dieron paso finalmente al derrocamiento de Frondizi.

2. 4. El gobierno de Guido

La caída de Frondizi trajo aparejada la aplicación de políticas económicas de neto corte liberal y ortodoxo, que intentaron reinstalar plenamente los mecanismos del poder económico y la distribución de ingresos vigentes antes del peronismo (Ferrer, 1977).

En los escasos 19 días que duró su gestión, el ministro de Economía Federico Pinedo (luego reemplazado por Álvaro Alzogaray) aplicó un plan de ajuste clásico, acordado con el FMI, que consistió en la devaluación de la moneda, disminución

³¹ Por esos años el movimiento cultural era particularmente intenso y se materializaba, entre otras cosas, por un *boom* de publicaciones de distinta índole que habían dejado atrás la llamada “crisis del libro de 1956”, año que marcó el punto más bajo de edición en décadas (Rubinzal, 2010).

de las retenciones a las exportaciones, restricción monetaria, ajustes tarifarios e impositivos, liberalización del mercado de cambios y reducción del gasto público. Las políticas de ajuste desplomaron la participación de los trabajadores en los ingresos a un magro 37,7%. El producto *per cápita* disminuyó un 9%, la capacidad industrial instalada ociosa alcanzó al 50% y el desempleo llegó al 10% entre 1961 y 1963 (Ferrer, 2004).

No obstante, la sociedad argentina siguió diferenciándose por su extendida clase media. El estudio de Gino Germani sobre movilidad intergeneracional realizado sobre datos de 1960 mostraba que –en el Gran Buenos Aires– el 36,5% de los hijos de obreros había logrado una movilidad ascendente hacia puestos de clase media y alta.

Por su parte, el 77% de los entrevistados, cuyos padres pertenecían a la categoría ocupacional más baja –obreros no calificados–, había ascendido al nivel de obrero calificado o a puestos de sectores medios.

El antiperonismo predominante en las Fuerzas Armadas registraba algunos matices. De un lado estaban los sectores “azules”, que gustaban definirse como “profesionalistas” y eran más proclives a buscar una salida electoral; del otro, se encontraban los “colorados” que eran furiosamente antiperonistas y tenían una fuerte presencia en la Marina.

Las dos fracciones se enfrentaron militarmente en septiembre de 1962. Con el mayoritario apoyo de las fuerzas del Ejército y la Aeronáutica, los azules triunfaron luego de cuatro días de combates menores.

Ese enfrentamiento se volvería a repetir en abril de 1963 con el mismo resultado. El triunfante bando “azul” emitió, el 6 de abril, el famoso “Comunicado 150” donde sostenía que no se permitiría el regreso del “régimen peronista”.

El 14 de enero de 1963, Guido anunció la convocatoria a elecciones sin la participación del peronismo, a lo que el Congreso Normalizador de la CGT contestó con un plan de lucha.

Para Diego Rubinzal

Se consolidaba la existencia de un “sistema político dual” caracterizado por instituciones políticas formales (con partidos no peronistas y mecanismos parlamentarios) que no canalizaban los intereses ni la orientación de los actores sociales fundamentales y modalidades extrainstitucionales en las

que actuaban los sindicatos, entre otros grupos de presión (Rubinzal, *op.cit*).

3. Los tres años de Illia

Las elecciones presidenciales se celebraron el 7 de julio de 1963, con el peronismo y sus eventuales aliados impedidos de participar. La UCRP obtuvo el 25,15% de los votos, seguida por los votos en blanco (19,72%), la UCRI (16,4%) y la UDELPA (7,49%); el Colegio Electoral consagró la fórmula Illia-Perette como presidente y vicepresidente electos.

Poco antes de la asunción del nuevo presidente, en un artículo titulado “El gran pueblo argentino”, el propio Juan Perón definiría con exactitud los límites del nuevo gobierno, así como la postura del peronismo.

El doctor Illia recibirá la banda y el bastón simbólico, pero el poder y el gobierno permanecerán en manos de una banda de gánsters uniformados que desde hace ocho años los vienen explotando en su beneficio y en el de los intereses foráneos (Hendler, 2014).

El 12 de octubre de 1963 Arturo Illia asumió en medio de una intensa recesión económica y de inmediato implementó una serie de políticas de corte mercado-internista e industrialista, inspiradas en concepciones keynesianas, que contrastaron fuertemente con las aplicadas por el gobierno anterior (Rubinzal, *op. cit.*) Y mientras el Banco Central comenzaba a financiar exportaciones no tradicionales, se alentaron diversas líneas de créditos bancarios destinados a la industria, el agro y la construcción de viviendas.

A su vez, el desempleo descendió del 7,4% al 4,1% en ese mismo período y el incremento del salario real fue, según Aldo Ferrer, aproximadamente del 8% entre 1963 y 1965 (Ferrer, 2004), mientras que Baliño, Ke-young Chu y Feltenstein lo estiman cercano al 15% (Baliño, 1980).

Las excelentes cosechas obtenidas en 1964 y 1965³² y la recuperación en los términos de intercambio, proceso que se extendió desde 1962 a 1964, permitieron alcanzar un buen superávit comercial.

³² El 65% de las exportaciones argentinas descansaba sobre la producción primaria.

El crecimiento de las exportaciones fue complementado con la implantación de severas barreras a las importaciones que impedían el ingreso de los productos considerados prescindibles, con una activa política de control de cambios por parte del Banco Central.

El bajo nivel de endeudamiento fue una de las características de la Argentina desde comienzos de los sesenta hasta mediados de los setenta. Durante esos años, el endeudamiento externo total (público y privado) osciló en un rango que iba del 10% al 15% del PIB.

3-1. La clase media pasa revista

La extendida clase media buscaba nuevos consumos que atendieran las problemáticas nacionales e internacionales. Uno de estos, que identificaban su propio status al tipo de lecturas, fue el de las nuevas editoriales, los semanarios, las revistas literarias, políticas y de humor.

En este contexto se produjo la aparición de *Primera Plana* el 13 noviembre de 1962, con foto de John F. Kennedy en su tapa. Fueron algunos coroneles pertenecientes al sector azul los que se pusieron en contacto con Jacobo Timerman, para proponerle la creación de un semanario que apoyara su acción. Los medios económicos para financiar la nueva revista fueron proporcionados por una firma automotriz extranjera. Surgió a la luz como una revista de información general que contaba con los servicios exclusivos de *Newsweek*, *The New York Times* y *L'Express* y con un plantel de jóvenes y destacados periodistas como Tomás Eloy Martínez, Armando Alonso Piñeyro, Ramiro de Casabellas, Tomás Moro Simpson, Osiris Troiani y Raúl Urtizberea, entre otros (Piñeyro, 2003).

En sus artículos se trabajaba con los conceptos del psicoanálisis y la sociología para marcar normas de acción tanto en lo individual como en lo social. Cubría los procesos de descolonización del Tercer Mundo y ponía a la literatura como modelo de rebeldía. También se ocupaba profusamente de los temas de la “mujer moderna”. Traían a sus lectores los modelos culturales de un mundo occidental industrializado.

Políticamente *Primera Plana* se oponía al peronismo, y a lo máximo que llegaban sus notas era a aceptar a esa fuerza política, en democracia, pero de manera acotada.

Abramos la puerta para la integración del peronismo en la vida democrática. Que no sea una puerta demasiado grande, para que no entre sacando pecho. Pero tampoco una puerta demasiado chica como para que deba entrar de rodillas. Simplemente, una medida adecuada para que entre con una inclinación de cabeza. Somos todos argentinos (Ibíd).

Primera Plana jugó un papel decisivo en la conformación de un nuevo canon literario: aparecer o no en sus reseñas podía definir el éxito de un autor. En opinión de algunos especialistas, el llamado *boom latinoamericano* le debe mucho a la promoción (en algunos casos con sus autores en tapa) a esta revista. Para García Canclini “los fenómenos de ‘vanguardia’ fueron en la década del 60, en buena parte ‘hechos’ contruidos por *Primera Plana* y algunos otros diarios y revistas”.

Según las estadísticas, en los primeros meses de existencia *Primera Plana* había alcanzado un promedio de 25.000 ejemplares, cifra que fue creciendo hasta alcanzar un promedio semestral de 50.000 ejemplares. Utilizando un “readership” o coeficiente igual al número estimado de lectores por ejemplar similar al de otros semanarios del exterior de características semejantes, se obtuvo una media máxima de 300.000 lectores semanales en 1966 (Ibíd).

Otra publicación que marcó el nuevo humor argentino de la década de 1960 fue la revista *Tía Vicenta*. Su creador, Juan Carlos Colombres, *Landrú*, se apoyó en una “doble apuesta”: por un lado pretendía “desplazar el absurdo de lo cotidiano al terreno de la política” y, por el otro, “responder a una pregunta sencilla: si lo están haciendo en el Maipo o El Nacional, ¿por qué no hacerlo en una revista?” (Favero y Mosiewick, 2015).

Tía Vicenta sostenía una línea que iba más allá de las figuras y escenas políticas: es la del “humor social”. Al respecto, nos referimos a una práctica comunicativa que se anclaba en los “campeonatos” que hicieron desfilar por las páginas de la revista a “mersas, caqueros, pirujas, gordis, ratitas, gente in y out”.

De esta forma, la sociedad toda podía reconocerse en aquellos arquetipos característicos de esos años e inclusive participar de los concursos eligiendo al máximo exponente de cada una de las categorías (Favero y Mosiewick, 2015).

Tía Vicenta es clausurada a poco de asumir el dictador Juan Carlos Onganía, el 17 de junio de 1966. Se argumentó la clausura por “falta de respeto hacia la autoridad y la investidura jerárquica”, específicamente por representar al presidente como una morsa.

Es posible afirmar que el reflejo más acabado de esa clase media que surgía en un proceso de movilidad ascendente fue *Mafalda*. La tira debuta en *Primera Plana* el 29 de septiembre de 1964 y luego en marzo del '65 pasa al diario *El Mundo*. Durante un período no aparece para volver a partir de 1968 en la revista *Siete Días*.

Mafalda reflejó el esplendor de la clase media durante los años 60. Su ascenso social, pese a las reiteradas crisis económicas, se reflejaba en las historias de esta familia con la compra del primer auto, las vacaciones en el mar, el cambio de casa. También fue el registro minucioso de los temas de preocupación y conversación de su sector más “intelectualizado”: psicoanálisis, sexo, feminismo, religión, Tercer Mundo, carrera espacial, Vietnam, entre otros.

Los temas que están en *Mafalda*, son los temas que estarán presentes en los libros editados durante los '60 y la primera mitad de los '70 y que serán los títulos que conformarán el record del período que estamos analizando. Ejemplo de la influencia del personaje a nivel continental es la siguiente frase de Gabriel García Márquez: “Después de leer a Mafalda me di cuenta de que lo que te aproxima más a la felicidad es la quinoterapia”.

Mafalda dejó de aparecer el 25 de junio de 1973.

Ese día salió publicado el que podría ser el testamento intelectual de Mafalda: dormida, sonriente, sueña con que el mundo está cubierto por una manifestación. En el sueño, se le aparece Susanita para decirle: Tarada, ¿tenés pesadillas y encima te reís?
(www.todohistorietas.com.ar/historiademafalda.htm)

3. 2. Vanguardias artísticas y de las otras

Un ícono de la sofisticación de una fracción de los sectores medios fue el Instituto Torcuato Di Tella, creado en julio de 1958. Significó un desafío para la experimentación de la vanguardia artística y cultural, pero también es posible verlo como un espejo en el que se reflejaban los cambios sociales y políticos de una sociedad en permanente movimiento.

Al cumplirse los sesenta años de su creación, algunos de sus protagonistas dieron testimonio sobre esa experiencia.

Fue un momento profundamente extraordinario de creación y de libertad en una época en la que te metían preso por llevar una camisa festiva o por tener el pelo largo. Era un momento de grandes dificultades a nivel político y donde había un rechazo a todo lo que fuera joven o innovador. Fue una experiencia totalmente revolucionaria, inolvidable”, recordó el artista plástico Edgardo Giménez a *Infobae Cultura* (Batalla, 2018).

El Instituto Di Tella fue desarrollando diversas apuestas estéticas, como así también proyectos de investigación, en la música, las artes visuales, las escénicas. En esa línea se ponía de relieve el *happening*, una nueva forma de representación teatral, entendida como “protesta de la sociedad contra el envejecimiento espiritual que la invade”.

Para Enrique Oteiza, quien fuera director del Instituto,

El Di Tella le dio un espacio a todo ese potencial de libertad creadora para ideas de cambio, de renovación; había una utopía romántica, que se podía transformar la sociedad en una mejor (*Ibíd*).

La radicalización política sobre finales de los 60’ influencio en las polémicas y las exposiciones que desarrolló el Instituto. Prueba de esto fue la muestra *Experiencias Visuales 68*.

Esta edición estuvo signada por un cambio profundo en la manera de entender el objetivo de la creación artística: el internacionalismo y la vanguardia, que habían sido esenciales por el ITDT, comenzaron a ser criticados y rechazados por el público, películas como *La hora de los hornos*, de Pino Solanas, planteaban, entre otras cosas, la violencia

cultural perpetrada por quienes imitaban modelos extranjeros en vez de preocuparse por los problemas nacionales (*Ibíd*).

Desde 1966 el Instituto Di Tella tenía serios problemas económicos, pero para 1969, año de su cierre, la situación era insostenible. Así describe uno de sus creadores los motivos: “La razón básica del cierre fue que estábamos gastando un millón de dólares y en ese momento no teníamos ingresos”, dijo Guido Di Tella, en el libro *El Di Tella*. (Batalla, 2018).

Sin dudas el hecho editorial más publicitado de los ´60 fue el denominado *boom* de la literatura latinoamericana, entre cuyos representantes que más se han destacado se encontraron Julio Cortázar, Jorge Amado, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, Juan Rulfo y Juan Carlos Onetti, entre otros.

En los años ´60 los autores latinoamericanos encontraron un público propio, dando lugar a un doble impacto: en la venta de esos autores y en el reconocimiento de la calidad de las producciones propias.

Si bien todavía se debate sobre sus causas, y aun si en realidad existió dicho *boom* –para Julio Cortázar, por ejemplo, este fenómeno se debió más a un vuelco de los lectores hacia los autores latinoamericanos que por apuesta de catálogos de las editoriales–, en línea con lo que venimos sosteniendo, este acontecimiento editorial es un eslabón más del creciente proceso de inclusión de nuevos sectores a los consumos culturales y a una creciente politización de las temáticas.

Seducidos por la literatura de nuestro continente y el ensayismo que daba cuenta de la creciente radicalización política, la clase media de entonces – y en especial la juventud– se creyó protagonista de la inminencia de cambios sociales significativos y, acaso sin proponérselo, se transformó en un mercado apetecible para las empresas editoriales (De Diego, 2016).

Es interesante analizar el cambio en la recepción que se daba en los lectores de los ´60: a partir de *boom* comienzan a revalorizarse obras publicadas sin éxito dos décadas antes y que son rescatadas por el nuevo público. Dos ejemplos: *Adán Buenosayres*, la novela de Leopoldo Marechal publicada en 1948, necesitó 17 años para vender esa primera edición de 3000 ejemplares. Mientras que la segunda edición, de 1966, necesito sólo 6 meses para agotar sus 10.000

ejemplares. Otro ejemplo fue *El Túnel*, de Ernesto Sábato: no obstante el escaso éxito de la primera edición de 1948, pudo lograr una venta sostenida luego de ser editada en 1961 *Sobre héroes y tumbas*. Ese carácter retroactivo del *boom* pone de manifiesto no solo el “arrastre” que trae un éxito, sino el cambio de elecciones del lector argentino.

Es inseparable para analizar este momento, el fenómeno político y cultural que la Revolución Cubana representó para todo el continente. Los encuentros de intelectuales de diversos países, los nuevos intercambios y el papel aglutinador y de construcción de nuevos referentes literarios que tuvo la revista *Casa de las Américas*.

3.3. Hacia otro quiebre

Al deterioro de las relaciones entre Illia y Ricardo Balbín, presidente de la UCRP, el gobierno sumó la derrota en las elecciones legislativas de 1965, la pérdida de la mayoría en la Cámara de Diputados, la crítica de las organizaciones empresarias y rurales al intervencionismo estatal, las políticas de control de precios, los aumentos salariales y la “inacción oficial” frente a las huelgas generales y ocupaciones de fábricas llevadas adelante por la CGT, y el malestar militar provocado por la oposición de Illia a participar en la invasión norteamericana a Santo Domingo.

El ejército, además, mostraba una ruidosa adhesión a la “doctrina de la seguridad nacional” (formulada por el Departamento de Estado en 1961), que centraba su atención en los “enemigos internos”.

En septiembre de 1965, el comandante en Jefe del Ejército Juan Carlos Onganía convocó a una conferencia de prensa para anunciar la celebración de un acuerdo con sus pares brasileños destinado a conformar una fuerza interamericana para combatir al comunismo en la región. Ese anuncio era un serio desafío a la autoridad presidencial ya que no se había consultado previamente ni a Illia ni a su ministro de Defensa, a consecuencia de lo cual Onganía fue reemplazado por el general Pascual Pistarini.

El triunfo el 29 de mayo de 1966 de la filoperonista Unión Popular en las elecciones legislativas de Catamarca el 29 de mayo de 1966 y el casi inmediato y muy contundente paro de actividades dispuesto por la CGT reclamando aumentos

salariales, inquietaron a los mandos militares. El 27 de junio el comandante Pascual Pistarini ordenó dar comienzo al plan golpista que venía preparándose desde hacía algún tiempo y que culminó a la mañana siguiente, cuando el coronel Luis Perlinger desalojó a Illia del despacho presidencial. Era el comienzo de la autodenominada “Revolución Argentina”.

4. La “Revolución Argentina”

La “Revolución Argentina” ungió al nacionalista católico Juan Carlos Onganía como presidente de facto. En su proclama, se propuso terminar con la ineficacia del gobierno civil y apostar a “la transformación necesaria para asegurar la unión nacional y promover el bienestar general” (Potash, 1994).

Onganía destituyó a los miembros de la Corte Suprema de Justicia, disolvió y confiscó los bienes de los partidos políticos e intervino los medios de comunicación y los sindicatos, lo que no impidió la presencia en su acto de asunción de dirigentes como Augusto Vandor (UOM), José Alonso (Vestido), Juan José Taccone (Luz y Fuerza) o Francisco Prado, secretario de la CGT.

Ese virtual apoyo sindical era funcional a la estrategia “integracionista” del gobierno que proponía tender ciertos lazos de negociación con algunos sectores gremiales.

Por su parte, los sectores financieros, la gran burguesía local y los capitales extranjeros y agropecuarios apoyaron ostensiblemente al nuevo gobierno.

4. 1. Desarrollo a palos

El gobierno anunció públicamente que era necesario transitar un esquema de tres tiempos: el “económico” (que facilitaría un desarrollo industrial basado principalmente en el liderazgo de las ramas productivas más modernas), el “social” (una vez conseguido el objetivo anterior se distribuiría la riqueza acumulada en ese período) y el “político” (cuando se lograra la consecución de los objetivos precedentes, se permitiría que la sociedad participara en el sistema institucional) (Rapoport, 2000).

El gobierno militar propició un pacto político entre el capital internacional, las capas más concentradas del empresariado local (urbano y rural) y los sectores medios. Ese pacto implícito intentaba consolidar las alteraciones económicas que se venían produciendo desde 1959 en favor de los capitales intensivos, de comportamientos más oligopólicos y con centro de gravedad en las empresas transnacionales (Landi, 1978).

En un principio, en el Ministerio de Economía fue designado Jorge Néstor Salimei, perteneciente al Opus Dei y dueño de un poderoso conglomerado económico compuesto por compañías que operaban en diversos rubros (frigoríficos, molinos harineros, constructoras, pesqueras, compañías de seguros, bancos), quien propuso bajar drásticamente el déficit fiscal mediante una reducción del gasto público y un aumento de la recaudación tributaria.

Las políticas de ajuste aplicadas incluyeron una profunda racionalización portuaria y ferroviaria y el cierre de once ingenios tucumanos, lo que implicó el despido de 150.000 trabajadores y la oposición de la CGT, que aprobó un combativo plan de lucha (Horowicz, 1990).

El gobierno respondió encarcelando a centenares de dirigentes gremiales, suspendiendo la personería gremial de la UOM y amenazando con la intervención de la CGT. El Comité Central Confederal de la CGT anunció la suspensión del plan de lucha el 9 de marzo de 1967.

4. 2. Krieger Vasena

Resistido por los sectores más liberales, el 3 de enero de 1967 Salimei fue reemplazado por Adalbert Krieger Vasena, quien –lejos del “desarrollismo” de su predecesor– pretendía “modernizar” la economía argentina, transformándola en una economía abierta, con sectores productivos capaces de competir internacionalmente.

El 13 de marzo de 1967 se anunció un plan económico que incluía una fuerte devaluación cambiaria (40%) y la aplicación de derechos de exportación de entre un 20 y un 25% para los principales productos agropecuarios. Simultáneamente y a fin de que la fuerte devaluación no implicara un excesivo proteccionismo, el gobierno dispuso una rebaja selectiva en los derechos de importaciones.

Los recursos apropiados por el Estado, en concepto de retenciones, permitieron incrementar las inversiones estatales en infraestructura física. El plan de obras públicas implementado produjo un notable crecimiento de la construcción durante el período 1966-1969.

La suspensión de las convenciones colectivas de trabajo implicó que las autoridades pasaran a definir unilateralmente la política salarial.

Si bien el gobierno buscaba conciliar los intereses de las clases dominantes, las fracciones más concentradas del capital industrial se transformaron en las más beneficiadas,³³ produciéndose un fuerte incremento de la extranjerización de la economía.

Las cajas de crédito cooperativas fueron puestas bajo la jurisdicción del Banco Central y se emitieron una serie de disposiciones que restringían severamente su operatoria. La ofensiva del equipo económico logró su cometido y cerca de quinientas cajas de crédito cooperativas debieron cerrar sus puertas en el período 1966-1973 (Rubinzal, *op.cit.*).

4. 3. Salarios y reforma previsional

El impacto del congelamiento de las remuneraciones nominales durante dos años fue atenuado por una leve mejora remunerativa de bolsillo debida a la reducción de los aportes destinados a la seguridad social. De todos modos, la medida no impidió la declinación de los salarios reales, dando lugar a un déficit en el sistema de previsión social (Sourrouille y Mallón, 1975).

El retraso salarial tuvo una naturaleza heterogénea ya que afectó principalmente a aquellos trabajadores de menores niveles de ingreso, sobre todo hasta finales del año 1968.

A partir de 1969, el gobierno autorizó una suba del 8% en los salarios privados y se aumentaron las asignaciones familiares, dándose comienzo a un proceso de recuperación salarial.

Krieger se propuso alentar la producción local de insumos intermedios³⁴ y de bienes de capital. Sin embargo, el fenómeno de la dependencia tecnológica –

³³ Uno de los sectores más perjudicados fueron las Pymes. Las quiebras pasaron de 1.647 en 1968 a 2.982 en 1970 (Gillespie, 1987).

³⁴ Por ejemplo se dispuso la creación de un “Fondo para el desarrollo de la producción de papel prensa y celulosa” financiado a través del cobro de un recargo del 10%, vigente desde el 1º de agosto de 1970, de las importaciones de papel.

caracterizado por la consolidación del predominio del capital extranjero en los sectores dinámicos industriales y el incremento de importación de tecnología avanzada— determinó que hubiera pocas posibilidades para ese tipo de desarrollo (Rougier y Fiszbein, 2006).

En el plano gremial, la tradicional táctica vandonista de “golpear y negociar” chocaba contra la escasa vocación negociadora de Onganía. Como señala Alejandro Schneider,

En esta perspectiva fueron madurando comisiones internas, cuerpos de delegados y activistas que —por la propia dinámica— empezaron a adoptar medidas de fuerza más profundas. En este proceso molecular se encuentran las raíces del clasismo y de las coordinadoras obreras de la década de 1970. Poco a poco, mientras crecía un claro sentimiento de rechazo a la dirigencia sindical, los distintos canales orgánicos del movimiento obrero comenzaron a convertirse —necesariamente— en instrumentos de lucha alternativos y radicalizados (Schneider, 2001).

El perfil de la sociedad argentina había cambiado radicalmente desde los comienzos del siglo. Entre 1914 y 1970, la población se había triplicado concentrándose ampliamente en los centros urbanos (casi el 80%). A su vez, el analfabetismo había bajado desde el 36% al 8,4% y la matrícula de las universidades pasó desde los 20.000 alumnos en 1930 a más de 230.000 en 1970 (Cao y Vaca, 2006).

Justamente ese estudiantado sufriría especialmente el clima oscurantista implementado por la dictadura militar.

El viernes 29 de julio de 1966, la Guardia de Infantería policial ingresó a la facultad de Ciencias Exactas reprimiendo ferozmente a estudiantes, docentes y profesores extranjeros invitados.

Seis días después, el profesor Ambrosio Warren, de la Universidad de Massachusetts escribía:

La policía exigió la evacuación del edificio anunciando que entraría por la fuerza. La gente permaneció inmóvil; entonces, entró la policía. Lo primero que escuché fueron bombas que resultaron ser gases lacrimógenos. Luego nos ordenaron a los gritos pasar a una de las aulas más grandes, donde se nos hizo permanecer de pie con los brazos en alto contra la pared. Luego,

a los alaridos, nos agarraron uno por uno y nos empujaron a la salida del edificio. Pero nos hicieron pasar por una doble fila de policías, colocados a una distancia de tres metros entre sí, que nos pegaban con palos o las culatas de sus rifles y nos pateaban rudamente en cualquier parte del cuerpo (Pigna, 2011).

El avasallamiento de la autonomía universitaria impulsó, en 1978, a investigadores de la Universidad de Buenos Aires a presentar su renuncia. En consecuencia, la facultad de Ciencias Exactas perdió al 77% de sus docentes. Como observa Alcira Argumedo, el autoritarismo de Onganía y la represión y el asesinato de manifestantes durante las protestas, habían hecho más por politizar al estudiantado que cincuenta años de Reforma Universitaria (Argumedo, 1971).

4. 4. El Cordobazo

El viernes 16 de mayo de 1969, las dos CGT convocaron a un paro general en la ciudad de Córdoba. A su vez, la CGT de los Argentinos decretó adicionalmente un estado de alerta y movilización, convocando a una huelga general para el día 23. El 29 de mayo, mientras las columnas de los trabajadores automotrices arribaban al centro de la ciudad,³⁵ se conoció la noticia de que el obrero mecánico Máximo Mena había sido asesinado. La novedad corrió como reguero de pólvora entre los manifestantes, desatando un estallido social que desbordaría completamente a las fuerzas policiales.

El “Cordobazo” no sólo hirió de muerte al oganato, eyectando de su cargo a Krieger Vasena y al ministro del Interior Guillermo Borda, sino que potenció el descontento que existía entre los círculos nacionalistas del Ejército con las políticas implementadas por el ministro de Economía.

El 29 de mayo de 1970 el hasta entonces ignoto grupo guerrillero peronista Montoneros secuestró y ajustició al general Aramburu, cuyos amigos culparon del hecho a funcionarios del propio Onganía.

4. 5. Roberto Levingston

El 8 de junio, la Junta de Comandantes obligó a Onganía a presentar su renuncia.

El 13 de junio asumió la presidencia el representante argentino ante la Junta

³⁵ Los obreros automotrices marcharon desde Santa Isabel, los empleados de Luz y Fuerza lo hicieron desde el norte de la ciudad y los estudiantes se sumaron desde el Barrio Clínicas.

Interamericana de Defensa, Roberto Marcelo Levingston, designando en el Ministerio de Economía a Carlos Moyano Llerena, ex asesor de Krieger Vasena. La situación económica había desmejorado ya que la disminución de las exportaciones y la salida de los capitales inyectaban presiones al mercado cambiario. Para Diego Rubinzal:

El primer desafío del nuevo ministro era enfrentar la suba en los precios internos de la carne que escalaban al ritmo del ascenso de los precios internacionales. Al igual que la política implementada por Krieger, Moyano Llerena devaluó la moneda (en un 15%), estableció retenciones, redujo los aranceles de importación y convocó a un nuevo acuerdo de precios (Rubinzal, *op.cit*, p. 181).

La dinámica inflacionaria obligó a relajar la pauta salarial prevista y las desavenencias entre Levingston y Moyano Llerena terminaron con la renuncia del ministro. En su reemplazo fue designado Aldo Ferrer, quien desplegó una intensa tarea destinada al desarrollo de un “nacionalismo económico” con impronta industrial. A diferencia de Krieger Vasena, Ferrer buscaba que la burguesía agraria y el capital urbano nacional ganaran posiciones en detrimento del capital monopolista.

Se introdujeron controles a las salidas de capitales y a las transacciones financieras, fueron elevados los aranceles a la importación, se aceleró el ritmo de las inversiones públicas, se implantó el control de precios sobre productos estratégicos y de consumo popular, se estableció una veda al consumo de carne para contener el incremento en los precios, se implementó un régimen de compra nacional por el cual las empresas públicas estaban obligadas a abastecerse de productos nacionales, se limitó el acceso al crédito bancario interno por parte de las firmas extranjeras, se apoyó el crecimiento de determinadas industrias dinámicas³⁶ y se reabrieron las negociaciones de los convenios colectivos de trabajo con al idea de llegar a un acuerdo que permitiera una recomposición salarial limitada para no retroalimentar el proceso inflacionario en curso.

³⁶ Ejemplos de esto fueron la construcción de una planta de aluminio en Puerto Madryn, cuya concesión fue ganada por la empresa Aluar (propiedad de la dupla Gerlbard-Madanes) y un primer proyecto de fabricación de papel de diario.

El ministro solicitó a los sindicatos que acordaran aumentos salariales del orden del 19%. Sin embargo, los acuerdos celebrados terminaron convalidando aumentos que iban del 30% al 40% (Rubinzal, *op.cit.*, p 182).

Mientras la Unión Industrial Argentina (UIA) criticaba el “estatismo” del ministro y las concesiones otorgadas al movimiento obrero (como la normalización de la CGT), los “tiempos políticos” se aceleraban y el delegado de Perón (Jorge Daniel Paladino) convocó a un diálogo plural a otras fuerzas políticas conformando un acuerdo con diversos partidos. La así llamada “Hora del Pueblo” se proponía bregar por una rápida normalización institucional “sin vetos ni proscripciones” y elaboró un proyecto económico alternativo que proponía medidas para revertir la desnacionalización de la economía.

La CGT reorganizada bajo el secretariado de José Ignacio Rucci convocó a tres paros generales en 1970 mientras continuaban las protestas sociales hasta desembocar en una pueblada producida una vez más en Córdoba: “el Viborazo”. Aduciendo que había sido renuente a cumplir la orden de reprimir, Levingston destituyó provisoriamente al general Alejandro Agustín Lanusse, cuyo ascendente sobre del ejército obligaría a Levingston a presentar su renuncia el 22 de marzo de 1971, asumiendo en su lugar el propio Lanusse.

4. 6. Lanusse

En poco más de un año, Lanusse designaría a tres ministros de Hacienda diferentes (Juan Quilici, Cayetano Licciardo y Jorge Whebe), que actuaron sobre el corto plazo ya que todos los esfuerzos gubernamentales estaban enfocados en buscar una solución a la crisis política.

Entre los problemas que presentaba la economía argentina, la inflación creciente y el deterioro de la balanza comercial estaban entre los más preocupantes.

A fin de moderar el aumento del desempleo y contener la inflación, Lanusse implementó un nuevo programa económico que incluía una política monetaria contractiva, un aumento de la presión tributaria, el incremento limitado del gasto público y acuerdos de precios con los sectores empresarios.

Entre las medidas trascendentes adoptadas por la gestión Lanusse se contaron la creación del Fondo Nacional de la Vivienda (FONAVI) y la sanción de un marco legal de promoción económica para Tierra del Fuego.

En materia política, la estrategia gubernamental era conducir una salida electoral³⁷ en el marco de un Gran Acuerdo Nacional (GAN), cuya idea rectora era “domesticar” al peronismo, neutralizando a los sectores más radicalizados.³⁸

El acuerdo al que pretendía arribar Lanusse con la totalidad de la dirigencia política comprendía: el combate a toda influencia “extremista” que alejara a la Argentina del sistema capitalista, la defensa de la “libre empresa”, respetar a las Fuerzas Armadas y no tomar represalias contra los funcionarios del régimen iniciado en 1966.

Como “muestra de buena voluntad”, el cadáver de Eva Perón fue devuelto a su viudo el 22 de septiembre de 1971.³⁹

Esos gestos conciliadores eran alternados con abiertos desafíos al líder exiliado como cuando Lanusse, en un discurso pronunciado en el Colegio Militar de la Nación (27/7/1972), planteó que tal vez “no le daba el cuero” para volver a la Argentina. Pero menos de cuatro meses después Juan Domingo Perón llegaba a Ezeiza demostrando no sólo que le “daba el cuero” sino que su capacidad de convocatoria se mantenía intacta.

Hospedado en su casa de Gaspar Campos 1065, Perón permaneció 28 días en el país y mantuvo innumerables reuniones con partidarios y adversarios en las que dejó en claro que nadie estaba en condiciones de imponerle nada y que su candidato presidencial era su delegado personal Héctor Cámpora.

4. 7. La dinámica laboral

El desarrollo de las ramas dinámicas industriales provocó el surgimiento de un mercado de trabajo diferencial a partir de finales de la década de los cincuenta.

Sostiene Rubinzal:

La concentración de mano de obra especializada en grandes unidades productivas fortaleció el poder sindical; al contrario de lo que ocurría en las ramas vegetativas en donde, al ser la fuerza de trabajo menos especializada, existía una dispersión física de los trabajadores –ya que predominaban las pequeñas y medianas empresas– lo cual dificultaba su

³⁷ El 17 de noviembre de 1971, Lanusse anunció la convocatoria a elecciones para marzo de 1973 y en enero de 1972 reconoció al peronismo como una agrupación política legal.

³⁸ El acuerdo incluía la renuncia de Perón a una candidatura presidencial, su condena al accionar guerrillero y la exigencia de que los comandantes en jefe formaran parte del gabinete ministerial del próximo gobierno.

³⁹ Evita había sido enterrada en un cementerio de Milán bajo el nombre de María Maggi de Magistris.

organización sindical. Ese fenómeno provocó una dispersión salarial a favor de los trabajadores de las ramas dinámicas (Rubinzal, *op.cit.*, p 196).

Si bien la política oficial de otorgar aumentos fijos a partir de 1969, achicó esa brecha, para Guido Di Tella,

(...) la muy fuerte capitalización del país de los años 1960 y 1961 pareció dar comienzo a un fenómeno de desocupación estructural, por haber elegido actividades y tecnologías más capital-intensivas que lo que la proporción de los factores aconsejaba para el país (Di Tella, 1970).

Por eso, el crecimiento de la inversión y de la producción no aseguraba un aumento concomitante del empleo.

No obstante, las pequeñas y medianas empresas jugaron un papel dinámico como generadoras de puestos de trabajo, y el crecimiento operado en la economía argentina a partir de 1964 generó una reducción del desempleo.

La dinámica de generación de empleo se modificó durante la década de los sesenta ya que decayó la importancia del sector industrial como generador de nuevas fuentes de trabajo.

La relación entre el empleo industrial y el total de la población ocupada había crecido del 21% al 24% entre 1925-1929 y 1945 (Ferrer, 2004).

Participación de la masa salarial en el PIB (costo de factores). En porcentaje		
<i>Período: 1955-1972</i>		
Año	BCRA	Llach-Sánchez
1955	47,68%	41,86%
1956	45,34%	39,81%
1957	43,77%	38,63%
1958	44,43%	40,19%
1959	37,73%	33,79%
1960	38,03%	33,64%
1961	40,85%	35,95%
1962	39,79%	36,00%

1963	38,85%	34,62%
1964	38,68%	34,66%
1965	40,58%	36,89%
1966	43,78%	40,54%
1967	45,51%	41,74%
1968	44,91%	41,74%
1969	44,66%	41,98%
1970	45,83%	42,92%
1971	46,54%	43,13%
1972	42,74%	39,28%

Fuente: elaboración de Diego Rubinzal a partir de Graña, J.; Kennedy, D. y Lindenboim, J. (Rubinzal, p. 190).

4. 8. Editoriales significativas

En su texto sobre la edición en los ´60, José Luis de Diego transcribe un artículo de *Primera Plana* en el que se enumeran las editoriales con mayor peso hacia el fin de la década:

Tres generaciones de editores comparten (y a veces disputan) el millonario y riesgoso negocio del libro. Son los Grandes Antiguos (sellos como Losada, Emecé, Sudamericana, Siglo Veinte, Santiago Rueda, Schapire, Sur, Troquel); la generación madura (EUDEBA, Paidós, el Centro Editor de América Latina, Jorge Álvarez), y una generación recién llegada a la que asoman Galerna, Brújula, De la Flor, Carlos Pérez, ETCO, Del Candil (...). A la cabeza del pelotón marcha el primero de los Grandes Antiguos que supo modernizarse a tiempo: Sudamericana (De Diego, 2016).

Analizaremos, sintéticamente, una editorial por generación, según la precedente clasificación.

Sudamericana

Como ya consignamos anteriormente, fundada en 1939 por Antonio López Llausás junto a Julián Ugoiti, constituye, en sus orígenes, una típica empresa familiar en la que la dirección pasa de una generación a otra. A Antonio lo reemplaza su hijo Jorge y luego su nieta Gloria.

En 1970 ya contaba con un catálogo de 1500 títulos, en el que, hasta mediados de los 40, casi no figuraban autores argentinos. Durante los gobiernos peronistas, Sudamericana abre, “preventivamente”, sucursales en México (Hermes) y en España (Edhasa). Y es a partir de 1955 que empieza a contar con la asesoría literaria de Francisco Porrúa, quien imprime una nueva dinámica a la búsqueda y edición de nuevos autores en lengua española, siendo los casos más significativos Cortázar y García Marquez. De este último, durante 1967 (año de su primera edición) se llegan a vender 150 mil ejemplares de *Cien años de soledad*. De igual manera, en 1969 se llevaban vendidos más de un millón de ejemplares del libro de Dale Carnegie *Como ganar amigos*.

Gloria López Llovet de Rodríguez, así describe la personalidad de Francisco Porrúa:

Porrúa era muy obsesivo con la calidad del libro: hasta que no estaba perfecto, no salía. Por ejemplo la traducción de Tolkien, el hoy famoso libro *El señor de los anillos*, tardó once años; se le vencía el contrato, se lo renovaban, porque les enviaba lo que iba haciendo y como era de una calidad notable le aceptaban la demora. Me acuerdo que el *I Ching* de Richard Wilhelm, también tardó siete años en ser traducido por D. J. Volgelmann. Eran otros tiempos en los que se podía esperar, se esperaba que el libro estuviera bien traducido y bien editado, no había esta dinámica de urgencias que rige hoy en día (De Sagastizábal, 2015).

Jorge Álvarez.

Con un perfil diferenciado de los grandes sellos, tenemos esta editorial, que sólo funcionó ocho años, a cargo de un personaje de la cultura que supo producir una marca en la producción editorial, musical y de la lengua.

Álvarez tuvo la capacidad de interpretar el espíritu de la época, de convertirse en un editor-faro seguido por sus lectores y requerido por los escritores. Un príncipe del Renacimiento, lo llama Julia Constenla (Mosquera, 2006).

Álvarez, que había hecho su experiencia trabajando en la librería jurídica De Palma, se lanza a un proyecto propio y en 1963 abre la librería- editorial en la calle Talcahuano 485. Al poco tiempo logra nuclear alrededor del proyecto a un

grupo de grandes talentos, entre los que se encontraban, entre otros, Rodolfo Walsh, “Piri” Lugones, Rogelio García Lupo, Julia Constenla, Daniel Divinsky, Guillermo Schavelzon.

Revisar su catálogo y leer a los autores que allí publicaron nos permitiría entender el *Weltanschauung* de esa época: Alejo Carpentier, Mario Benedetti, Germán García, Pedro Orgambide, Manuel Puig, Paco Urendo, David Viñas, Vicente Batista, Oscar Masotta, Rodolfo Walsh, Roland Barthes. “Al decir de Constenla, ‘todo lo que importaba intelectual, cultural y artísticamente en Buenos Aires, pasaba por lo de Jorge Álvarez’” (Mosquera, 2006).

Logró importantes éxitos, como el libro de Ricardo Rojo, *Mi amigo el Che*, que vendió 30 mil ejemplares, o la colección *Crónicas*, dirigida por Constenla, antologías reunidas bajo títulos temáticos, *Crónicas del amor*, *Crónicas del pasado*, *Crónicas de la burguesía*, *Crónicas de América*, de la que se vendieron 400 mil ejemplares.

Para Guillermo David, Jorge Álvarez auspicia el surgimiento de un nuevo “lenguaje”.

El habla plebeya de una nueva generación de escritores –los hijos del peronismo clásico– hacía su ingreso con potestad irreverente en la literatura de consumo masivo a través de los libros que publicaba bajo el auspicio –y el riesgo– de su nombre” (De Diego 2016, op.cit).

Sobre finales de la década Álvarez funda el sello discográfico Mandioca, en el que editaran sus discos, entre otros, el trío Manal, Vox Dei y Miguel Abuelo.

De La Flor y Siglo XXI.

Creada en 1967 por Daniel Divinsky y Kuky Miller, De la Flor se verá beneficiada por una situación accidental que le marcará un rumbo: el conflicto entre el popular dibujante Joaquín Lavado (Quino) y el editor Jorge Álvarez por falta de pago derivó en que el sexto volumen de *Mafalda*, fuera editado por De la Flor, que acabará vendiendo 200 mil ejemplares. Fue un sorpresivo éxito, al igual que *Paradiso*, primera novela y obra maestra del cubano José Lezama Lima que, publicada en 1966, se agotó en una tarde.

Fue también relevante el papel jugado por Siglo XXI, editorial con sede en México. Al respecto, sostiene Gustavo Sorá:

Sin lugar a dudas, Siglo XXI dominó la edición de obras de vanguardia, de ciencias sociales, de política y parcialmente de literatura entre, al menos, 1965 y 1975. Una acción editorial que, gracias a la singularidad de sus capitales de origen y al trabajo articulado en un triángulo de subsidiarias asentadas entre México, Madrid y Buenos Aires, tuvo efectos sobre toda América Latina. Fue, tal vez, la última batalla por establecer una cultura común y universal entre lectores de naciones periféricas (Sorá, 2008).

Para contextualizar este período, resultan interesantes las definiciones de algunos de sus actores. Es el caso de Hugo Levín que fue presidente de la Cámara Argentina del Libro y de la Fundación el Libro y director propietario de la librería y distribuidora Galerna.

Levín comienza con “el libro” en los 60’ como vendedor de una “sala” de venta de libros a domicilio. En el 68’ se incorpora a Editorial Planeta, con la tarea de organizar la venta de sus catálogos en librerías, cosa que hasta ese momento la editorial con sede en España no hacía, limitándose a la venta a domicilio. Poco después, la editorial le encomienda esa misma tarea en varios países de Latinoamérica.

En la entrevista realizada describe la mutación (de Planeta y Sudamericana) de empresas con estructuras familiares a los conglomerados de perfil multinacional que ostentan actualmente. Un ejemplo grafica la distancia de época y de recursos: en 1970 gana el Premio Planeta en España el libro *La cruz invertida*. Lo sorprendente es que Levín recibe un llamado de Lara, dueño de Planeta, quien le pide que intente contactar al autor de dicha obra, Marcos Aguinis, ya que la editorial no tenía datos para ubicarlo. Levín que tampoco los tenía, debe recurrir a varios conocidos para, por fin, llegar a Río Cuarto, Córdoba, para darle la noticia al flamante ganador.

Este episodio da cuenta de un momento importante para el crecimiento de Planeta, ya que las muy buenas ventas de esta obra en el mercado local fueron un importante estímulo para encarar ediciones fuera de España. Pero también muestra la fragilidad con que se desarrollaba el sector editorial en esa década.

Otra “curiosidad” en relación a los orígenes de Planeta en el país es la confirmación que hace Levín de lo que Manuel Pampín relata a Jorge Lafforgue:

En ese momento (fines de los 60´) el gobierno español quería recuperar el mercado perdido y comenzó a apoyar la recuperación dando grandes reintegros a los editores: vos exportabas, despachabas libros, a cambio te daban muchísima plata. Entonces llenaros el continente de libros. El negocio era el reintegro y no la venta. Fue cuando Planeta se hizo Planeta” (Lafforgue, 2017).

Levín asegura haber conocido, de manera directa, una situación en la que llegaron al país “toneladas” de libros invendibles, que Planeta enviaba para cobrar en España el reintegro a la exportación. Veremos que cuando ese beneficio se implementa en los 70´en la Argentina ocurren “irregularidades” similares. (Entrevista Hugo Levín 06/18)

4. 9. Lejos de un nuevo record.

Para entender los topes de edición a los que se llega en los primeros años de la década del 70, insistimos en la importancia que tuvo el proceso de politización que vivió la Argentina en los ´60. La cantidad y variedad de ediciones de contenido social, político histórico dan cuenta de lo que correctamente sostienen Díaz y Dujovne:

El período que va de 1959 a mediados de la década de 1970 puede ser interpretado bajo la noción de “época”, entendiendo a ésta como el campo de posibilidad de existencia de un sistema de creencias, de circulación de discursos y de intervenciones” (Díaz y Dujovne, 2006).

La década de los 60´consolida un mercado interno, abre espacios a autores latinoamericanos en sus catálogos, incluye nuevos públicos lectores. Pero como se verá en la tabla siguiente, sacado el promedio de edición de toda la década, el número es menor a los 24 millones de ejemplares por año, vale decir, menos de la mitad de los editados en 1953.

Año	Total de títulos	Total de ejemplares	Tiraje promedio
1953	4610	50.912.597	11040
1954	3185	27.230.479	8549
1955	2617	21.948.402	8386
1956	4610	18.290.273	7551
1957	2530	17.908.234	7078
1958	2623	14.950.999	5471
1959	3701	31.809.006	8594
1960	4063	34.825.152	8571
1961	3874	18.032.447	4654
1962	3323	17.565.484	5286
1963	3989	29.307.954	7347
1964	3319	19.305.266	5813
1965	3556	19.008.382	5345
1966	3738	22.301.654	5966
1967	3705	25.030.492	6755
1968	4185	29.609.217	7075
1969	4554	22.677.915	4979

Fuente: Pierre Lagarde, *La politique de l'édition du livre en Argentine*

4. 10. Una confusión esclarecedora

Como cierre de este período de la “Revolución Argentina” quiero referirme a un hecho que se ha prestado a muchas confusiones y que tiene un significado interesante de analizar: la primera Ley del Libro que lleva el número 20.380 y que se sanciona en 1973.

Se trata de una ley muy buena y es común asociarla al gobierno de Héctor Campora, pero ocurre que este presidente asume el 25 de mayo de 1973 y la ley es publicada el 15 de mayo de ese año. Es decir, diez días antes de la asunción del nuevo gobierno. No sale de ningún proyecto del inexistente poder legislativo,

sino que lleva la firma de Lanusse, Rey y Coda, que eran los Comandantes en Jefe de las tres Fuerzas Armadas y que detentaban la suma del poder.

¿Diez días antes de dejar el gobierno? No fue una excepción, una semana antes de dejar el poder promulgaron otras leyes, de apuro: impuesto al juego; del servicio militar que pasa a los 18 años la edad de incorporación de los conscriptos; reducción del impuesto a las entradas al cine y reforma en el código procesal civil y comercial. Habrá sido para cumplir con compromisos asumidos o para cumplir con la historia, lo cierto es que la Ley del Libro era buena. Analizaremos algunos puntos sobresalientes y más adelante la compararemos con la ley que la sustituye en el año 2001 y que a nuestro entender son una muestra de las diferencias de época.

La primera Ley del Libro comienza definiendo como libro argentino “al impreso y editado en Argentina” (definición que ya no volverá a aparecer en otras leyes posteriores). Y se propone como objetivos:

- recuperar la potencia exportadora del sector.
- Estimular las obras de autores argentinos.
- Mejorar la distribución especialmente en el interior del país.
- Reequipamiento de la industria gráfica.
- Lograr un adecuado tratamiento impositivo.

Entre las propuestas más significativas figuran:

- Eximir de todo gravamen a las exportaciones de libros.
- Grava la importaciones de libros en castellano cuyo proceso gráfico se haya realizado en países cuyo idioma parlante no es el español.
- Tarifa postal reducida.
- Crea un impuesto de promoción del libro argentino. Es un gravamen del 5 % del precio del libro vendido que aportan el 75 % los editores y el 25 % las empresas gráficas. Este fondo debería reunir el dinero equivalente al 10 % del total de la producción de libros del año anterior. Si con el gravamen del 5 % no se alcanzase esta cifra, con fondos del tesoro nacional se completaría lo que faltase. El total de lo recaudado lo administrarían bancos oficiales con el objetivo de otorgar créditos blandos y otros apoyos financieros al sector.
- Propone controlar las ediciones para preservar los derechos de los autores.

- Crea un consejo consultivo, compuesto por autores, editores, gráficos y comercializadores de libros.

Esta ley nunca se reglamentó, ni se ejecutó, pero muestra una mirada industrialista de corte nacionalista, que entiende al sector editor como un sistema necesariamente articulado en su cadena de valor.

5. El retorno de Perón

El virtual veto oficial a la candidatura de Perón lo obligó a postular a su delegado personal, el odontólogo Héctor Cámpora, quien se impuso con el 49,59% de los votos.

A su asunción el 25 de mayo de 1973 concurrieron los presidentes de Cuba, Osvaldo Dorticós, y de Chile, Salvador Allende, lo cual marcaba un tono de época muy particular. Más de un millón de personas colmaron la Plaza Congreso, la Plaza de Mayo y la avenida de Mayo a lo largo de catorce cuadras (Gillespie, 1987).

Además de liberar a los presos políticos, el gobierno derogó una serie de leyes, disolvió un organismo de inteligencia interna –la DIPA (Dirección de Investigaciones Políticas Antidemocráticas)– y restableció relaciones diplomáticas con Cuba, Vietnam del Norte, Corea del Norte y Alemania Oriental.

Los sectores de izquierda del peronismo, fundamentalmente aglutinados en torno a una convocante Juventud Peronista hegemonizada por los Montoneros, accedieron a importantes cargos en la estructura estatal nacional y provincial y contaron con ocho diputados electos.

Si bien los Montoneros abandonaron sus acciones militares ni bien se produjo el triunfo de Cámpora, la guerrilla del ERP continuó con su política de hostigamiento. La breve presidencia de Cámpora estuvo marcada por el entusiasmo de la rama juvenil, la violencia de la ultraizquierda y el sabotaje de la derecha peronista.

El 20 de junio, Perón regresó definitivamente a la Argentina.

Los millones de personas que acudieron al aeropuerto de Ezeiza a recibirlo vieron frustrados sus planes cuando sectores vinculados a la derecha peronista, que se

habían adueñado del palco, lanzaron un feroz ataque contra las columnas pertenecientes a la Juventud Peronista.

Los incidentes obligaron a desviar el avión a la Base Aérea de Morón. Al día siguiente, Perón advirtió en una conferencia de prensa a “los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro Movimiento o tomar el poder que el pueblo ha reconquistado”.

Era el principio del fin del gobierno camporista que apenas había durado 49 días. La renuncia de Héctor Cámpora se efectivizó el 13 de julio, asumiendo en su lugar el presidente de la Cámara de Diputados y yerno de José López Rega, Raúl Lastiri.

Las renuncias de Cámpora y Solano Lima allanaron el camino para cumplir las promesas electorales (“Cámpora al gobierno, Perón al poder”) y convocar a nuevas elecciones presidenciales.

El 11 de septiembre de 1973, la fórmula Juan Domingo Perón-Isabel Perón arrasó en las urnas obteniendo el 61,85% de los votos. Por su parte, la oferta radical compuesta por la dupla Balbín-De la Rúa apenas obtuvo algo más del 24%.

El asesinato del líder cegetista José Ignacio Rucci, a dos días del aplastante triunfo electoral justicialista, fue leído como un desafío al liderazgo interno de Perón. Aunque ninguna organización se adjudicó abiertamente ese atentado, todas las miradas se dirigieron hacia los Montoneros.

El 12 de octubre, Perón asumió por última vez la presidencia argentina.

El proyecto político-económico peronista se sustentó en una alianza (el Pacto Social) conformada entre los sectores de la pequeña y mediana burguesía local (representada por la CGE) y los trabajadores (a través de la CGT). La novedad de este proceso histórico era que por primera vez la gran burguesía dejaba de ser parte de la alianza gobernante.

El elegido para conducir el Ministerio de Economía fue el empresario José Ber Gelbard, *alma mater* de la CGE, quien impulsó la elaboración de una detallada planificación estratégica económica (el Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional) dada a conocer a la opinión pública a fines de 1973.

El Plan fue redactado por cuadros técnicos integrantes del plantel estatal, fundamentalmente por los funcionarios del Instituto Nacional de Planificación (INPE), y establecía ambiciosas metas como, por ejemplo, un crecimiento

económico y un incremento real de las remuneraciones a una tasa cercana al 7,5% anual.

Para Diego Rubinzal, el Plan alcanzó resultados positivos durante el primer año de gobierno.

El crecimiento económico, la estabilidad de precios y la mejoría en las cuentas externas –sostenida por el crecimiento de los precios internacionales agropecuarios que se venía dando desde 1972– le brindaron un adecuado sostén a la política redistributiva gubernamental (Rubinzal, *op.cit.*).

En materia cambiaria, el objetivo del equipo económico era establecer tipos de cambio variables de ajuste periódico⁴⁰ de forma tal que eso permitiera sostener los niveles de exportaciones manufactureras. Sin embargo, los tipos de cambio permanecieron congelados durante toda la vigencia de la gestión Gelbard y las exportaciones industriales se vieron desalentadas por la sobrevaluación del tipo de cambio real a pesar de todas las políticas de promoción implementadas oficialmente (Rubinzal, 2015).

No obstante, las exportaciones industriales llegaron a representar el 20% del total, fundamentalmente asentadas en las ventas realizadas por compañías controladas por el capital extranjero, como eran los establecimientos automotores, productos metalúrgicos y maquinaria y material eléctrico.

De todos modos, sostiene Mario Rapoport, “en 1973 las exportaciones agropecuarias crecieron un 86% debido al alza de los precios de la carne y de los cereales y a una cosecha récord interna de granos (Rapoport, 2000).

Los auspiciosos resultados obtenidos durante el primer año de gobierno fueron acompañados de un persistente déficit público que obligó a su financiación vía emisión monetaria.

A partir de octubre de 1973, el país sufrió los efectos del alza de los precios internacionales del petróleo ya que, a pesar de que la explotación petrolífera interna había permitido reducir la participación del petróleo importado, no sustituyó por completo el abastecimiento externo.

⁴⁰Existían distintos tipos de cambios múltiples con fuertes regulaciones estatales. La moneda local arribó a la década de los años setenta apreciada respecto al dólar estadounidense, si se la comparaba con los valores vigentes durante la posguerra, ya que el ritmo devaluatorio había crecido (durante los veinticinco años posteriores a 1948) por debajo de la inflación interna (Vitelli, 1999).

El relajamiento en los controles de precios, destinado a remediar algunos desequilibrios producidos en la estructura de precios relativos, fue resistido con éxito por los sindicatos, que lograron frenar esa medida.

La imposibilidad política de autorizar esos aumentos obligó al gobierno a compensar a los sectores empresariales con un subsidio cambiario consistente en la implementación de un tipo de cambio especial para la importación de 300 insumos (Rougier y Fiszbein, 2006).

La muerte de Perón y la posterior renuncia de Gelbard terminaron por enterrar la estrategia económica plasmada en el Plan Trienal.

5. 1. La distribución del ingreso

El Plan Trienal se propuso incrementar la participación asalariada en el ingreso en igual medida en que se había hecho en los anteriores gobiernos peronistas, para lo cual se impulsó una recuperación salarial progresiva, de manera de morigerar las pujas distributivas entre empresarios y sindicalistas.

El 8 de junio de 1973 se firmó un acuerdo entre el gobierno, los sindicatos y los industriales en el que se estableció un aumento salarial inicial del 20% y un compromiso empresarial de no aumentar los precios, congelados a valores vigentes antes de marzo. El resultado fue la reducción en los precios de una gran cantidad de bienes de consumo, en un porcentaje que varió del 7% al 20%. En adición a esto se promulgó una ley de control de alquileres y la sanción de dos leyes importantes para los trabajadores: la de Asociaciones Profesionales y la de Contrato de Trabajo.

La Ley de Contrato de Trabajo garantizó conquistas obreras como la indemnización por despido, el acceso sindical a la contabilidad de las empresas y el derecho a medidas que aseguraran la salubridad en las instalaciones de trabajo, entre otros puntos. También se sancionaron nuevas leyes de jubilaciones y de salud extendiendo los beneficios del régimen jubilatorio solidario y centralizando el sistema de salud.

La participación de los asalariados en el PIB mostró una sustancial mejora durante el primer año de vigencia del Pacto Social.

Desde finales de la década de los 60 los salarios reales venían creciendo a un ritmo mayor que el incremento de la productividad, disminuyendo los márgenes de

rentabilidad empresarial, de manera que, entre 1969 y 1974, mientras los salarios reales crecieron un 31,1%, la producción apenas se expandió un 14,6% (Arceo, 2008).

Evolución de los salarios reales	
<i>Base 1973 = 100</i>	
Año	Salarios reales
1972	97
1973	100
1974	109,2
1975	105,6

Fuente: Diego Rubinza.

La política gubernamental de mejoramiento de la distribución funcional del ingreso se enfrentó en los años siguientes a los nuevos límites impuestos por las mutaciones producidas en la estructura económica argentina desde 1955.

Así, en opinión de Rubinza, los salarios reales y la participación asalariada en la distribución funcional del ingreso retrocedieron intensamente a partir del segundo semestre de 1975.

La muerte de Perón hirió de muerte al Pacto Social y a uno de sus principales impulsores: José Ber Gelbard, que comenzó a ser hostigado el ministro de Bienestar Social José López Rega

Mientras que para los grupos más radicalizados de la izquierda peronista y no peronista, Gelbard era un “reaccionario”, el *establishment* lo consideraba un hombre “peligroso” (Leyba, 2003).

Gelbard no solamente se fue quedando sin apoyo interno, sino que también comenzó a desgranarse su base de sustentación externa.⁴¹ Las capas del empresariado local que inicialmente habían apoyado su gestión, comenzaron a distanciarse de la conducción económica a raíz de la caída de su tasa de rentabilidad.

⁴¹ De por sí, la gestión Gelbard era resistida desde sus inicios por los sectores agroexportadores y las empresas transnacionales.

La cúpula sindical, por su parte, también le retiró su apoyo y Alfredo Gómez Morales renunció a la presidencia del Banco Central en desacuerdo con la política monetaria expansiva.

El 21 de octubre de 1974, José Ber Gelbard presentó su renuncia.

Antes de su despedida del escenario político, Gelbard anunció la nacionalización de las estaciones de servicio pertenecientes a Esso y Shell, así como la de cinco bancos extranjeros y la anulación de los contratos que había contraído la empresa telefónica estatal con las compañías Siemens y Standard Electric.

“El alejamiento de Gelbard significaba mucho más que un recambio ministerial; con la salida del mentor de la CGE se abrían las compuertas para un pensamiento económico alejado del espíritu industrializador” (Rubinzal, *op.cit.*).

5. 2. Clima de época y nuevo record

Horacio García, dueño de editorial Catálogos, representante de Siglo XXI y presidente de la Fundación El Libro entre el 2006 y el 2010, nos dice en una entrevista:

Con Onganía había problemas con la libertad de expresión, pero ya con Lanusse circulaba de todo. Habían empezado a aparecer editoriales de izquierda como La Rosa Blindada de José Luis Mangieri.(...) Recuerdo que en esa época trabajaba en la calle Corrientes y la gente venía y compraba cinco o seis libros. Por ahí éramos cuatro en la librería y no dábamos abasto. Dos en la caja, uno en el medio y otro en la punta. Eso sucedía porque si lo pensás, Argentina tenía salarios europeos y la desocupación prácticamente no existía (García, Horacio, entrevista).

Si bien el gobierno de Lanusse había sido permisivo en temas culturales, en el año 1973 se produjo una fuerte apertura en cuanto temáticas y expresiones artísticas y culturales.

En su edición del 24 de mayo de 1973, un día antes de la asunción del nuevo gobierno, el suplemento del diario *Clarín* “Cultura y Nación” publica el listado de las obras más vendidas de no ficción:

1. *La venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, publicado por Siglo XXI.
2. *Argentina de Perón a Lanusse*, de Felix Luna, publicado por Planeta.
3. *Peronismo y socialismo*, de Juan José Hernández Arregui, publicado por Hachea.

En el mismo número de ese suplemento aparece una nota de Hector Agosti sobre José Ingenieros. En la sección “Espectáculos” se anuncia el estreno de la película de Leonardo Favio *Juan Moreira*. También se informa sobre el estreno de la nueva obra de David Viñas, *Tupac Amaru*

En esa misma edición hay un aviso de Casa Scioli en el que ofrecen un televisor Noblex en cuotas de \$166, el equivalente al valor de diez ejemplares del libro *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sábato que costaba \$ 16.

En el cuadro siguiente, según el Registro Nacional de Derecho de Autor, veremos la evolución de la producción editorial desde los inicios de la década. Se percibe un significativo crecimiento de la producción con la llegada de la democracia: entre 1972 y 1974 hay un incremento del casi el 60 %. En este último año se llega a igualar el record de 1953 con cifras cercanas a los 50 millones de ejemplares y con un tiraje promedio de cifras que hoy parecen de ensueño, de más de 10 mil ejemplares.

Año	Total de títulos	Total de ejemplares	Tiraje promedio
1970	4689	31.482.833	6714
1971	4624	29.281.228	6318
1972	4639	30.880.480	6656
1973	4286	38.208.983	8914
1974	4906	49.640.619	10118
1975	5096	41.206.804	8086

Junto al desarrollo editorial también la producción de películas nacionales marca cifras significativas: en 1973 se estrenan 39 y en 1974 la cifra es de 40

películas hechas en el país. Entre ellas: *Boquitas Pintadas*, *Quebracho*, *La Patagonia Rebelde* o *La tregua*. Esta última fue la primera película latinoamericana nominada para el premio Oscar de La Academia del Cine norteamericana.

Cabe señalar dos hechos significativos en relación a la vida universitaria: La Universidad de Buenos Aires pone al frente de EUDEBA a Rogelio García Lupo y a Arturo Jauretche, que reflatan a la editorial del letargo en que había sido sumida desde 1966. Un ejemplo es el lanzamiento de la colección *América Latina Libre y Unida*, que logra vender 700 mil ejemplares en dos meses.

El otro hecho relevante es la promulgación de la ley 20.654 que consagra el ingreso irrestricto y la gratuidad de las universidades, así como el gobierno tripartito de docentes, no docentes y estudiantes.

5. 3. Las políticas activas

La industria editorial de capital nacional se benefició con tres leyes: Funcionamiento de las PYMES (20.568), Promoción industrial (20.560) y Producción Nacional (20.545), que en su artículo primero postula:

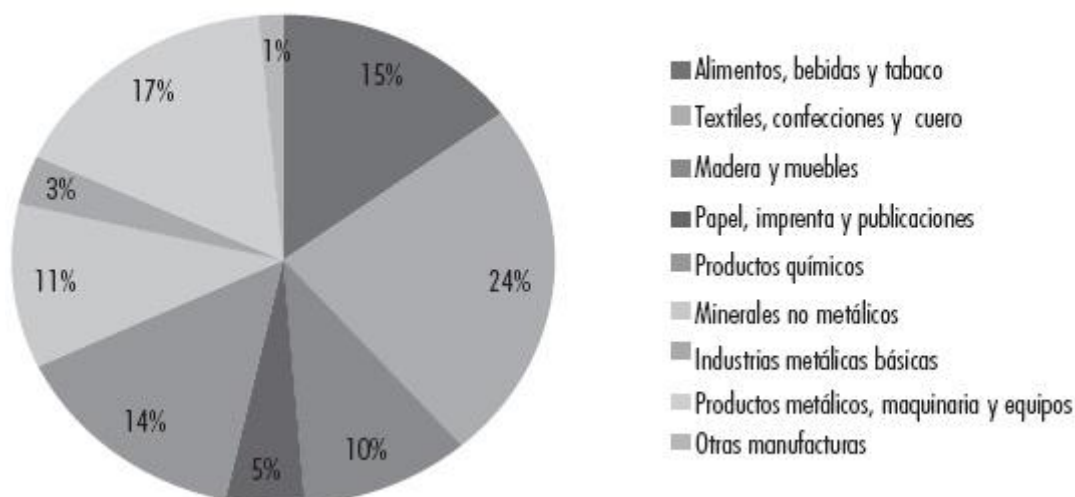
La protección al trabajo y a la producción nacional comprende todos los procedimientos fiscales arancelarios tendientes a fortalecer la producción por empresas de capital nacional con el fin de terminar con la dependencia cultural, tecnológica y económica del país.

Una de las normas de protección y fortalecimiento de sectores de la industria nacional fue la política de reintegros a las exportaciones. El editor recibía por parte del Estado un porcentaje cercano al 30 % del monto de la exportación que realizaba, lo que implica, en los hechos, disminuir sustancialmente el costo del bien exportando, permitiendo mejores condiciones de precios para ganar mercados.

El sistema funcionó como estímulo a las exportaciones y también fue utilizado espuriamente por editores que –al igual que habían hecho en la década anterior grandes editoriales españolas– exportaban cualquier cosa con tal de cobrar el reintegro. Esto generó un escándalo que llevó a prisión a algún editor inescrupuloso y desvirtuó el beneficio.

El siguiente cuadro elaborado por Cecilia Vitto (Vitto, 2012) muestra la participación del sector de la impresión y la edición en los planes de fomento.

Gráfica 3. Proporción de proyectos con promoción presentada entre 1973 y marzo de 1976 en el marco de la Ley 20.560 que fueron aprobados entre 1973 y 1983, según divisiones industriales (en porcentajes)



Fuente: Elaboración propia con base en Azpiazu (1986).

Para explicarnos este nuevo record, debemos incluir las razones económicas y sociales: crecimiento de la economía y mayor poder adquisitivo de la población, junto a políticas activas hacia el sector.

Hay dos factores diferenciales del record del '53: la mayor profesionalización del sector, con mayor oferta de editoriales y librerías y una intensa demanda de literatura política y social, que fue a la vez cubierta y generada por los sellos aparecidos a lo largo de los 60' y el primer quinquenio de los '70.

Vale recordar lo ocurrido con *Historia de la Argentina* de Ernesto Palacio. Como se ha citado anteriormente, el editor se veía obligado a reeditar la obra semanalmente, ya que se agotaba casi de inmediato.

5. 4. El final

En septiembre de 1975 las reservas internacionales se encontraban en un punto crítico. El nuevo ministro de Economía Antonio Cafiero gestionó ante el FMI y el Banco Mundial un préstamo de 820 millones de dólares. Si bien el nuevo ministro consiguió desacelerar el ritmo inflacionario, redujo la desocupación y contuvo la

recesión, la actividad económica estuvo lejos de mostrar un repunte y la crisis fiscal siguió siendo profunda (Rougier y Fiszbein, 2006).

El virtual fracaso del minipacto social impulsado por Cafiero derivó en su renuncia el 3 de febrero de 1976 y en la asunción del hasta entonces presidente del BCRA, Emilio Mondelli, quien adscribía ideológicamente a los lineamientos trazados por la ortodoxia económica y era un enemigo declarado de la ley de inversiones extranjeras impulsada por Gelbard. Sus medidas siguieron el recetario clásico del ajuste: devaluación, incremento de las tarifas de combustibles y servicios públicos y fijación de topes a los aumentos salariales.

La inflación anualizada llegada al 1.000% y, en el primer trimestre de 1976, el déficit fiscal representaba el 13% del PIB.

El final del gobierno estaba cerca y la presidenta jugó la última ficha disponible: adelantar el llamado de elecciones generales para octubre de 1976.

Ya no habría tiempo.

Capítulo 5

1976 / 2014. Muerte y Resurrección

1. El horror. 1976-1981

El golpe contra el gobierno de Isabel Martínez de Perón el 24 de marzo de 1976, apoyado con entusiasmo por los principales agrupamientos empresariales, fue el primer paso para reemplazar al modelo industrialización por sustitución de importaciones por un patrón de acumulación cualitativamente diferente.

El presidente de Consejo Empresario Argentino (entidad aglutinante de las empresas industriales, financieras y rurales más relevantes),⁴² José Alfredo Martínez de Hoz, se convirtió en el nuevo ministro de Economía.

Las políticas implementadas por la dictadura militar liquidaron los pilares de sustentación de un proceso industrializador que había registrado importantes avances y que, aun de presentar algunos síntomas negativos (retraso tecnológico, escasa vocación exportadora), tenía varios logros para destacar: el PIB se había incrementado 2,4 veces, en el período 1952-1974, estableciendo las bases de un importante entramado productivo.

Según Diego Rubinzal

En la década previa al golpe militar, la economía argentina había crecido once años consecutivos a una tasa media anual del 5,6% y la industria a un 7,1%. Aunque las exportaciones industriales se mantuvieron en niveles relativamente modestos, experimentaron un fuerte crecimiento pasando a representar alrededor del 20% del total en 1975, cuando solamente eran el 3% en 1960 (Rubinzal, *op.cit.*).

Durante la sustitución de importaciones, algunas empresas locales de gran tamaño, las multinacionales y las públicas llegaron a contar con departamentos de desarrollo de productos propios, los cuales incluyeron la actividad proyectual (Katz y Kosacoff, 1998).

⁴² Entre los miembros del Consejo Empresario Argentino se contaban: Sociedad Rural Argentina, Alpargatas, Ducilo, Duperial, Bunge y Born, Acindar y Astra.

Los cambios en la composición de la oferta exportadora, la evolución del endeudamiento externo (público y privado) y el avance en la integración industrial mostraron que el esquema de sustitución de importaciones se encontraba muy lejos de estar agotado. Por el contrario, el proceso de industrialización exhibió una ostensible consolidación y parecía estar superando su principal restricción (la externa).

Eduardo Basualdo sostiene que la sistemática expansión de las exportaciones industriales preanunciaba la posibilidad de poder llegar a superar la tradicional capacidad de veto de la oligarquía agropecuaria pampeana al crecimiento industrial.

Pero la política económica implantada por la dictadura desplazó al sector industrial del centro de la economía. El cambio del modelo de acumulación de capital se asentó en un nuevo paradigma que sostenía la necesidad de insertarse internacionalmente a partir de las ventajas comparativas naturales disponibles. El nuevo régimen de acumulación tendría un fuerte centro en la valorización financiera, marcando el comienzo de una ofensiva inédita contra los trabajadores. Para Arceo y Basualdo, durante el modelo de sustitución de importaciones

... la disminución de las remuneraciones de los trabajadores, el aumento del desempleo y la inequidad distributiva estaban limitados estructuralmente, porque si bien los salarios constituían un costo empresario, también eran un componente esencial de la demanda interna (Arceo y Basualdo, 1999).

El nuevo modelo prescindiría de esta limitación, para lo cual se saldría de un nivel de represión sin antecedentes en nuestro país.

Los ejes centrales del plan de José Alfredo Martínez de Hoz fueron:

Privilegiar el mercado como asignador de los recursos.

Restringir la participación estatal en la economía.

Reducir el déficit fiscal con un conjunto de medidas (reducción del gasto público, racionalización de personal, aumento de la recaudación tributaria).

Frenar la inflación.

Equilibrar las cuentas externas.

Este nuevo patrón de acumulación transformaba al salario en un costo que debía reducirse, a efectos de mejorar la competitividad internacional, en contraposición al rol dinamizador del mercado interno que había tenido durante las décadas anteriores.

Eso provocó una radical modificación de la estructura de precios relativos, descargando el peso del ajuste sobre los asalariados (con un deterioro del salario real del 37%), mientras se trataba de compensar los impactos negativos sobre el sector empresario.

En el ámbito industrial, los salarios decayeron algo más de un 30%, mientras que la productividad crecía un 40%.

Los excedentes derivados de esa mayor productividad no necesariamente eran apropiados en su mayoría por los capitalistas industriales. En muchos casos, el crecimiento de los costos fijos (por ejemplo, debido a la existencia de una mayor capacidad ociosa) y las elevadas tasas de interés reales vigentes permitían suponer que el nivel de ganancias netas de las firmas manufactureras no se vería sustancialmente alterado, a pesar del incremento en la tasa de explotación de la mano de obra.

El retroceso de la participación asalariada en el ingreso nacional revistió proporciones catastróficas durante 1976, ya que se produjo una caída del 35,8% con respecto al ya reducido nivel de 1975 (Graña, 2007).

La destrucción de la industria como eje articulador de las relaciones económicas y sociales de la Argentina tuvo como objetivo desestructurar los nudos de la conflictividad social del país. Como señaló Adolfo Canitrot, la idea subyacente era que en adelante las Fuerzas Armadas no se vieran obligadas a recurrir a la represión: dicha tarea le sería asignada al mercado (Kulfas y Hecker, 2008).

1. 1. Segunda etapa

La asunción de Roberto Viola en octubre de 1980 generó algunas expectativas distintas en materia económica y política.

El ministro de Economía Lorenzo Sigaut entendía que el tipo de cambio atrasado era un verdadero problema y que la crisis financiera había marcado el fracaso de la política de estabilización con anclaje cambiario ensayada por Martínez de Hoz.

Por lo tanto, el ancla cambiaria fue abandonada y se inició una fase conocida

como “de ajuste caótico”, con eje en masivas devaluaciones del peso que comenzaron con una devaluación del 28% el 2 de abril de 1981, seguida de otra del 30% dos meses más tarde, lo que agravó la crisis económica y precipitó una crisis política al interior del régimen dictatorial (Damill, 2005).

El posterior ascenso de Galtieri a la presidencia significó el regreso de las concepciones monetaristas. El flamante ministro de Economía Roberto Alemann sostenía que el principal problema de la economía argentina era el fenómeno inflacionario y, por lo tanto, aplicó una serie de medidas de neto corte ortodoxo:

Contracción monetaria.

Congelamiento de salarios.

Reducción del gasto público.

Aumento de la presión tributaria mediante el cobro de un derecho del 10% a ciertas exportaciones y extensión del impuesto al valor agregado a los alimentos y medicamentos.

Aumento de las tarifas públicas.

Mantenimiento de altas tasas de interés.

También se unificó el mercado cambiario, en el que el Estado se abstuvo de participar, lo cual motivó una devaluación adicional. El remedio aplicado profundizó la recesión económica, produjo la caída de la tasa de inversión y no detuvo el proceso inflacionario. Durante el primer semestre de 1982, la inflación se desbocó y los salarios reales retrocedieron más de un treinta por ciento.

En el segundo semestre, la producción industrial cayó cerca de un 14% con respecto al mismo período de 1981; que a su vez ya había caído un 14,7% con relación al mismo período de 1980 (Rubinzal, 2010).

La derrota militar en Malvinas hirió de muerte a una dictadura que no tuvo más remedio que convocar a elecciones.

1. 2. La hoguera

Quizás uno de los hechos más simbólicos, no por eso el más trágico, que pueda definir la situación del mundo editorial durante la dictadura sea la hoguera en la que el 26 de junio de 1980 se quemaron un millón y medio de libros. La quema tuvo lugar en la localidad de Sarandí, provincia de Buenos Aires y los ejemplares, considerados “subversivos” eran del Centro Editor de América Latina. El

ensañamiento de la dictadura con la cultura y con toda forma de expresión no regulada, fue total.

Decíamos que este hecho no fue el más trágico ya que durante este periodo fueron secuestrado y asesinados escritores y editores, entre los que se encontraron Haroldo Conti, Rodolfo Walsh, Francisco *Paco* Urondo, y los editores Alberto Burnichón, Carlos Perez o Roberto Santoro. También hubo cárcel y exilio para muchos de ellos.

Parafraseando a Vargas Llosa, allí se jodieron la Argentina y el mundo de la edición. Costó décadas y sigue costando recomponer todo lo que esos años siniestros destruyeron. No solo vidas, sino que modificaron la matriz productiva y las formaciones sociales de una sociedad que, con alzas y bajas, venía en franco crecimiento desde los años 40´.

Durante la dictadura, el sector editorial se derrumba, cayendo de los 50 millones de ejemplares producidos en 1974 a apenas 17 millones en 1979.

Roberto Algasi describe los puntos de máxima y de mínima del siglo XX:

Los puntos más altos en cuanto a cantidad de ejemplares ofertados en el mercado fueron el año 1953 (segundo gobierno peronista, con más de 50 millones) y el año 1974 (tercer gobierno peronista, con casi 50 millones). En cambio, los puntos más bajos se verificaron en momentos de incertidumbre e inestabilidad: el año 1958 (transición entre la dictadura militar y el gobierno de Frondizi, por debajo de los 15 millones), y los años 1982-1983 (guerra con el Reino Unido y transición entre la dictadura militar y el gobierno de Alfonsín, también por debajo de los 15 millones" (Algasi, 2013).

2. Alfonsín y la recuperación democrática

En octubre de 1983 Raúl Alfonsín asumió el gobierno acuciado por una profunda inestabilidad de todas las variables macroeconómicas: alto nivel inflacionario, creciente endeudamiento externo, desajustes fiscales y desarticulación del proceso de acumulación.

La herencia dejada por el gobierno militar era muy grave: el nivel del producto bruto interno era similar al de 1975 aunque la población se había incrementado un

15%, la dinámica inflacionaria era creciente, las reservas eran exiguas, el déficit del sector público era cercano al 16% del PBI, la deuda externa y los servicios anuales de intereses representaban el 70% y el 8% del PIB, respectivamente, y el retroceso productivo era muy acentuado en la industria manufacturera y la construcción.

El desmantelamiento del entramado productivo producido durante la dictadura militar se tradujo en una significativa contracción del empleo, mientras la participación de los trabajadores en la distribución funcional de ingreso descendió del 45% en 1974 al 26% en 1983.

El elenco económico gubernamental sostenía la necesidad de avanzar en la implementación de un Plan Nacional de Desarrollo. Los objetivos explicitados por las autoridades eran: crecer al 5% anual, incrementar los salarios reales y reducir progresivamente la inflación.

La política económica alfonsinista apelaba a las clásicas medidas que usualmente se implementaban durante la vigencia del modelo de sustitución de exportaciones: redistribuir el ingreso hacia los sectores asalariados con el objetivo de incrementar la demanda interna y dinamizar la actividad manufacturera.

El problema era que el equipo económico no parecía tomar debida cuenta de las limitaciones emergentes de las profundas transformaciones productivas operadas durante la dictadura militar.

La estrategia oficial muchas veces se enfrentó a la realidad de que los sectores empresarios respondieron al aumento de la demanda recomponiendo los precios antes que aumentando su producción.

La deficiente lectura realizada por el gobierno terminó reflejándose en los pobres resultados conseguidos a lo largo de toda su gestión.

En menos de dos años la aceleración inflacionaria y la profundización de la recesión económica obligaron a Bernardo Grinspun, primer ministro de Economía de Alfonsín, a presentar su renuncia.

La asunción en su reemplazo de Juan Vital Sourrouille implicó que el radicalismo dejara de lado su estrategia confrontativa y redistribucionista y decidiera encarar un acuerdo político con las facciones empresariales más concentradas.

Mediante el llamado Plan Austral, Sourrouille se proponía disminuir a la mitad el elevado déficit fiscal mediante el incremento de la presión tributaria y la reducción del gasto público. No obstante la aprobación del FMI y las favorables expectativas

iniciales, el Plan comenzó a mostrar signos de deterioro a mediados de 1986. La aceleración del ritmo inflacionario y la contracción de la recaudación tributaria fueron algunos de los indicadores que los logros obtenidos en ese terreno habían sido meramente transitorios.

En el primer semestre de 1988, los incrementos tarifarios de los servicios públicos incidieron para que el índice inflacionario trepara al 25,6% mensual (un nivel 144% más elevado que el correspondiente a igual mes de 1987) y acumulara un 254% desde comienzos de año.

2. 1. El golpe de mercado

La caída del gobierno radical comenzó a gestarse a comienzos de 1989 cuando el Banco Mundial anunció la suspensión de un desembolso de 350 millones de dólares, comprometidos unos meses atrás, debido al incumplimiento de las metas fijadas relativas a la reducción del déficit fiscal.

El retiro del apoyo financiero no hizo más que desatar un ataque especulativo contra la moneda nacional generando un verdadero golpe de mercado.

El economista radical Ricardo López Murphy sostuvo que las propuestas populistas y nacionalistas del candidato presidencial peronista Carlos Menem, salarizado y no pago de la deuda externa por cinco años, provocaban la huida hacia el dólar.

El candidato oficialista a la presidencia Eduardo Angeloz exigió la renuncia de Sourrouille.

En definitiva, el gobierno de Alfonsín afrontó en sus últimos meses una profunda inestabilidad político-económica

Durante su gobierno y el último período de la dictadura se habían afianzado estructuralmente los grupos económicos más concentrados, diversificados e integrados vertical y horizontalmente, incrementando su control decisivo sobre las cadenas de valor y la determinación de los precios (Rubinzal, *op.cit*).

En líneas generales, durante la gestión de Alfonsín se profundizaron las tendencias desindustrializadoras iniciadas durante la dictadura militar: mientras que a mediados de la década de los setenta el sector manufacturero representaba el 22,5% del PIB, esa participación se redujo al 19,9% en 1980 y al 18,2% a comienzos de los años noventa (Arceo, 2008).

2. 2. Hay libros, falta plata

En abril de 1983, durante su visita a la Feria del Libro de Buenos Aires, el candidato a presidente de la Nación Raúl Alfonsín declaró: “Que el año que viene pueda venir para comprar todos los libros que este año no podré adquirir. Y que eso nos pase a todos”.Y cumplió; fue al otro año el primer presidente que participaba de la inauguración oficial de la Feria. En su discurso afirmo que:

Me siento feliz de expresar aquí, en esta atmósfera poblada de libros que transmiten la infinita complejidad del hombre, que en la República Argentina se acabó la censura (...)El libro, como transmisor privilegiado de la palabra, vive entre los hombres nutriéndose y nutriéndonos, acompañándonos, y respaldándonos en la ardua peripecia de la historia. Por algo provoca el odio de los tiranos y se convierte en el símbolo del progreso, de la libertad y de la vida (*Clarín*, 1984).

Efectivamente, se había acabado la censura, volvieron escritores del exilio, surgieron nuevos proyectos editoriales dirigidos por los “retornados”, como la colección *Narradores de Hoy*, de editorial Bruguera, que tenía como asesores a Vicente Batista y Juan Martini.

Se editan obras de Osvaldo Soriano, Tomas Eloy Martínez, Andrés Rivera, Nicolás Casullo, Daniel Briante, Antonio Dal Masetto, entre otros que habían sido censurados durante la dictadura.

Pero las recurrentes crisis económicas, hiperinflación, inestabilidad institucional, los conflictos sociales, hicieron que muchos de los nuevos proyectos fueran efímeros.

La variedad de la oferta no respondía necesariamente a un crecimiento de la demanda y no garantizaba el éxito de las ventas; así, las excepciones son contadas: el éxito de Soriano (*A sus plantas...* vendió 35 mil ejemplares en dos años). En la mayoría de los casos, muchos títulos de las colecciones mencionadas, a pesar de haberse editado en tiradas limitadas, podían encontrarse fácilmente, años después, en la mesa de saldos de las librerías (De Diego, 2014).

José Luis de Diego reproduce también las declaraciones que Boris Spivacow formulaba al diario *Clarín* en 1985: “En este momento la situación política y cultural ayuda, pero la economía no” (De Diego, 2014).

Durante toda la década de los `80 se produjeron 176 millones de ejemplares.

2. 3. Inestabilidad, convertibilidad y colapso

El colapso alfonsinista facilitó el triunfo de Carlos Menem, quien, sorprendiendo a amigos y adversarios, dejó de lado el programa populista al que debía su victoria electoral y adoptó la política de estabilización y liberalización económica buscando la aprobación de los principales agentes económicos, internos y externos. (Torre, 1988).

La hiperinflación (que puede ser considerada el equivalente funcional a la dictadura militar para inducir “democráticamente” al pueblo a aceptar las políticas neoliberales) tuvo un efecto disciplinador que permitió aplicar un programa de reforma económica regresiva sin que se produjeran grandes resistencias sociales. Las políticas públicas seguidas durante la década de los 90 pivotaron sobre las recetas formuladas por el Consenso de Washington. Pero no obstante las medidas tendientes al control del gasto público, la racionalización de las empresas estatales y el reajuste de las tarifas de combustibles, así como el anuncio de las privatizaciones de Aerolíneas Argentinas y Entel, la inflación anualizada de 1990 fue del 1.344%. Esto produjo un severo impacto en el poder adquisitivo de los trabajadores y el salario real decayó un 23,1% entre enero y abril de 1991.

El 27 de marzo de 1991, a instancias de Domingo Cavallo el Congreso nacional sancionó la Ley de Convertibilidad que fijaba una determinada paridad de cambio, estableciendo la obligación de respaldarla con divisas internacionales. La ley también preveía la prohibición de aplicación de cláusulas indexatorias y una serie de medidas impositivas que implicaron la renuncia a la formulación de una política monetaria autónoma.

La convertibilidad se transformó en el eje a partir del cual el modelo neoliberal provocaría profundos cambios en la estructura económica argentina.

En lo inmediato, la estabilización de los precios y la recuperación del nivel de

actividad⁴³ recompusieron los ingresos de los hogares, permitiendo que, para octubre de 1991, la pobreza bajara al 21,5% y la indigencia al 3%. La relativa bonanza se prolongó hasta 1995, cuando debido al aumento de las tasas de interés internacionales, se produjo el llamado “efecto Tequila”

La respuesta argentina fue profundizar el endeudamiento.

No obstante, la recesión económica desmejoró ostensiblemente los indicadores sociales. En mayo de 1995 el 22,2% de la población se encontraba por debajo de índice de pobreza mientras que el desempleo alcanzaba al 18,6%. Un año después, el 26,7% de las personas estaban sumergidas en la pobreza. El desempleo crecería seis puntos en esos dos años, la tasa de empleo se redujo dos puntos y aumentó siete puntos la precarización laboral.

El deterioro social coexistió con un auge del consumo de una franja de las clases altas y medias argentinas, caracterizadas por el consumismo a ultranza, un individualismo feroz y una socialización restringida que se materializó en el auge de los barrios cerrados y las urbanizaciones privadas (Svampa, 2004).

La apertura comercial y la apreciación de la moneda nacional conspiraron contra un sector industrial que venía retrocediendo desde hacía tiempo.

El retroceso del empleo industrial profundizó un proceso que se venía dando desde hacía veinte años atrás. Entre 1974 y 1985, la plantilla de obreros industriales se redujo algo más de un 9% y, entre 1985 y 1994, un 23% adicional, agudizando el proceso de deterioro del salario real.

Al terminar la década, la retracción de la actividad industrial alcanzó niveles alarmantes. Los resultados del experimento liberal-monetarista de fines de los 70 y las reformas de los 90 fueron la destrucción del tejido industrial y causaron su reemplazo por una estructura económica primarizada, poco sofisticada y en la cual la Argentina no produjo ninguno de los bienes que lideraban el cambio tecnológico y exhibían un mayor dinamismo de largo plazo en el comercio internacional.

La interrupción de la industrialización sustitutiva supuso un deterioro relativo, tanto del PIB como del PIB per cápita de la Argentina, con respecto a sus similares de América Latina. En términos del PIB, solamente Haití y Nicaragua tuvieron un comportamiento peor que la Argentina.

43 El PIB creció un 9,1% recuperando los niveles previos al proceso hiperinflacionario.

El gobierno de la Alianza que sucedió al de Carlos Menem planteó la necesidad de diseñar políticas públicas que corrigieran los efectos (desigualdad, corrupción, etc.) y no las causas del estropicio económico-social. En consecuencia, se trató de una suerte de “menemismo sin Menem” que intentó preservar un modelo económico ya agotado cinco años antes (Rubinzal, 2010).

Para Hernán Aruj y Gustavo Eiriz,

(...) la era de la prosperidad que anunciaban las reformas de los 90, inspiradas en el Consenso de Washington, produjo la caída del PBI del 15 % acumulado de 1998 a 2001, picos de desocupación cercanos al 20-25 %; y la mitad de la población sumida en la pobreza” (Aruj y Eiriz, 2015. En Rubinzal p. 231).

El estallido social de finales del 2001 fue la finalización de un modelo económico y el comienzo de un período de transición marcado por la incertidumbre.

2. 4. Transnacionalización y concentración

En los `90 nuevas empresas ingresan al mercado, se combina un período de alza en la producción editorial con los efectos de la crisis que se impone en la segunda mitad de la década. Algunas firmas nacionales fueron adquiridas por capitales extranjeros y ciertos grupos empresariales se fusionaron.

Para Martín Becerra

Los factores estructurales de las industrias de la información y la cultura en la región (regulación que ha sido funcional a los intereses de los grupos más fuertes, concentración conglomeral, accesos débiles, ausencia de servicio público) son complementados por el impacto de la convergencia tecnológica, que gatilló la potencialidad de los medios a disposición de la sociedad (Becerra, 2014).

Se vive el fenómeno de la concentración y extranjerización de las grandes editoriales y el surgimiento de pequeñas editoriales independientes.

El proceso de concentración y extranjerización que se registra, con gran intensidad a partir del último quinquenio del 90, dibuja un mapa en el que se consolidan dos grandes segmentos: un sector reducido compuesto por las

grandes editoriales, mayoritariamente transnacionales, y un sector numeroso, conformado por micro, pequeñas y medianas empresas de capital nacional.

Estos segmentos en medio de la crisis de la convertibilidad constituyen dos representaciones empresarias distintas. Las grandes editoriales abandonan la Cámara Argentina del Libro (CAL) y se integran a la Cámara Argentina de Publicaciones (CAP). Este es un dato interesante ya que en toda Latinoamérica no hay una agrupación de empresas Pymes (como la CAL) con el status de Cámara reconocida oficialmente.

2. 5. El saldo de la década

A juicio de Washington Uranga y Guillermo Mastrini

La década neoliberal ha permitido distinguir tres momentos bien marcados en el sector cultural, paralelos al desenvolvimiento de la economía. Desde 1990 hasta 1997 se apreció un crecimiento tanto de la producción de bienes culturales como de su consumo. Entre 1998 y el 2001 se produjo un estancamiento de la oferta y un paulatino descenso del consumo. Finalmente, desde diciembre de 2001 asistimos al derrumbe de los mercados, con índices de producción y consumo que en algunos casos se ubican por debajo de los de 1990 (Mastrini y Uranga, 2003).

Efectivamente, el año 2002 muestra un derrumbe de la edición, tanto en cantidad de títulos como de ejemplares.

En 2002 se produjeron 25 millones de ejemplares menos que en 2001, es decir, que la producción se redujo casi el 43% con respecto a ese año, en el que se editaron 58,8 millones de libros. Asimismo, el índice de producción industrial correspondiente a todo el sector de edición – incluyendo diarios y revistas, grabaciones y afines– cayó por entonces 25%. Así, según estimaciones propias basadas en datos de INDEC, CAL y encuesta, la producción de libros alcanzó un valor algo inferior a los 200 millones de pesos (CEP, 2005).

En este año se concentran todas las variables negativas para el sector:

1. Se corta la cadena de pagos. De las librerías a las editoriales, de estas a las imprentas. También las papeleras ven crecer su listado de morosos. Esto, como veremos más adelante, cambia la configuración empresarial del sector editor.
2. Desaparece el crédito para la producción industrial
3. Derrumbe de las ventas.

3. El despegue

Luego de la renuncia de Fernando De la Rúa en diciembre de 2001, se sucedieron en pocos días tres presidentes interinos de extracción peronista. Uno de ellos, el puntano Rodríguez Saá, declaró formalmente el default de la deuda pública durante su discurso inaugural ante el Congreso.

El modelo convertible financiado con la entrada de ingentes flujos financieros –en concepto de endeudamiento público, privatizaciones, compra de empresas privadas, inversiones de cartera y préstamos internos privados– había llegado a su fin.

El 1º de enero de 2002 la Asamblea Legislativa designó como presidente al justicialista Eduardo Duhalde, quien lideró un gobierno de base parlamentarista apoyado por los sectores más tradicionales de los dos principales partidos.⁴⁴

La inestabilidad cambiaria convivió con una intensa retracción económica. El PIB retrocedió un 10%, en términos interanuales, durante el primer trimestre del 2002.

El retroceso productivo era particularmente grave si se tenía en cuenta que la caída del PIB del 2001 había sido del 4,41%. A su vez, el déficit fiscal, en ese primer trimestre alcanzó los 747 millones de pesos.

El principal objetivo de Roberto Lavagna cuando asumió el Ministerio de Economía era evitar una hiperinflación.

Las 800.000 personas que perdieron su trabajo como consecuencia del estallido de la crisis elevaron la tasa de desempleo a más del 20% y, si se contaban a los subocupados, el número de habitantes con problemas laborales ascendía al 30%, mientras más de 18 millones estaban sumergidos en la pobreza.

⁴⁴ La gestión duhaldista tuvo el apoyo del Partido Justicialista, del radicalismo alfonsinista y de parte de la dirigencia del Frepaso.

El número de personas sin cobertura médico-sanitaria había ascendido a récords históricos, alcanzando al 48,10% del total de la población.

El deterioro del cuadro social estuvo íntimamente ligado, además de a la pérdida de puestos laborales, a la caída del salario real producto del impacto de la devaluación cambiaria en los precios internos.

En el caso de los asalariados industriales, la caída –entre octubre de 2001 y octubre de 2002– fue del 31,8% para los asalariados registrados y del 36,5% para los no registrados (Rubinzal, 2010). Los trabajadores registrados recién alcanzarían a recuperar el nivel del poder adquisitivo con que contaban en octubre de 1998, durante el transcurso del año 2006 (Martiocorena, 2008).

En el 2002, el salario real era sólo un 58,1% de los ingresos promedios vigentes en la primera mitad de la década de los setenta.

3. 1. Néstor Kirchner

La idea-fuerza de Néstor Kirchner era apostar a un crecimiento liderado por la demanda, en el marco de un proyecto que alentara la recuperación del empleo y del salario.

El esquema macroeconómico adoptado se basó en los siguientes pilares: un tipo de cambio real alto y estable, un superávit fiscal y de cuenta corriente del balance de pagos y una política monetaria que procurase sostener el tipo de cambio en niveles elevados, facilitar la recuperación de la liquidez, restablecer la salud del sistema bancario y limitar, mediante acciones de esterilización, el efecto monetario expansivo que generaba la acumulación de reservas de divisas (Rubinzal, 2010).

El impulso fiscal y la recuperación del salario real motorizaron el crecimiento de la demanda doméstica, convirtiéndose en pilares centrales del nuevo esquema macroeconómico.

El nuevo esquema de precios relativos generó un marcado sesgo en el aparato productivo a favor de los sectores productores de bienes transables, quienes serían los líderes del ciclo de crecimiento. A su vez, al encarecer las importaciones, el tipo de cambio se convirtió en una barrera cambiaria de protección externa que favoreció a las empresas de orientación mercado-internista.

Los ejes de ruptura respecto del régimen neomercantilista habrían sido la recomposición de los haberes de los trabajadores formales e informales, la implementación de una política fiscal expansiva y redistributiva y la profundización y perfeccionamiento del esquema de tipos de cambio múltiples .

La mejora en los términos de intercambio motorizó un crecimiento económico récord (promedio 4,7% en el período 2003-2007) de América Latina en las últimas tres décadas, en un contexto de equilibrio macroeconómico, con el mejor nivel de reservas internacionales y la mejor relación exportación-PIB de las últimas décadas.

De todas maneras, el crecimiento de la economía argentina no estuvo tan asociado a la expansión de las ventas externas como ocurrió en el resto de las naciones latinoamericanas.

3. 2. La reindustrialización

La modificación de los precios relativos permitió un relanzamiento de los sectores productores de bienes transables.

La abrupta caída del valor agregado industrial en el PIB fue revertida, y Argentina experimentó un dinámico proceso de reindustrialización. De acuerdo a Azpiazu y Schoor (2008), la producción industrial creció un 57% entre el 2001 y el 2007. Ese porcentaje se eleva al 73,6% si se toma como año base el crítico 2002.

Los datos oficiales indicaban que la capacidad ociosa promedio de la industria manufacturera orillaba el 55%. Sin embargo, a partir de 2005 los índices de capacidad ociosa no variaron demasiado a pesar de que la producción seguía creciendo a buen ritmo. Ese dato revelaba que la recuperación dejaba de estar asociada a la reducción de la capacidad ociosa y era explicada por la existencia de nuevas inversiones.

Pero el aumento de las inversiones no significó una alteración del perfil productivo industrial. Por el contrario, el patrón de inversiones predominante en la industria manufacturera permaneció relativamente inalterable. Las ramas de alimentos y bebidas, automotriz y autopartes, derivados de petróleo y gas y productos químicos siguieron concentrando alrededor del 70% del total de inversiones en manufactura (Bugna y Porta, 2007).

3. 3. Empleo y rentabilidad

Los márgenes de utilidad sobre ventas se colocaron holgadamente por encima de los registros de la década anterior, La principal razón de la sustancial recomposición de la tasa de rentabilidad empresarial fue la baja de los costos. Por ejemplo, la modificación de los precios relativos abarató la provisión energética, lo que, en la práctica, funcionó como un verdadero subsidio para el sector industrial (Fanbelli y Albrieu, 2008).

El número de empleados industriales creció un 29,7% en el período 2002-2006. Las firmas que lideraron esa ampliación de los puestos laborales fueron las pertenecientes a aquellas ramas intensivas en trabajo vinculadas sobre todo al abastecimiento del mercado interno como las textiles, las del calzado y las metalmecánicas (Rubinzal, *op.cit.*).

La recuperación del empleo industrial fue una de las características diferenciales del nuevo patrón de acumulación pues revirtió una tendencia de declinación histórica.

Entre 1976 y 2001 la pérdida de empleos en el sector industrial había alcanzado los 1,4 millones de trabajadores. Entre 2003 y 2008 se crearon más de tres millones de puestos de trabajo y la tasa de empleo creció a un promedio de 6,5 puntos porcentuales.

De acuerdo con el Observatorio de Empleo del Ministerio del Trabajo, la cantidad de trabajadores industriales registrados en 2008 (1,2 millones) era un 55% superior a los niveles registrados en 2002.

Se procedió a una recomposición progresiva de los ingresos mediante la utilización combinada de distintas herramientas, como los otorgamientos periódicos de aumentos no remunerativos, las subas escalonadas del salario mínimo vital y móvil –congelado desde septiembre de 1993–y del haber jubilatorio mínimo, el incremento de las asignaciones familiares y el impulso a las paritarias salariales (Rubinzal, *op.cit.*, p 66)).

El gobierno nacional otorgó distintos aumentos que fueron produciendo una importante recuperación del poder adquisitivo para los beneficiarios de la jubilación mínima. La importancia de esa medida radicaba en que el último aumento del haber mínimo jubilatorio había sido otorgado en el mes de agosto de 1991.

De esa manera, la jubilación mínima se elevó un 297,5% entre el 2002 y el 2007. La recuperación de los haberes previsionales más bajos fue acompañada de una elevación del porcentaje de beneficiarios cubiertos por el sistema de previsión social.

Se implementó una moratoria previsional que permitía otorgar las prestaciones jubilatorias a aquellas personas que, teniendo una edad determinada, no cumplían con el requisito legal de contar con treinta años de aportes realizados.

Entre el tercer trimestre del año 2005 y el cuarto trimestre de 2010, 2.572.695 personas se acogieron Programa de Inclusión Previsional. La cobertura previsional creció a más del 80% de la población en edad de jubilarse. Esta medida implicó que los gastos en seguridad social pasasen de representar el 4,7% del PBI al 6,3% (Brodershon, 2009).

El gobierno también impulsó algunos cambios en el régimen de previsión social vigente. La modificación normativa más importante fue posibilitar que los afiliados al sistema de capitalización pudieran reingresar al sistema de reparto. El resultado fue que más de 1.300.000 trabajadores regresaron de forma voluntaria al sistema estatal. De esa manera, durante el 2007 se traspasaron 7.814 millones de pesos desde las AFJP a la Anses permitiendo al Estado mantener un superávit primario por encima del 3% del PIB.

Durante los cuatro años siguientes a la salida de la convertibilidad se crearon más de 3 millones de puestos de trabajo. La tasa de empleo creció a valores históricos y era necesario remontarse a treinta años atrás para encontrar niveles similares. Pero el proceso de recuperación del empleo y del salario comenzó a mostrar algunos síntomas de agotamiento a finales del 2006 y principios del 2007.

(...) la eficacia del incremento del empleo como herramienta para superar los graves problemas sociales también mostró sus limitaciones. En el 2006, la tasa de desocupación era similar a la de 1993, pero la pobreza era un 50% superior. (Rubinzal, *op.cit.*)

Ese dato mostraba que existía un conjunto de trabajadores que percibían salarios inferiores a los necesarios para escapar de la pobreza.

3. 4. La evolución del salario real

El diagnóstico oficial partió de la premisa de que la recuperación del empleo era la condición necesaria para permitir la recuperación del salario real. En sus comienzos, el gobierno estableció una serie de aumentos de sumas fijas que permitieron una reducción de las disparidades salariales y una distribución más equitativa del ingreso. El índice de Gini se redujo un 14 % entre 2004 y 2008.

A su vez, la reactivación de las negociaciones colectivas impulsó la recuperación salarial y el fortalecimiento sindical. Los salarios reales se recuperaron un 28% entre la salida de la convertibilidad y el 2006, no obstante lo cual el salario real aún se encontraba un 10% debajo del nivel vigente en la convertibilidad (Graña, 2008).

El universo de trabajadores más perjudicado por el retraso salarial fue el de los empleados no registrados.

La diferencia porcentual entre los salarios nominales de los trabajadores industriales registrados y no registrados se amplió del 43,1% en octubre de 1995 al 56% en el cuarto trimestre de 2006.

A partir de 2008, la restricción externa se sumó al complicado contexto internacional. Matías Kulfas precisa que

(...) el crecimiento económico y las limitaciones en las políticas sectoriales (sobre todo en materia industrial y energética) habían multiplicado el peso de las importaciones, de modo que el superávit externo comenzó a reducirse de manera acelerada, aspecto que se hizo visible tanto en el sector energético como en el industrial (Kulfas, 2016, p 53).

El kirchnerismo continuó apostando a sostener la demanda agregada y el empleo. Hacia el final del gobierno de CFK, la economía cerraba con crecimiento (2,6%) mientras el PIB de Brasil caía el 3,8% y los países latinoamericanos retrocedían en promedio un 1,5%. El endeudamiento externo era bajísimo, reducida la tasa de desempleo, amplia la red de inclusión social y el poder de compra de salarios y jubilaciones en su nivel más elevado desde la salida de la convertibilidad (Rubinzal, 2010) Un informe del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) destacaba que la Argentina lideraba el ranking de salarios de América latina en 2015.

11.3 Ranking de salarios en 2015

A paridad de poder adquisitivo.

Base 2011

País	dólares mensuales
Argentina	1767
Chile	1220
Uruguay	1023
Brasil	856
Colombia	651

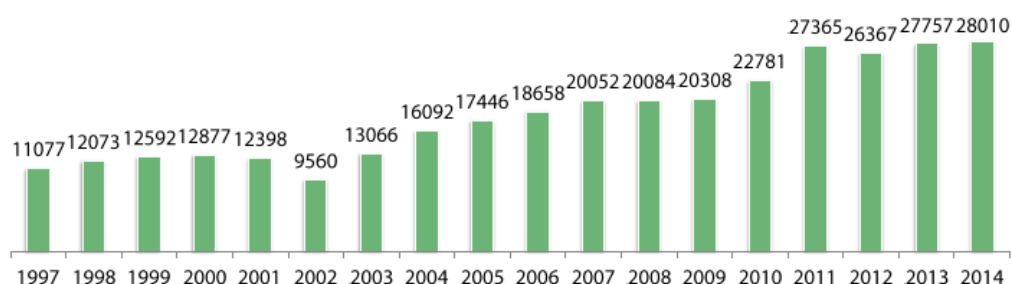
RubinzaL.

En marzo de 2016, la administración Macri elaboró un documento que contradecía el discurso oficial de la “pesada herencia”. El trabajo titulado “Argentina: Land of Opportunities” detallaba que el país figuraba primero en el índice de desarrollo humano regional, tenía el coeficiente de Gini más bajo y una deuda muy reducida, entre otras fortalezas.

3. 5. La industria editorial durante la década kirchnerista

Entre 2002 y 2014 se triplicó la cantidad de títulos editados y se cuadruplicó la cantidad de ejemplares impresos.

Evolución de títulos registrados



Fuente: Agencia Argentina de ISBN

Ya en 2003, la cantidad de títulos publicados fue un 44,27 % superior a la del año anterior, lo que coloca a los 14.375 títulos por encima del promedio de toda la edición de la década del 90, mientras los 56 millones de ejemplares impresos en 2004 superan los máximos de ejemplares de la década anterior. Sucede que entre el 2002 y el 2004 el crecimiento acumulado de los ejemplares impresos fue del 60%. Y la cantidad de títulos editados creció un 65,6%. En apenas dos años la industria editorial recuperaba los máximos niveles de producción y se dirigía a superar, durante esa década, todos los récords históricos.

Evolución de ejemplares registrados



Fuente: Agencia Argentina de ISBN

Podemos analizar tres causas fundamentales:

I. Efectos de la devaluación como freno de las importaciones

Entre enero y marzo del año 2002 el dólar sufrió una devaluación del 194%, que no fue acompañada en la misma escala por una inflación de precios internos. La profunda recesión no dejaba márgenes para fuertes aumentos en el mercado local. Esto funcionó en el libro, al igual que en otros sectores productivos, como un freno a la importación y una oportunidad de colocar productos en el exterior. El siguiente cuadro elaborado por el CERLALC, muestra los niveles de exportación de libros desde España a Latinoamérica. Puede observarse la drástica caída de las exportaciones hacia Argentina, de los 54 millones de Euros en el 2001 a los 4,4 millones en 2003 y 6 millones en 2003. Este derrumbe de las ventas a nuestro país contrasta con cierta estabilidad que se registra en sus ventas a México o Colombia.

EXPORTACIONES DE LIBROS DEL SECTOR EDITORIAL ESPAÑOL A AMÉRICA LATINA Y AL RESTO DEL MUNDO (MILLONES DE EUROS CIF)					
PAIS	2000	2001	2002	2003	2004
ARGENTINA	49,39	54,5	4,4	6,0	11
MEXICO	72,9	89,6	97,1	76,1	64,6
COLOMBIA	13,8	15,7	16,8	10,5	8,8

Fuente CERLALC 2006

En cuanto a las exportaciones de libros argentinos al mundo, si bien se registra una caída, es importante destacar que debido a que la devaluación no fue acompañada de inflación, esos dólares que ingresaron por la exportación tenían alto valor de compra en relación a la moneda nacional.

EXPORTACIONES DE LIBROS DESDE ARGENTINA EN MILES DE DOLARES FOB				
2000	2001	2002	2003	2004
49.286	44.117	33.047	27.545	31454

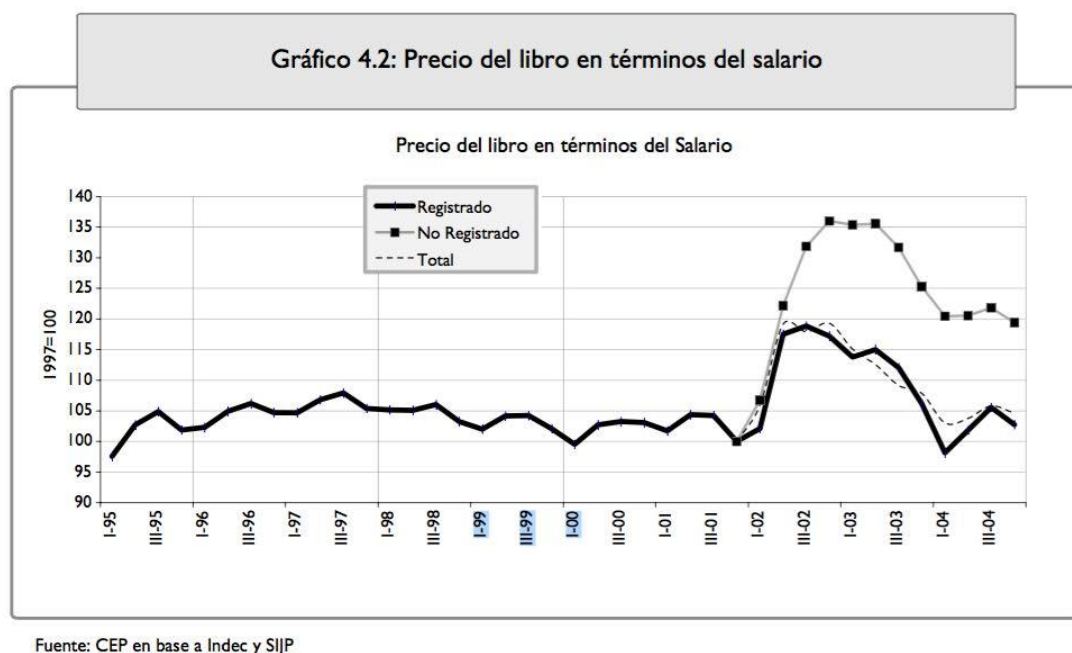
Fuente CERLALC 2006

En una entrevista, Hector Dinsman, especialista en comercio exterior del libro, recuerda que durante la Feria del Libro de Buenos Aires en el 2003

(...) las ventas de las editoriales argentinas al exterior creció considerablemente, dado los precios competitivos en dólares. Esto llevó a un grupo de pequeñas editoriales a conformar un Consorcio Exportador denominado LibrosAr, del cual participaron, entre otras, Lugar, Biblos, Adriana Hidalgo, Altamira, Homo Sapiens, Bonun, Colihue. Este consorcio contó con el apoyo de la Fundación Exportar. Tenían un catálogo común, organizaban misiones por Latinoamérica donde viajaba yo, que era el gerente del Consorcio, junto a algunos editores del grupo ofreciendo el catálogo completo. También participaban de manera conjunta en ferias internacionales. En el período 2002 al 2004 las ventas al exterior fueron un fuerte aporte para que las pequeñas editoriales se recompusieran de la crisis. (entrevista Héctor Dinsman)

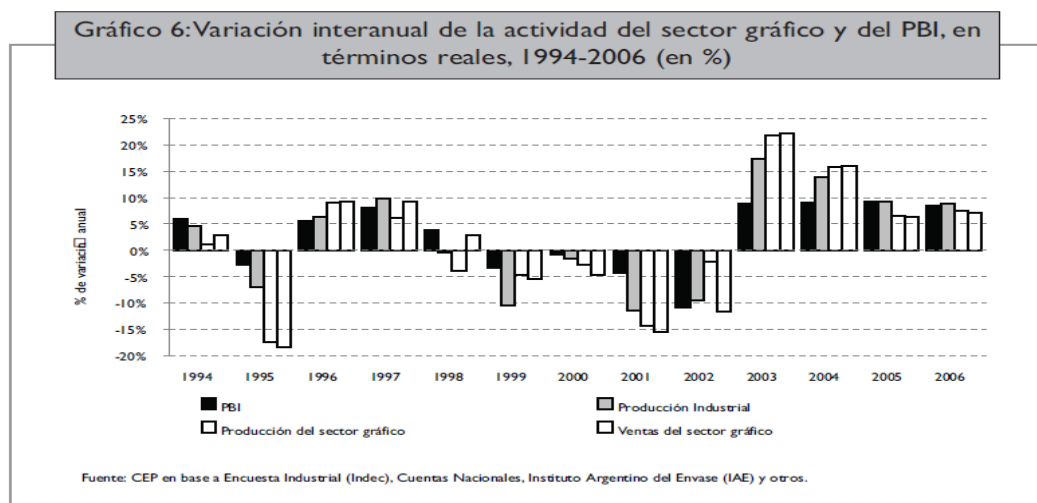
II. La expansión del mercado interno

Es muy significativo el gráfico que publica el CEP (Centro de Estudios para la Producción) acerca de la relación entre el nivel de salarios y el precio de los libros. Puede verse que en el año el 2002, cuando el precio del libro está en los niveles más altos en relación al salario mientras que dos años después se sitúa en los niveles más bajos del período analizado.



A partir del 2003 hay un importante crecimiento del PBI, se recompone el salario real, se reinstala el sistema de paritarias por sector de la economía, hay un sostenido crecimiento del empleo, planes de asistencia a los sectores más postergados, nuevas facilidades para jubilados, subsidios de energía para las empresas, entre otras medidas de reactivación económica. El libro, como bien económico muy sensible a los ingresos de la población, acompaña este desarrollo, con un crecimiento sostenido de títulos y de ejemplares editados.

Es significativo ver el cuadro de evolución del sector gráfico en este período,



teniendo en cuenta que la edición gráfica, ocupa el 30 % del sector imprentas.

III. Políticas públicas activas

Las políticas macroeconómicas que pusieron el centro en la reactivación del mercado interno, junto con un crecimiento sostenido del PBI entre el 2003 y el 2011, crearon las condiciones económicas para llegar a los niveles de record históricos de la producción editorial. También debemos considerar políticas específicas dirigidas al sector, las que pueden ser encuadradas en tres grandes ejes:

A. Promoción de la lectura y compra de libros

Sólo a nivel nacional podemos consignar los programas del Ministerio de Educación, más allá de la discusión sobre su eficacia, de llevar los libros al contacto con la población en estadios de futbol, medios de transporte, clubes, etc. Trabajos en el ámbito escolar de promoción de la lectura. Y fundamentalmente, la compra directa a las editoriales de más de 90 millones de libros. Es importante mensurar esta cifra que es equivale casi a la producción total de un año de todo el sistema editor; y, de tomarse en cuenta sólo el sector comercial, es el equivalente a dos años de producción de ese sector.

Desde la Secretaría de Cultura de la Nación fueron muy significativas las compras de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP), que desde el año

2005 creó un sistema por el cual las bibliotecas de todo el país podían hacer compras directas en la Feria del Libro de Buenos Aires, con un descuento del 50% y con fondos públicos. También la dotación de Bibliomoviles que llegaban a zonas remotas de todo el país.

Desde Cultura también se implementó el Programa Libros y Casas que entregaba una biblioteca con 19 libros a todas las familias beneficiarias de planes sociales, programa que entregó más de un millón de bibliotecas.

La práctica de compra de libros para entregar a escuelas o sectores postergados fue una constante de la mayoría de los gobiernos provinciales, no habiendo hasta ahora un cálculo que permita dimensionar la cantidad de libros que fueron comprados por gobernaciones, municipios u otros ministerios nacionales.

B. Impulso a los mercados externos

Desde el gobierno nacional se llevaron a cabo acciones de promoción de las producciones editoriales. Por parte del Ministerio de Relaciones Exteriores, junto a la Fundación Exportar y la secretaría de Cultura hubo una intensa colaboración con el sector en las ferias internacionales. Argentina fue país invitado de honor en las ferias de Frankfurt, París y Guadalajara. Participó en otras ferias financiando la presencia de editoriales nacionales. También se financiaron desde el Estado, misiones comerciales a distintos países, con la intención de fomentar el comercio editorial. Cabe destacar el Programa Sur, que se hizo cargo de más de 150 traducciones de autores argentinos para ser editados en otros países.

C. Políticas impositivas y aduaneras

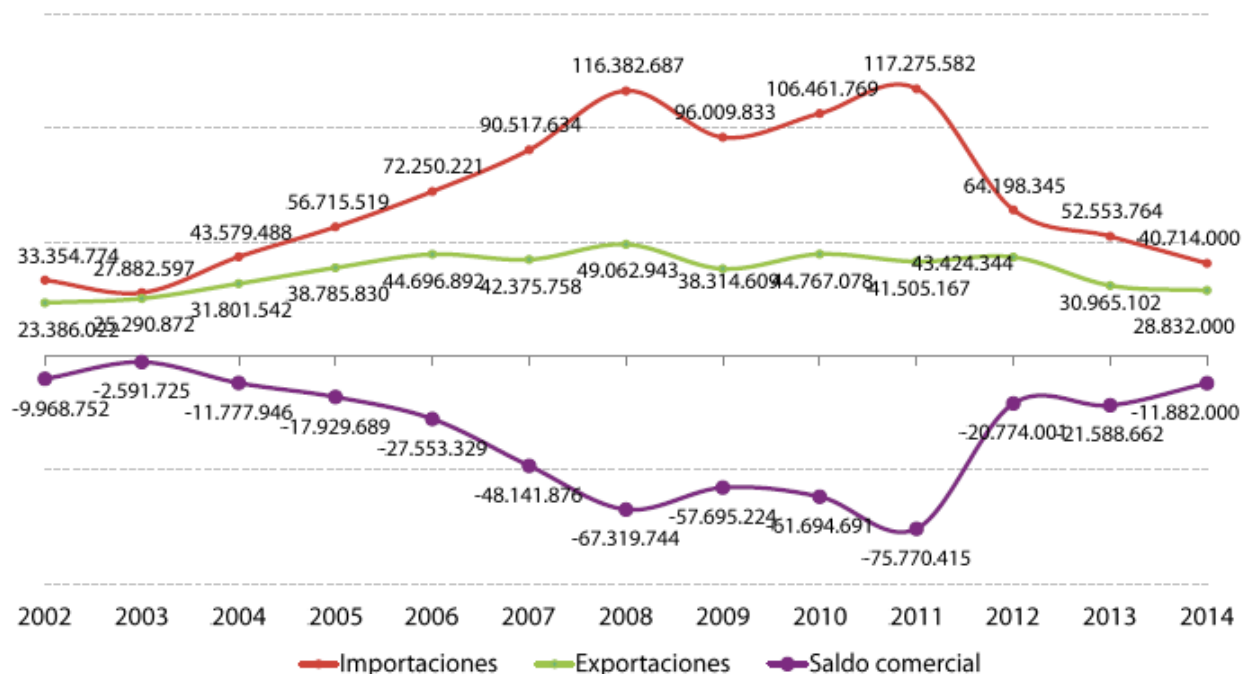
Desde lo impositivo no se concretó la gran demanda del sector que era la conformación del Instituto Nacional del Libro, que hubiera permitido políticas de fomento del libro y tenía como base el beneficio impositivo, para toda la cadena del libro, a fin de poder descontar los pagos de IVA y aplicarlos a la cancelación de impuestos nacionales (como Ganancias). El libro como producto final es exento, pero toda la cadena de producción y comercialización (papel, tintas, alquileres, luz, teléfono, fletes, etc.) pagan su correspondiente IVA. Con media sanción, aprobada por unanimidad en Diputados, se trabó en el Senado por una incorrecta información brindada por la AFIP acerca del costo fiscal del proyecto.

No obstante, los editores recibieron apoyo gubernamental para no modificar el carácter de exento del libro que impulsaba el sector gráfico.

Un hecho muy controvertido en su momento fue, en el año 2011, la disposición de la Secretaría de Comercio de exigir la compensación entre los valores que salían del país por la importación con los que ingresaban por las exportaciones de libros. Como se verá en el cuadro, el déficit de comercio exterior del libro había llegado a los 75 millones de dólares. Gran parte de esas importaciones eran por servicios gráficos de editoriales argentinas que imprimían sus libros en el exterior.

Esta medida obligó a las cámaras editoriales a organizar un sistema interno de *clearing* que durante los cuatro años que duró la reglamentación produjo una disminución del déficit, que pasó en un año de los 75 a los 20 millones de dólares. Otro efecto fue que las imprentas en el país pasaron de producir el 35% de los libros editados al 83%. Pese a las campañas mediáticas no se registró ninguna merma significativa en la oferta de libros importados en el mercado argentino. Creo que este es un claro ejemplo de las necesarias regulaciones que deben hacerse si se quiere proteger a un sector productivo.

Evolución Del Comercio Exterior De Libros 2002- 2014 en US\$



Base: Exportación Partida 49.01
Fuente: Sistema María ADUANA-AFIP

3. 6. Características del sector editorial, editoriales independientes y de las otras

Desde mediados de los '90, el proceso de concentración y la bajas barreras de ingreso fueron, paradójicamente, alentando el surgimiento de pequeñas editoriales. Como observa Viviana Román,

Históricamente nuestro país había conformado su complejo editorial a partir de un conjunto de empresas pequeñas y medianas; sólo la reconfiguración del sector a nivel mundial y el arribo de los conglomerados extranjeros modificó el panorama dando paso a la coexistencia de grupos empresariales y de un heterogéneo universo de micro, pequeñas y medianas empresas. Creció entonces la fundación de editoriales chicas que comenzaron a enfocarse en algún área o temática, se insertaron en un

nicho de mercado y aprovecharon en situaciones de crisis su estructura mínima y su flexibilidad, convirtiendo en ciertos escenarios adversos la limitación del tamaño en virtud (Roman, 2015).

En medio de la crisis se produce la separación de la representación sectorial en dos cámaras. Como se ha dicho anteriormente, una sola cámara (la Cámara Argentina del Libro) agrupaba a todas las editoriales, hasta el año 2000, cuando se produce la escisión.

Son dos los hechos que la desencadenan: ese año gana la conducción de la CAL una lista representativa de la Pymes de capital nacional, desplazando de la conducción a representantes de los grandes grupos. El otro factor, la diferente situación que durante la crisis tenían las grandes editoriales respecto a la cadena librera: mientras las pequeñas editoriales buscan acuerdos con las librerías, los grupos concentrados adoptan criterios rígidos por los cuales la morosidad de cualquiera librería que afectara a uno de sus miembros, significaba el retiro del crédito de resto de esta especie de cártel. Es así que en el 2002 se produce la ruptura con la CAL del conjunto de las grandes editoriales y su simultánea afiliación a la Cámara Argentina de Publicaciones (CAP), una antigua cámara compuesta, hasta ese momento por una decena de importadores.

Cada sector adoptó nuevas estrategias post crisis. Las pequeñas y medianas, aprovecharon el momento de precios relativos competitivos para vender en el exterior e ir reconstruyendo las ventas en el mercado interno, con una creciente segmentación.

Los grandes grupos editoriales ven momentáneamente mermados los extraordinarios márgenes de rentabilidad que obtenían en la década anterior (...) Regionalizar los mercados va a parecer finalmente como una estrategia viable, y es así como las empresas transnacionales comienzan a editar en Argentina títulos de autores latinoamericanos que en la década anterior hubiesen resultado inhallables (Botto, 2014).

Ezequiel Ledercremer, director de la Librería Hernández, recuerda ese período:

(...) lo que se recuperó fue el poder adquisitivo. La gente volvió a poder consumir. Además, los precios relativos de exportación permitieron ventas a los mercados de México, España y el resto de América Latina. El

conocimiento del oficio editorial es tan fuerte y con tantas raíces en Argentina, que ha sobrevivido a la dictadura militar y también sobrevivió al hiperliberalismo, para florecer cuando las condiciones económicas le fueron propicias (Ledercremer, entrevista)

En el “Informe de Producción del Libro Argentino – 2014”, publicado por la CAL, se incluye un nuevo dato, que es fundamental para entender la segmentación de la industria editorial en el país. Sobre el total de libros editados en el año (28.010 títulos), el 43% (11.996 títulos) son publicados por el sector editorial comercial (SEC). Este sector está compuesto por 717 editoriales que tienen una tirada promedio de 2.452 ejemplares por título. Lo relevante del informe es como se conforma ese sector: el 81% editó entre 1 y 15 títulos; el 10% entre 16 y 30 títulos; otro 10% editó ese año entre 31 y 100 títulos, mientras que sólo el 2% editó entre 101 y 200 títulos y apenas el 1% (5 editoriales) editó más de 200 títulos. Este dato nos presenta una industria muy extendida, con un sector muy concentrado –cerca de 25 editoriales– que publica más del 60% del conjunto, mientras que más de 600 editoriales publicaron el 40% de títulos restantes.

En el año 2015 la Cámara Argentina de Publicaciones publicó un informe de datos estadísticos, titulado “El Libro Blanco,” el que salvo algunas diferencias acerca de la cantidad de editoriales activas, coincide con los datos de la CAL. Las grandes editoriales definen:

El panorama de la industria editorial actual, tal como se desprende de este informe, presenta datos positivos y estimulantes en todos sus niveles: producción, creación de contenidos, ventas y empleo, consolidando así un mercado muy dinámico (CAP, 2015)

Nuevo Dato

Sector Editorial Comercial según cantidad de novedades editadas

Base
43%
Del total de los registros

	 Títulos 11996	 Editoriales 717	 Tirada Promedio 2452
1 a 3	 46%	329	947
4 a 10	 25%	179	1358
11 a 15	 6%	45	882
16 a 20	 4%	31	1173
21 a 30	 6%	40	2173
31 a 50	 6%	43	2398
51 a 100	 4%	31	2755
101 a 200	 2%	14	1952
Más de 200	 1%	5	4863

Base: SEC (717 empresas)
Fuente: Agencia Argentina de ISBN

75 CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO 13

Así como desde la década del '90 tiene lugar el surgimiento de lo que se denomina “editoriales independientes”, a partir del 2003, el proceso se intensifica. Presentamos algunas definiciones a partir de entrevistas con cuatro editores que desarrollan sus proyectos durante el período analizado:

Constanza Brunet, dirige Editorial Marea, fundada en 2003. Preguntada sobre la inversión para estos emprendimientos sostiene:

(...) el 90 % de nuestra inversión es nuestro propio trabajo, y solo un 10 % es en dinero. (...) No surgimos como un proyecto motorizado por lo comercial; de hecho, yo venía del periodismo y editaba amigos o colegas de las redacciones. A diferencia de las grandes editoriales que publicaban libros de periodismo de los llamados *Eastern Book*, nosotros quisimos publicar un periodismo más cultural, que fuera duradero en sus temáticas y abordaje. (Brunet, entrevista)

Es similar la experiencia de Damián Ríos, socio de la editorial Blatt y Ríos, quien proviene de la literatura,

(...) escribía poemas. El primer impulso para formar la editorial, era que leía cosas que estaban buenas, de amigos, y que estaban inéditas. Lo que hacía era fotocopiarlas y regalarlas, por ejemplo de Cucurto, Gambarota, Duran, me sentía portador de buenas noticias (Ríos, entrevista)

Después de una experiencia junto a Edgardo Russo (Editorial Interzona), Ríos crea en 2006 el germen de lo que sería su actual editorial, la que publica obras muy seleccionadas y cuidadas, con un catálogo de 50 títulos.

El proyecto de la Editorial Tinta Limón tiene como antecedente la facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, donde un grupo de estudiantes publica irregularmente libros de ensayo político, ligados a los movimientos sociales. Andrés Brasconi, responsable editorial, relata:

(...) editamos libros que posibilitan debates, tenemos cierta amistad con los autores y hacemos cada lanzamiento trabajando sobre el sector donde el libro pueda producir algún efecto.(Brasconi, entrevista)

Miguel Balaguer refunda en el 2003 la Editorial Bajo Luna, creada por su madre en 1991, en Rosario, dedicada a la poesía, que se había fundido en 1999.

Con el catálogo viejo, pero sin libros, fuimos a ver a Tusquets para que nos distribuyera; ellos no tenían ninguna línea de poesía. Cuando nos dijeron que sí, nos pusimos a editar (Balaguer, entrevista)

Hoy tiene un catálogo con 180 títulos.

El problema de la distribución es el más preocupante. Estas cuatro editoriales pasaron por la experiencia de tercerizarla así como por la de hacer distribución propia. Bajo la Luna acaba de abrir una pequeña librería; Blatt y Ríos tiene un Club del Libro donde asocia con una cuota mensual y envía los libros recién editados al domicilio de los socios. Tinta Limón tiene en el Barrio de Flores una casa que actúa como centro cultural, donde funcionan la editorial, la distribuidora y una cooperativa audiovisual. Todos piensan que la lógica comercial que les

imponen las grandes cadenas los obliga a inversiones en stock y logística cada vez más difíciles de sostener. También acuerdan sobre la importancia de las políticas públicas en los últimos doce años, relacionadas a la promoción de la lectura y las compras de libros por el Estado.

Otro de los problemas compartidos es el de los anticipos a los autores que pagan las grandes editoras. Para Balaguer:

Las editoriales grandes, sobre todo las que tienen multimedios, con sistemas de distribución propios, llegan hasta el último librero de una ciudad chica. Después de mandar el libro, al mes les mandan una factura y la reposición, con lo cual se garantizan el ingreso del dinero y saldan el anticipo que pusieron. Ese mecanismo, para las pequeñas y medianas editoriales es absolutamente imposible. (Balaguer, entrevista)

Escuchando a estos editores resuena la advertencia de Jesús Martín Barbero:

(...) la industria cultural necesita ser pensada de nuevo, particularmente en América Latina, donde empieza a haber una industria de los independientes en música, en teatro, en cine. Esta nueva industria cultural no puede decirse, que sea un mero producto del mercado, aunque tiene que ver con él, porque no lo es; tiene muchas y fuertes contradicciones con el mercado (Martín Barbero, 2008)

Analizado este amplio sector de las pequeñas editoriales independientes es correcta la mirada de Hernán Vanolli:

(...) en el funcionamiento y en las estrategias de estas editoriales pueden leerse las marcas de muchas de las tradiciones literarias y de una **estructura del sentir** que aparece como emergente en la cultura literaria argentina. Así, las estructuras del sentir serían una suerte de conciencia práctica que opera al interior del campo cultural, cuyo material estaría compuesto por las diferentes formas de socialidad, que funcionarían como mediación entre las estructuras y las vivencias (Vanolli, 2009).

Elementos para la interpretación

Partiendo de las preguntas de investigación que organizan esta tesis y el análisis realizado a lo largo de ella, es posible plantear algunas reflexiones que pueden facilitar estudios posteriores sobre el tema.

Como planteamos en la introducción, según el informe de CERLALC del año 2017 Argentina edita 6,2 títulos cada 10 mil habitantes, mientras que Brasil, el segundo país en el ranking, produce 3,9 títulos y México 2,2 títulos por habitante. Sin entrar en el análisis de los procesos de los otros países, nos interesó buscar algunas claves diferenciales de la edición argentina. Estos rasgos distintivos emergen del recorrido por un prolongado período histórico en el que fueron determinantes: la educación y los niveles de alfabetización de la población, asociados a las políticas públicas y los procesos económicos estrechamente vinculados a la dinámica de estratificación y movilidad de clases.

Desde el inicio subyacía la hipótesis de que entre los distintos períodos, los momentos articuladores del ciclo histórico estaban relacionados con los tres años de mayor producción de libros en el país: 1953, 1974 y 2014. Buscamos en los acontecimientos políticos, en las distintas etapas institucionales, los modelos y los proyectos económicos en pugna en el contexto social y cultural, las pistas que nos permitieran comprender la evolución de la edición argentina. El estudio se proponía tomar distancia de los estudios culturales para analizar la industria editorial desde sus determinantes económicos y políticos.

Entre el primer y el segundo récord de ediciones pasaron 20 años, mientras que entre el segundo y el tercero pasaron 40, lo que sin resultar conclusivo, informa acerca de un devenir declinante producto, quizás, de la combinación de una sucesión de políticas públicas contrapuestas, golpes militares y proscripciones políticas, y un cíclico empate sin armonía entre proyectos hegemónicos de país, esquemáticamente definidos como “liberales” y “estatistas”. El recorrido deja en evidencia lo devastadores efectos de la dictadura de 1976-1983 al interrumpir un ciclo de la edición que, con altas y bajas, mantenía un ritmo de crecimiento.

Partimos de la hipótesis de la existencia de bibliodiversidad en Argentina y buscamos su dependencia de variables económicas y políticas, en relación a

esta diversidad. Analizamos qué elementos comunes estuvieron presentes en los tres momentos de mayor producción editorial.

1. Políticas públicas

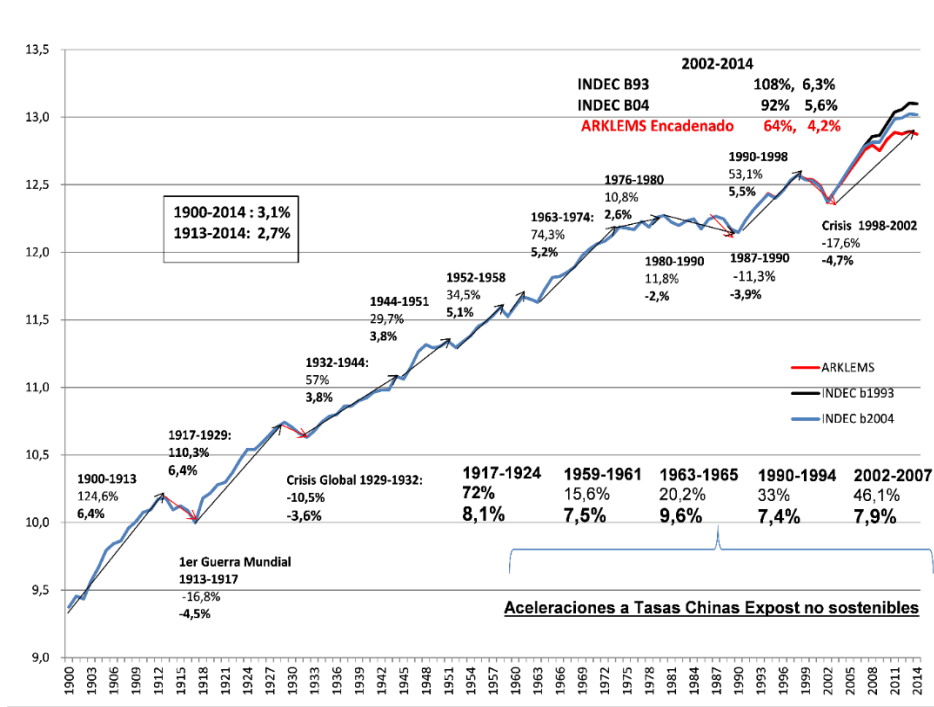
Como en otros sectores de las industrias culturales, en la del libro las políticas públicas intentan ser activas. Por su carácter de instrumentos de circulación de valores simbólicos, identitarios, configuradores de sentidos subjetivos y comunitarios, estos bienes reciben un tratamiento especial, con regulaciones por parte del Estado y con políticas más o menos activas de acuerdo a los lineamientos gubernamentales imperantes en distintas épocas. Esto se refuerza en el caso del libro, ya que cuenta con un alto valor simbólico otorgado por la sociedad. Al mismo tiempo, las industrias culturales son muy dependientes de las acciones estatales.

Demostramos que en los períodos de mayor producción editorial, las políticas públicas fueron de protección del sector: fuertes compras estatales, regulación del mercado externo, beneficios impositivos, créditos para la producción, fortalecimiento de las bibliotecas públicas, reintegros para la exportación, subsidios para las traducciones, apoyos para la participación en ferias internacionales, sumados a las políticas industrialistas de carácter general. Con mayor o menor intensidad estas políticas estuvieron presentes en los tres momentos que analizamos.

2. Distribución de la renta

La oferta del libro es inelástica, en consecuencia, muy dependiente de las coyunturas macroeconómicas. La demanda de libros es muy sensible al ingreso *per capita*. Su producción y venta suelen contraerse, en épocas de crisis, más que la actividad económica general. De igual manera, en momentos de expansión económica se produce un crecimiento superior al de otros sectores. En Argentina el libro, es un bien que fundamentalmente depende del mercado interno, siendo la exportación un complemento.

En los siguientes gráficos mostramos las variables relacionadas. En el gráfico 1, en que se analiza la evolución del PBI, vemos cómo los tres momentos estudiados son de crecimiento del producto.



Fuente: Coremberg, Ariel (2014)

En el gráfico 2 se analiza la relación entre el PBI real per cápita y la cantidad de libros producidos por habitante. Como se observa en este cuadro, el crecimiento del PBI no es acompañado siempre por un crecimiento en la producción de libros. Si bien por lo general son variables que se enlazan, hay momentos en que sube el PBI y baja la producción de libros.

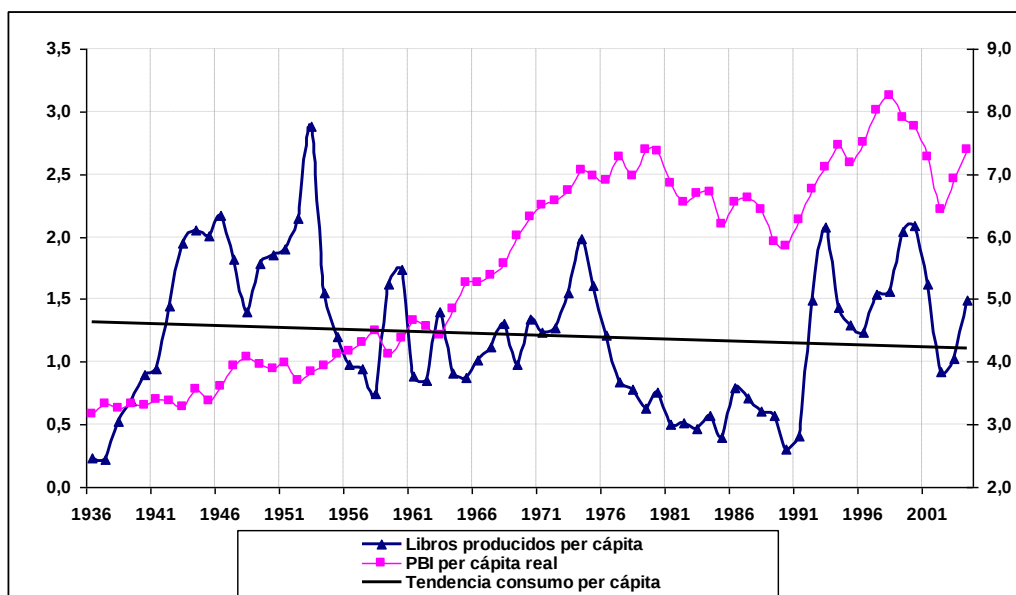


Gráfico 2 / fuente: CEP , 2005

En las tablas 2 y 3 del anexo, encontramos una de las claves que quisimos mostrar a lo largo de esta tesis: la directa relación de crecimiento de la industria editorial en relación al nivel de participación de los asalariados en la renta nacional. Allí vemos que, en 1953, año del primer record, la participación de los asalariados en la renta nacional alcanzaba casi 50%. Durante el segundo momento en que se retoman las cifras más altas en la edición de libros, 1974, la participación de los asalariados fue del 48,7%. Por último, en 2014 este porcentaje estaba en el 47,7 % y un año después en 2015 se llegó al 51,2 %.

Podemos concluir en relación al período analizado, que el dato económico significativo para comprender la bonanza editorial, es el que define el poder adquisitivo de los salarios. La edición argentina es dependiente del mercado interno. No depende sólo del crecimiento del PBI: vimos en la cuadro 2 crecimiento del PBI y estancamiento editorial. La variable dependiente decisiva es la participación de los trabajadores en la renta nacional. Vemos en el gráfico 3 la evolución de esta participación entre los años 1997 y 2018.



Gráfico 3 / Elaboración propia

3. La estructura editorial

Por último debemos señalar la composición del sector editor sobre el que se sostiene la bibliodiversidad. Un informe de la Cámara Argentina de Publicaciones,

que nuclea a las grandes editoriales, sobre un total de 230 editoriales, analiza la composición del sector editor durante el 2015 de la siguiente manera:

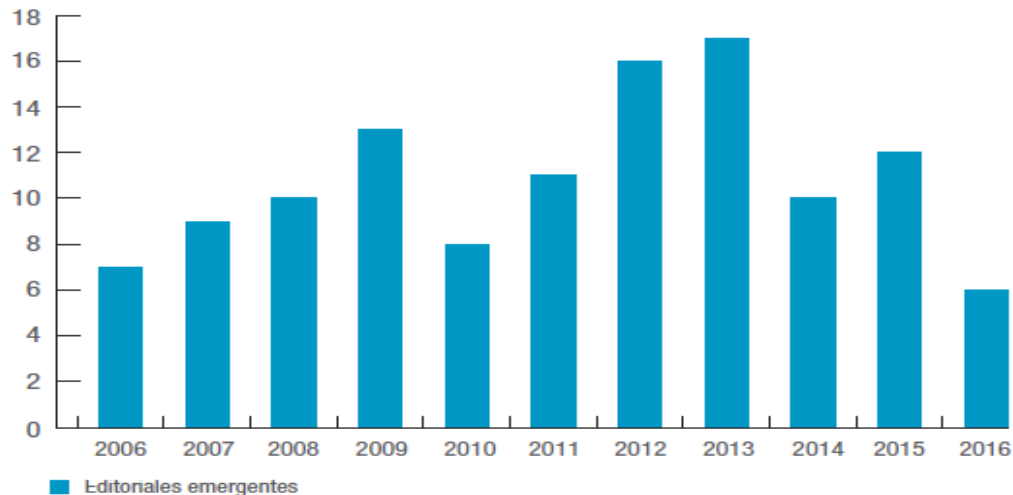
TAMAÑO	CANTIDAD	%	TITULOS PUBLICADOS %
GRANDES (MÁS DE 100 TITULOS AL AÑO)	24	10 %	56 %
MEDIANAS (ENTRE 20 Y 99 TITULOS)	98	43 %	33 %
PEQUEÑAS (MENOS DE 20 TITULOS)	108	47 %	11 %

El problema de este informe es que sólo toma como editoriales activas aquellas que, como mínimo, produjeron durante cinco años cinco títulos por año (las denomina ECA, Editoriales Comerciales Activas). Sobre el final del informe, la Cámara se ve obligada a reconocer que esto no da cuenta del conjunto de la edición argentina e incorpora lo que denomina editoriales emergentes:

Estas nuevas editoriales no llegan a formar parte del grupo ECA (no publicaron al menos 5 títulos por año durante los últimos 5 años) pero hemos seleccionado aquellas que han publicado al menos 20 títulos en total durante los últimos 5 años. En el siguiente cuadro histórico, se observa que desde el año 2006 se han fundado cada vez más editoriales nuevas y activas hasta hoy, con un pico entre los años 2012 y 2013 y una caída en 2016. (CAP, 2017)

Cantidad de editoriales emergentes nuevas por año

Fuente: Cátedra Marketing editorial, carrera Edición, UBA



Si sumamos a estas “emergentes” y a otras que publican menos de cinco títulos al año podemos llegar a una cifra de aproximadamente 450 editoriales activas. En su gran mayoría pequeñas y medianas, de capital nacional, que participan activamente en la producción y comercialización con las lógicas del mercado.

Pero también existen proyectos que, si bien participan comercialmente, surgen como especializaciones ligadas a determinados intereses temáticos y se encuentran en los límites del interés comercial. Es así que existe una gran cantidad de editoriales ligadas a la difusión de temas universitarios, poesía, política, psicología, arte, ecología, música, etc. Ambos segmentos son un aporte fundamental a la bibliodiversidad y constituyen la gran diferencia con otros mercados editoriales de la región. Lo más relevante del informe de la CAP, aun considerando que no incluye la totalidad de las editoriales existentes, es que el sector pequeño y el mediano conservan un 44 % de los títulos editados.

Conclusiones

En el capítulo anterior comparamos la edición con la de otros países de la región, mostrando que Argentina sostiene una elevada proporción de libros editados por habitante. También analizamos el número de editoriales, librerías y bibliotecas en actividad. Si a estos datos les sumamos la diversidad de temáticas publicadas, podemos definir que el país cuenta con un importante grado de bibliodiversidad.

En esta tesis buscamos algunas claves diferenciales para comprender este fenómeno. Sabemos la importancia de la alfabetización y la educación como factores decisivos para contar con una población lectora. Buscamos, sin embargo, otros determinantes para comprender la edición local. Nos pareció, un camino posible, partir del análisis de los momentos de mayor edición nacional. Tomamos como período histórico el ciclo que conforman los tres momentos de mayor número de ejemplares impresos. Esos años de record fueron: 1953, 1974 y 2014.

Realizamos un análisis situado de los acontecimientos bajo una perspectiva que, a la vez, resulte específica para interpretar la evolución del sector y reconozca la incidencia sistémica de la economía política, analizamos contextualizadamente los hechos históricos más significativos para la bibliodiversidad dentro de un registro temporal que indaga en los años anteriores a cada hito a los fines de conjeturar sobre los factores que pudieron incidir en lo sucedido, apreciar las inercias, las continuidades dentro de las aparentes discontinuidades o rupturas.

Encontramos tres factores concurrentes en los momentos de mayor producción editorial: políticas públicas activas, ciclo de expansión de la economía y distribución progresiva de la renta.

Aunque no de manera exclusiva y con mayor o menor intensidad las políticas públicas fueron activas sostenedoras del sector: como mencionamos en el capítulo anterior, compras estatales, regulación del mercado externo, beneficios impositivos, créditos para la producción, fortalecimiento de las bibliotecas públicas, reintegros para la exportación, subsidios para las traducciones, apoyos para la participación en ferias internacionales, favorecieron la producción editorial. Sumado a las políticas industrialistas de carácter general.

Si bien puede resultar obvia la relación entre un ciclo expansivo de la economía con los buenos niveles de producción editorial, el estudio realizado nos demuestra

que no es suficiente como explicación. Los datos recabados nos permiten sostener la relación directa entre la participación de los asalariados en la renta nacional y la evolución de la edición. Este dato pone en cuestión algunos análisis que ponen la explicación de los períodos de mayor edición, en la exportación de libros o en la compra estatal. Si bien estos factores son importantes y concurrentes, no son suficientes para explicar los niveles de edición. La participación de los trabajadores en la renta es una variable que está en los más altos niveles históricos en los tres momentos de record editor, cuando el ingreso de los asalariados se aproxima o supera el 50% de la renta nacional. Confirmando la dependencia al mercado interno del sector.

Por último, esperamos que esta tesis estimule futuros análisis sobre el sector editorial en Argentina y sea un aporte junto a los recientes estudios que se vienen produciendo sobre este campo.

Algunas cuestiones que quedan abiertas en esta temática:

A) poder avanzar en indicadores que puedan establecer los niveles de bibliodiversidad, pudiendo comparar distintos períodos y países.

B) No se nos escapa que durante los tres momentos de record los gobiernos eran peronistas –Perón (1953, 1974) y Cristina Fernández de Kirchner (2014)–. Sin embargo la relación con las agremiaciones de las empresas editoras en términos generales fue conflictiva. Los estudios de Alejandra Giuliani (2008) plantean un camino muy interesante de investigación. En esta línea poder interpretar las conductas de un sector empresarial dependiente del consumo interno y su relación con las políticas estatales progresistas en términos distributivos.

Además de contribuir a investigaciones futuras, esperamos sumar elementos útiles para proyectar políticas públicas que permitan sostener la bibliodiversidad, ampliar el acceso al libro, apoyar la edición independiente y formar una ciudadanía lectora.

ANEXO

Cuadro 1

País	Establecimientos	Personal ocupado	Obreros por establecimiento %
EE.UU. (1939)			
Imprentas e industrias afines	24.879	324.615	13,0
Total de industrias	184.244	7.887.242	42,8
ARGENTINA (1941)			
Imprentas e industrias afines	2.500	33.137	13,3
Total industrias	57.978	835.886	14,2
CANADÁ (1944)			
Imprentas e industrias afines	2.080	33.970	16,3
Total industrias	28.483	1.222.882	42,9
MÉXICO (1940)			
Artes gráficas, fotografía y cinematografía	328	5.553	16,9
Total industrias	12.624	332.323	26,6
CHILE (1939)			
Papel e impresiones	326	9.320	28,6
Total industrias	3.666	105.053	28,7
URUGUAY (1936)			
Papel e imprentas	309	3.870	12,5
Total industrias	11.470	90.121	7,2
BOLIVIA (1939)			
Artes gráficas	17	344	20,0
Total industrias	694	9.643	14,0

TABLA 1

Participación de los trabajadores en el ingreso
en Argentina desde 1935

1935	36,0%
1936	36,5%
1937	34,6%
1938	36,7%
1939	36,0%
1940	35,5%
1941	35,3%
1942	34,3%
1943	35,2%
1944	35,9%
1945	37,1%
1946	37,4%
1947	38,7%
1948	43,2%
1949	48,0%
1950	48,5%
1951	45,5%
1952	48,6%
1953	48,4%
1954	50,0%
1955	47,0%
1956	44,0%
1957	42,2%
1958	44,1%
1959	37,1%
1960	36,2%
1961	38,4%
1962	38,2%
1963	37,3%
1964	37,5%
1965	39,1%
1966	41,7%
1967	42,2%
1968	41,3%
1969	41,3%
1970	42,7%
1971	44,0%
1972	40,7%
1973	44,8%
1974	48,7%
1975	47,2%
1976	30,3%
1977	29,1%
1978	32,2%
1979	35,1%
1980	40,4%
1981	38,5%

1982	29,6%
1983	34,2%
1984	39,8%
1985	38,8%
1986	40,0%
1987	38,8%
1988	32,8%
1989	28,4%
1990	38,2%
1991	42,3%
1992	44,9%
1993	40,3%
1994	37,1%
1995	36,0%
1996	33,8%
1997	33,4%
1998	34,5%
1999	36,7%
2000	36,5%
2001	37,9%
2002	31,2%
2003	30,9%
2004	32,5%
2005	34,0%
2006	36,4%
2007	38,2%
2008	40,5%
2009	45,3%
2010	43,2%
2011	44,9%
2012	48,3%
2013	48,7%
2014	47,7%
2015	51,2%

Fuente INDEC

TABLA 2

Años	Ejemplares impresos (en miles)
1900/35	Sin datos
1936	2.808
1937	2.860
1938	6.950
1939	9.300
1940	12.300
1941	13.300
1942	20.700
1943	28.400

1944	30.700
1945	30.600
1946	33.800
1947	28.900
1948	22.700
1949	29.400
1950	31.000
1951	32.400
1952	37.300
1953	50.913
1954	27.930
1955	21.948
1956	18.290
1957	17.908
1958	14.351
1959	31.809
1960	34.825
1961	18.032
1962	17.565
1963	29.308
1964	19.305
1965	19.008
1966	22.302
1967	25.030
1968	29.609
1969	22.678
1970	31.483
1971	29.281
1972	30.880
1973	38.209
1974	49.641
1975	40.207
1976	31.508
1977	22.204
1978	21.044
1979	17.144
1980	21.310

Elaboración propia en base a datos de la
dirección de derecho de autor.

Bibliografía

Abraham, Carlos (2012), *La editorial Tor, medio siglo de ediciones populares*, Ediciones Tren en Movimiento, Buenos Aires.

Adorno, Theodor y Morin, Edgar (1967), *La industria cultural*, Galerna, Buenos Aires.

Aguado, Amelia (2014), "La consolidación del mercado interno", en *Editores y políticas editoriales en Argentina*, director José Luis de Diego, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Algasi, Roberto (2013). "Transformaciones recientes en la industria argentina del libro (1990-2000)". *X Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-038/413>.

Altamirano, Carlos (1998), "Desarrollo y desarrollistas", *Prismas*, revista de historia intelectual, Buenos Aires.

Amico, Fabián (2015), "Los salarios reales en el largo plazo: surgimiento de un nuevo piso estructural de las remuneraciones en Argentina", Documento de Trabajo N° 67, Cefidar.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 3 / número 6 / Educación y lenguajes / julio de 2007. Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Dirección Provincial de Planeamiento. Versión digital del artículo publicado en pp. 38 a 44 de la edición en papel.

Arceo, Nicolás y Schoor, Martín (2006): "Galera de corrección. Comentario al libro *Estudios de historia económica. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*", en *Realidad Económica*, N° 220, Buenos Aires.

Arceo, N., Monsalvo, A., Schoor, M., Wainer, A. (2008), *Empleo y salarios en la Argentina. Una visión de largo plazo*, Capital Intelectual, Buenos Aires.

Argumedo, Alcira (1971), "Cátedras Nacionales: una experiencia peronista en la Universidad", *Revista Envido*, N° 3, abril.

Armstrong, Warnick (1985), "The Social Origins of Industrial Growth: Canada, Argentina & Australia, 1870-1930". En Platt, D. y T Di Tella (compiladores) *Argentina, Australia and Canada: Studies in Comparative Development, 1870-1965*, Londres.

Aruj Hernán y Eiriz Gustavo (2015) "Intenciones, decisiones y resultados. La reindustrialización kirchnerista" en *Una Década ganada*, comp. Franschina S. y Trinelli A, Ediciones UNDAV, Avellaneda.

Azpiazu, Daniel ; Kosakoff, Bernardo (1986), *Las empresas transnacionales en la Argentina*, CEPAL, Documento 16, Buenos Aires.

Azpiazu, Daniel y Schoor, Martín (2009), *Peronismo y dictadura: textos inéditos de Oscar Braun*, Capital Intelectual, Buenos Aires

Baliño, Tomás; Ke-young Chu; Feltenstein (1980), "El salario real y la inflación. Un análisis de la experiencia argentina", revista *Ensayos Económicos*, BCRA, Buenos Aires.

Barcia, José (1981), "Claridad, editorial del pensamiento de izquierda", *Todo es Historia*, N^o 177, Buenos Aires.

Basualdo, Eduardo (2006), "La reestructuración de la economía argentina durante las últimas décadas: de la sustitución de importaciones a la valorización financiera" en *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*, Eduardo Basualdo y Nicolás Arceo (compiladores), CLACSO, Buenos Aires

Batalla, Juan (2018), "60 años del Di Tella: vanguardia, escándalos e historia del instituto que cambió el arte argentino para siempre", Infobae, 29 de julio, Buenos Aires.

Bejar, María Dolores (2011), *Historia del siglo XX*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Becerra, Martín, Hernández, P. y Postolski, G. (2003). *La concentración de las Industrias Culturales*. En H. Schargorodsky (comp.), *Industrias Culturales: mercado y políticas públicas en Argentina*. Ciccus. Buenos Aires

Becerra, Martín (2014) "Medios de comunicación: América Latina a contramano" en Revista Nueva Sociedad N^o 249, www.nuso.org

Bellocchio, Mario (2016), *Luminoso Boedo. La aventura de Antonio Zamora y su Editorial Claridad*, Ciccus, Buenos Aires.

Benjamin, Walter (1989), *Discursos interrumpidos*, Aguilar, Buenos Aires.

Bisang, Roberto (2007), "El desarrollo agropecuario en las últimas décadas: ¿Volver a creer?" En *Crisis, recuperación y nuevos dilemas: la economía argentina 2002-2007*, CEPAL.

Botto, Malena (2014). "1990-2000. La concentración y la polarización de la industria editorial", ed. José Luis De Diego. *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, FCE, Buenos Aires.

Buitrago, Felipe y Duque, Iván (2013), *La economía naranja*, BID, Washington

Buonocuore, Domingo (1974), *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Bowker, Buenos Aires. 64

Bustamante, Enrique (2009), "De las industrias culturales al entretenimiento", *Diálogos de la comunicación*, N^o 78, Madrid

CAL (2015), "Informe de producción del libro argentino", Cámara Argentina del Libro.

CENDA (2008), "El complejo automotriz argentino: las terminales a la promoción y el desarrollo industrial al descenso", agosto.

Candiano, Leonardo y Lucas Peralta (2007), "Boedo: orígenes de una literatura militante" en *Historia del primer movimiento cultural de la Izquierda en Argentina*, octubre, Ediciones del CCC, Buenos Aires.

Cao, Horacio, Vaca, Josefina (2006), "Desarrollo regional en la Argentina: la centenaria vigencia de un patrón de asimetría territorial", *Revista Eure* N° 95, Santiago de Chile.

CAP (2017) *El Libro Blanco de la industria editorial argentina*, Cámara Argentina de Publicaciones.

Caravaca, Jimena y Mariano Plotkin (2007), "Crisis, ciencias sociales y elites estatales: La constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935", *Desarrollo Económico*, vol. 47, N^o 187 (oct- dic), IDES, Buenos Aires.

Cattaruzza, Alejandro (2009), *Historia de la Argentina. 1916-1955*, Siglo XXI, Buenos Aires.

CEP (2005), *La industria del libro en Argentina*, Centro de Estudios para la Producción, Secretaría de Industria, Comercio y de la Pequeña y Mediana Empresa, Buenos Aires.

CERLALC (2006), *El espacio iberoamericano del libro*, Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, Bogotá.

CERLALC (2013), *Nueva agenda por el libro y la lectura*, editor, Igarza, Roberto, Bogotá.

Corbiere, Emilio J (1981), *Todo es Historia*, año XV, N^o 172, Buenos Aires.

Coremberg, Ariel (2014), *PBI en Argentina 1913/2013*, <http://focoeconomico.org/2014/12/30/pbi-argentina-1913-2013-de-las-tasas-chinas-a-los-pocillos-sin-cafe-serie-arklems-encadenada/>

Dasso, Carlos Alberto (2008), "La cuestión de la clase obrera y los orígenes del movimiento de masas", *Hologramática*, año V, N^o 8, vol. 6, Facultad de Ciencias Sociales, UNLZ, Lomas de Zamora.

Damill, Mario, Frenkel, Roberto y Rapetti, Martín (2005), "La deuda argentina: historia, default y reestructuración", *Desarrollo Económico*, Revista de Ciencias Sociales, vol 45, N^o 178, julio-septiembre, Buenos Aires.

De Diego, José Luis (2014), "1938-1955. La 'época de oro' de la industria editorial", en De Diego, José Luis (director), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

De Diego, José Luis (2015), *La otra cara de Jano*, Ampersand, Buenos Aires, Pag. 27

De Diego, José Luis (2016), "La edición de literatura en la Argentina de fines de los sesenta", *Cuaderno Lírico*. Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre la literatura rioplatense en Francia, N^o 15. En <https://journals.openedition.org/lirico>

De Sagastizábal, Leandro (1995) "Editores españoles en el Río de la Plata", en Hebe de Clementi (coord.) *Inmigración española en Argentina (Seminario 1990)*, Oficina Cultural de la Embajada de España, Buenos Aires

De Sagastizábal, Leandro y Giuliani, Alejandra (2014), *Un editor argentino*, Arturo Peña Lillo, Eudeba, Buenos Aires. Pags 47-65

De Sagastizábal L y Quevedo L. (2015), *Optimistas seriales*, EUDEBA, Buenos Aires.

Delgado, Verónica y Fabio Espósito (2014), "1920-1937. La emergencia del editor moderno" en José Luis de Diego (director), *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires. Pags 63-96

Di Tella, Guido (1970), "Criterios para una política de desarrollo industrial" en Mario Brodershon, director, *Estrategias de Industrialización en la Argentina*, Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires.

Di Tella, Guido y Manuel Zymelman (1967), *Las etapas del desarrollo argentino*, EUDEBA, Buenos Aires.

Díaz Alejandro, Carlos (1975), *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu, Buenos Aires.

Díaz, Carlos y Dujovne, Alejandro (2006), "Todo está en el catálogo", La Biblioteca, N^o 4, revista de la Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

Favero, Bettina y Mosiewicki, Francisco (2015), "La revolución Argentina es cosa seria: el humor político en la coyuntura del golpe de estado de junio de 1966", N^o 24, "Le dittature militari: fisionomia ed eredità politica", *Revista Diacronia X*.

Ferrer, Aldo (1963), "Redistribución de ingresos y el proceso de desarticulación industrial en la Argentina", *Desarrollo Económico*, vol. 2, N^o 4, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.

Ferrer, Aldo (1977), *Crisis y alternativas de la política económica argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Ferrer, Aldo (2004), *La economía argentina. Desde sus orígenes hasta principios del siglo XXI*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Fiorucci, Flavia (2001), "Los escritores y la SADE", *Revista Prisma*, UNQUI, Buenos Aires.

Floria, Carlos y García Belsunce, César (1988), *Historia política de la Argentina contemporánea, 1880-1983*, Alianza, Buenos Aires.

Frigerio, Rogelio (1990), "Testimonio", en Di Tella, G. y Rodríguez Braun, C., *Argentina, 1946-83. The economic ministers speak*, Macmillan.

Gálvez, Manuel (1965), "Editores, libreros e impresores", *Recuerdos de la vida literaria*, t. IV, *En el mundo de los seres ficticios*, Hachette, Buenos Aires.

García Canclini, Nestor (1989) *Culturas Híbridas, Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*, Grijalbo, México D.F.

García Canclini, Nestor, Urteaga, Castro Pozo (2004) *Cultura y desarrollo, una visión distinta desde los jóvenes*, Fundación Carolina, Madrid

Garnham, Nicholas (1979), *Contribución a una economía política de la comunicación de masas*, Academic Press, Londres.

Gasio, Guillermo (2008), *El más caro de los lujos*, Teseo, Buenos Aires.

Germani, Gino (1963), "Movilidad social en la Argentina", en S. Lipset y R. Bendix (comps.), *Movilidad social en la sociedad industrial*, Eudeba, Buenos Aires.

Getino, Octavio (1995), *Las industrias culturales en la Argentina, dimensión económica y políticas públicas*, Colihue. Buenos Aires

Getino, Octavio (2008), *El capital de la cultura*, Ciccus, Buenos Aires.

Gerchunoff, Pablo; Rocchi, Fernando y Rossi, Gastón (2008). *Desorden y progreso. Las crisis económicas argentinas 1870-1905*, Edhasa, Buenos Aires.

Giddens, Anthony (1995), *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona

Gillespie, Richard (1987), *Los Montoneros. Soldados de Perón*, Grijalbo, Buenos Aires.

Girbal-Blacha, Noemí (1998). *Ayer y hoy de la Argentina rural. Gritos y susurros del poder económico (1880-1997)*, CONICET/UNLP/UNQ.

Giuliani, Alejandra (2008), "Los editores y la irrupción del peronismo (1945-1947)", presentado en el Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la primera década, Mar del Plata.

Giuliani, Alejandra (2018), *Editores y política*, Tren en Movimiento, Buenos Aires.

Graña, Juan (2007), "Distribución funcional del ingreso en la argentina. 1935-2005", Informe Final, beca UBACYT Estímulo, diciembre.

Graña, J.; Kennedy, D. y Lindemboim, J. (2005), "Distribución funcional del ingreso en Argentina. Ayer y hoy", documento de trabajo del CEPED, N^{ro} 4, junio.

Grossberg, Lawrence (2012), *Estudios culturales en tiempos futuros*, Siglo XXI, Buenos Aires. Pag. 153

Gudiño Kieffer, Eduardo (2005), *Gonzalo Losada, el editor que difundió el libro argentino en el mundo*, Dunker, Buenos Aires.

Hauthorne, Susan (2008), *La Bibliodiversidad un manifiesto*, La Marca, Buenos Aires

Heidegger, Martin (1994), *La pregunta por la técnica*, En conferencias y artículos. Ed. Del Serbal, Barcelona, Pag. 37

Hecker, Eduardo y Kulfas, Matías (2005), "Dilemas del desarrollo", Curso Desarrollo Económico, Espacio de Ideas.

Heller, Carlos y Bleger, Leonardo (1999), "Formación de bancos cooperativos a partir de la fusión de cooperativas de ahorro y crédito. El caso de la Argentina", *Realidad Económica*, N^{ro} 168, Buenos Aires.

Hendler, Ariel (2014), *1964. Historia secreta de la vuelta frustrada de Perón*, Planeta, Buenos Aires.

Horkheimer, Max y Adorno, Theodor (1988), *Dialéctica del Iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires.

Horowicz, Alejandro (1990), *Los cuatro peronismos. Historia de una metamorfosis trágica*, Planeta, Buenos Aires.

Igarza, Roberto (2009), *Burbujas de ocio*, La Crujía, Buenos Aires

Igarza, Roberto (2013), *Nueva agenda por el libro y la lectura*, CERLALC, Bogota. Pag. 105

Iñigo Carrera, H. J. (1980) *La experiencia radical. 1916-1930*, tomo II, La Bastilla, Buenos Aires.

Jaureche, Arturo (1973), *Los profetas del odio*, Peña Lillo, Buenos Aires.

Katz Jorge y Bernardo Kosacoff (1998), "Aprendizaje tecnológico, desarrollo institucional y la microeconomía de la sustitución de importaciones", *Desarrollo Económico*, enero-marzo, Buenos Aires.

Kosacoff, Bernardo (1988), *Desarrollo industrial e inestabilidad macroeconómica. La experiencia argentina reciente*, CEPAL, Buenos Aires.

Kulfas, Matías (2016), *Los tres kirchnerismos*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Laffleur, Héctor, Sergio Provenzano y Fernando Alonso (1968), *Las revistas literarias argentinas (1893-1967)*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

Lafforgue, Jorge (2017), *Manuel Pampín, un editor argentino*, Colihue, Buenos Aires.

Lafforgue, Jorge y Jorge B. Rivera (1976), "'La morgue está de fiesta'. Literatura policial en Argentina", en *Crisis*, N^o 33, Buenos Aires.

Lagarde, Pierre (1980), *La politique de l'édition du livre en Argentine*, Universidad de Toulouse- Le Marail.

Landi, Oscar (1978), "La tercera presidencia de Perón. Gobierno de emergencia y crisis política", *Documentos CEDES/CLACSO*, Buenos Aires.

Landi, Oscar (1979), "Argentina 1973-1976: la génesis de una nueva crisis política", *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 41, N^o. 1, UNAM, México.

Llach, Juan José (1985), *La Argentina que no fue*, IDES, Buenos Aires.

Larraz Elorriaga, Fernando (2009), "Política y cultura. 'Biblioteca Contemporánea' y 'Colección Austral', dos modelos de difusión cultural", en *Orbis Tertius*, N^o 15, Centro de Teoría y Crítica Literaria, Universidad Nacional de La Plata, La Plata.

Leyba, Carlos (2003), *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*, Biblos, Buenos Aires.

López Llovet, Gloria (2004), *Sudamericana. Antonio López Llausás, un editor con los pies en la tierra*, Dunken, Buenos Aires.

López Murphy, Ricardo (1991), "La experiencia argentina: alta inflación, hiperinflación y estabilización fallida", *Jornadas de economía monetaria y sector externo*, BCRA, Buenos Aires.

Los Pensadores (1926), N^o 122, mayo, Buenos Aires.

Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Ediciones B, Buenos Aires.

Marticorena, Clara (2008), "La situación del trabajo asalariado industrial durante la posconvertibilidad", *Realidad Económica*, N^o. 236, Buenos Aires.

Martín Barbero, Jesús (1987), *De los medios a las mediaciones*, Ed. G. Gili, México. Pags. 48-63.

Martín Barbero, Jesús (2008), *Políticas de la comunicación y la cultura: claves de la investigación*, Fundació CIDOP, Barcelona.

Marx, Carlos 2008, *El Capital Tomo 1*, Siglo XXI, México, Pag. 87

Marx, Carlos (2014), *Textos de filosofía política y economía*, Gredos, Barcelona. Pag. 24

Mastrini, Guillermo y Uranga Washinton (2003), "Crisis e industrias culturales en Argentina: Cultura y nación", *Encrucijadas*, N^o 24, UBA, disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <http://repositorioubiuba/sisbi.uba.ar>

Mastrini, Guillermo y Becerra, Martín (2009), "El problema de la concentración", en *Los dueños de la palabra*, Prometeo, Buenos Aires. (Digitalizado).

Mattelart, Armand y Piemme, Jean Marie (1982), *Las industrias culturales. Génesis de una idea*, Fondo de Cultura Económica, México.

Maurizio, Roxana (2007), "Migraciones internacionales en Argentina: un análisis de sus determinantes y de su relación con el mercado de trabajo", proyecto *Migraciones internacionales y desarrollo: el caso de América Latina*, CEPAL - BID 2006, Universidad Nacional de General Sarmiento y CEDES.

Maunás, Delia (1995), *Boris Spivacow, memoria de un sueño argentino*, Colihue, Buenos Aires.

Milanesio, Natalia (2014), *Cuando los trabajadores salieron de compras*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Montaldo, Graciela (1987), "La literatura como pedagogía, el escritor como modelo", *Cuadernos Hispanoamericanos*, N^o 445, julio, Madrid.

Mosco, Vicent (2006), *La economía política de la comunicación*, "Cuadernos de Información y Comunicación", Vol II, Universidad Complutense, Madrid. Pags. 65-66

Mosquera, Ana (2006), "La editorial Jorge Álvarez, cenáculo de los sesenta", *Revista La Biblioteca* 5/6, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

O'Donnell, Guillermo (1976), "Estado y alianzas en la Argentina 1956-1976", Documento CEDES N^o 5, Buenos Aires.

Pellegrini, Carlos (1948) *La industria gráfica argentina*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas.

Perón, Juan Domingo (1973), *Doctrina peronista*, Editorial Macacha Guemes, Buenos Aires.

Pigna, Felipe (2011), *Lo pasado pensado*, Booket, Buenos Aires. Pag. 111

Piñeiro, Elena (2003), "Medios de comunicación, cultura y política: el caso *Primera Plana*" [en línea], ponencia presentada en IX Jornadas InterEscuelas Departamentos de Historia. Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/contribuciones/medios-comunicacion-cultura-politica-pineiro.pdf>

Portantiero, Juan Carlos (1977), "Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973", *Revista Mexicana de Sociología*, volumen 39, año 2, México.

Potash, Robert (1984), *Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Potash, Robert (1994), *El Ejercito y la política en Argentina. 1962-1973. De la caída de Frondizi a la restauración peronista*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Prebisch, Raúl (1955), "Informe preliminar acerca de la situación económica", Buenos Aires.

Puiggrós, Rodolfo (2006), *La democracia fraudulenta*, Galerna, Buenos Aires.

Rapoport, Mario (1984), *De Pellegrini a Martínez de Hoz: el modelo liberal*, EUDEBA, Buenos Aires.

Rapoport, Mario (2000), *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Macchi Grupo Editor, Buenos Aires.

Rapoport, Mario (2008), *Mitos, etapas y crisis en la economía argentina*, Imago Mundi, Buenos Aires.

Rest, Jaime (1974), "Diagnóstico de la novela policial", en *Crisis*, N^{ro} 15, Buenos Aires.

Rey, German (2012) *Industrias culturales, creatividad y desarrollo*, AECID, Madrid

Roman, Viviana (2015), "Políticas editoriales y mercado: las microempresas y pymes editoriales en la Argentina de fines del siglo XX y principios del XXI", en *Actas de las Jornadas sobre la Historia de las Políticas Editoriales en la Argentina*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

Romero, Luis Alberto (1995), "Una empresa cultural: los libros baratos", en Luis Alberto Romero y Alejandro Gutiérrez, *Sectores populares: cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, Buenos Aires.

Rougier, Marcelo (2007), "Crédito e industria en tiempos de Perón, 1944-1955", *Revista de Historia Industrial* N^o 35, año xvi, Buenos Aires.

Rougier, Marcelo y Fiszbein, Martín (2006), *La frustración de un proyecto económico. El gobierno peronista de 1973-1976*, Ediciones Manantial, Buenos Aires.

Rubinzal, Diego (2010), *Historia económica argentina. 1880-2009*, Ediciones del CCC - Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Rubinzal, Mariela (2008), "Los conflictos obreros en la prensa nacionalista: itinerarios de un acercamiento ambiguo al mundo del trabajo (1935-1943)", *Papeles de trabajo*, revista electrónica del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de General San Martín, año 2, N^o 3, Buenos Aires.

Ruiz, Diego (2016), "El Grupo de Boedo: mito fundacional", en www.periodicodesdeboedo.com.ar.

Sáenz Quesada, María (2004), "La cultura en años de incertidumbre", *La Nación*, 19 de diciembre, Buenos Aires.

Salama, Pierre (2004), "Argentina: del desastre social a la recuperación económica", revista *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, N^o 28, Buenos Aires.

Sampay, Arturo (1973), *Constitución y pueblo*, Cuenca Ediciones, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (1983), "La perspectiva americana en los primeros años de Sur", en *Punto de Vista*, año VI, N^o 17, abril-junio, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (1985), *El imperio de los sentimientos*, Catálogos, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (1988), *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Sarlo, Beatriz (2001), *La batalla de las ideas (1943-1973)*, Biblioteca de Pensamiento Argentino, Emecé.

Schlesinger, Philip (2011), "Intelectuales y políticas culturales", en Albornoz, L. (comp.), *Poder, medios, cultura*, Paidós, Buenos Aires.

Schneider, Alejandro (2001), "La política laboral de la Revolución Argentina y la conflictividad obrera en el área metropolitana de Buenos Aires 1966-1969", en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, N^o 22.

Sesnich, Laura (2015), "Hablar a través de los libros: sobre la propuesta lingüística de Amado Alonso para el mercado editorial en lengua española", *Jornadas sobre la Historia de las Políticas Editoriales en Argentina*, Buenos Aires.

Slemenson, M. (1970), *Emigración de científicos argentinos*, Instituto Di Tella, Buenos Aires.

Sorá, Gustavo (2008), "Edición y política. La Guerra Fría en la cultura latinoamericana de los años '60", *Revista del Museo de Antropología*, facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Spivacow, Boris, et al (1966), "Carta de renuncia", *La Nación*, 6 de agosto, Buenos Aires.

Svampa, Maristella (2004), *La brecha urbana. Countries y barrios privados en Argentina*, Colección Claves para Todos, Capital Intelectual, Buenos Aires.

Tarcus, Horacio (2001), *Mariátegui en Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.

Terán, Oscar (2008), *Historia de las ideas en la Argentina, Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Torre, Juan Carlos (1998), *El proceso político de las reformas económicas en América Latina*, Paidós, Buenos Aires.

UNESCO, (2001), *Declaración Universal sobre la diversidad cultural*, <http://portal.unesco.org>

Vanoli, Hernán (2009), "Pequeñas editoriales y transformaciones en la cultura literaria Argentina", en *Apuntes de Investigación del CECYP* 15.

Villarruel, José (1990), "Estado, clases sociales y política de ingresos (1945-1955)" en Mario Rapoport (comp), *Economía e Historia. Contribuciones a la Historia Económica Argentina*, Editorial Tesis, Buenos Aires.

Vitale, Cristian (2005), "Entrevista al legendario editor Arturo Peña Lillo. Nuestra historia debe leerse al revés para ser entendida", *Página 12*, Buenos Aires, 9 de diciembre.

Vitelli, Guillermo (1999), *Los dos siglos de la Argentina. Historia Económica Comparada*, Editorial Prendergast, Buenos Aires.

Vitto, Cecilia (2012), "Plan económico del tercer gobierno peronista. Gestión Gelbard", revista *Problemas del desarrollo* N° 171, UNAM, México.

Yúdice, George (2002), *El recurso de la cultura*, Gedisa, Barcelona

Zallo, Ramón (1988), *Economía de la comunicación y la cultura*. Akal. Madrid

Zallo, Ramón (2007), *La economía de la cultura (y de la comunicación) como objeto de estudio*, Revista Zer, Vol 12 Nro. 22, Universidad del País Vasco. Pags. 215-234

Entrevistas

Balaguer, Miguel. Editorial Bajo la Luna.

Bracony, Andres. Editorial Tinta Limón.

Brunet, Constanza. Editorial Marea.

Lederkremer, Ezequiel. Librería Hernández.

Levín, Hugo. Editorial Galerna

Ríos, Damian. Editorial Blatt y Ríos